Albert Camus

EL EXILIO Y EL REINO

Traducción de Alberto Luis Bixio

«El exilio y el reino» («L'Exil et le royaume»), 1957, es una colección de seis cuentos hechos por el escritor francés-argelino Albert Camus. El hilo conductor sigue un mismo propósito ético y estético, la fraternidad humana, el sentido de la existencia, y la añoranza de un universo moral que sirva de protección frente al nihilismo y la infelicidad constituyen el trasfondo de los diferentes argumentos.

Los personajes de los relatos viven diversos tipos de exilio, desde el extrañamiento físico y social («El renegado o un espíritu confundido», «El huésped», «La piedra que crece») hasta ese exilio personal o interior que evidencia mejor lo absurdo de la condición humana («La mujer adúltera», «Los mudos», «Jonas o el artista en el trabajo»).

Albert Camus

El exilio y el reino

ePub r1.0
Titivillus 08.02.17

Título original: *L’Exil et le royaume*
Albert Camus, 1957
Traducción: Alberto Luis Bixio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A Francine

LA MUJER ADÚLTERA

Hacía un rato que una mosca flaca revoloteaba en el interior del ómnibus que sin embargo tenía los vidrios levantados. Insólita, iba de aquí para allá sin ruido, con vuelo extenuado. Janine la perdió de vista, luego la vio posarse sobre la mano inmóvil de su marido. Hacía frío. La mosca se estremecía a cada ráfaga de viento arenoso que rechinaba contra los vidrios. A la débil luz de la mañana de invierno, con gran estrépito de hierros y ejes, el coche rodaba, cabeceaba, apenas avanzaba. Janine miró al marido. Mechones de pelo grisáceo en una frente estrecha, la nariz ancha, la boca irregular, Marcel tenía el aspecto de un fauno mohino. A cada desnivel del camino Janine sentía que se echaba contra ella. Luego Marcel dejaba caer el pesado vientre entre las piernas separadas, con la mirada fija, de nuevo inerte y ausente. Sólo sus grandes manos sin vello, que parecían aun más cortas a causa de la franela gris que le sobrepasaba las mangas de la camisa y le cubría las muñecas, tenían el aire de estar en acción. Apretaban tan fuertemente una valijita de tela que él llevaba entre las rodillas que no parecían sentir el ir y venir vacilante de la mosca.

De pronto se oyó distintamente el alarido del viento y la bruma mineral que rodeaba el coche se hizo aun más espesa. Como si manos invisibles la arrojaran, la arena granizaba ahora a puñados sobre los vidrios. La mosca sacudió un ala friolenta, encogió las patas y se echó a volar. El ómnibus acortó la marcha y estuvo a punto de detenerse. Después el viento pareció calmarse, la niebla se aclaró un poco y el coche volvió a tomar velocidad. En el paisaje ahogado en el polvo, se abrían agujeros de luz. Dos o tres palmeras escuálidas y blanquecinas, que parecían recortadas en metal, surgieron a través de la ventanilla para desaparecer un instante después.

—¡Qué país! —dijo Marcel.

El ómnibus estaba lleno de árabes que simulaban dormir, envueltos en sus albornoces. Algunos habían recogido los pies sobre el asiento y oscilaban más que los otros con el movimiento del coche. Su silencio, su impasibilidad, terminaron por fastidiar a Janine; tenía la impresión de que hacía días que viajaba con aquellos mudos acompañantes. Sin embargo, el

coche había salido al amanecer de la estación terminal del ferrocarril y desde hacía dos horas avanzaba en la fría mañana por una meseta pedregosa, desolada, que por lo menos al partir extendía sus líneas rectas hasta horizontes rojizos. Pero se había levantado un viento que, poco a poco, se había tragado la inmensa extensión. A partir de entonces los pasajeros ya no habían visto nada; uno tras otro se habían callado y habían navegado silenciosos en medio de una especie de noche en vela, enjugándose de vez en cuando los labios y los ojos irritados por la arena que se infiltraba en el coche.

—¡Janine!

El llamamiento de su marido la sobresaltó. Y una vez más pensó qué ridículo era ese nombre para una mujer corpulenta y robusta como ella. Marcel quería saber dónde estaba la valija de las muestras. Con el pie Janine exploró el espacio vacío de debajo del asiento y topó con un objeto que, según ella decidió, era la valija. En verdad, no podía agacharse sin sofocarse un poco. Sin embargo, en el colegio era la primera en gimnasia; la respiración nunca le fallaba. ¿Tanto tiempo había pasado desde entonces? Veinticinco años. Veinticinco años no eran nada, puesto que le parecía que era ayer cuando vacilaba entre la vida libre y el matrimonio, ayer aun cuando pensaba con angustia en los días en que acaso envejecería sola. Pero no estaba sola, aquel estudiante de derecho que nunca quería separarse de ella se encontraba ahora a su lado. Había terminado por aceptarlo, aunque era un poquito bajo y a ella no le gustaba mucho aquella risa ávida y breve. ni los ojos negros, demasiado salientes. Pero le gustaba su valentía frente a la vida, condición que compartía con los franceses de este país. También le gustaba su aire desconcertado cuando los hechos o los hombres defraudaban su expectación. Sobre todo le gustaba sentirse amada y él la había colmado de asiduidades. Al hacerle sentir con tanta frecuencia que para él ella existía, la hacía existir realmente. No, no estaba sola…

El ómnibus, haciendo sonar estridentemente la bocina, se abría paso a través de obstáculos invisibles. Sin embargo, en el interior del coche nadie se movía. Janine sintió de pronto que la miraban y volvió la cabeza hacia el asiento que prolongaba el suyo del otro lado del corredor. Aquél no era un árabe y Janine se asombró de no haber reparado en él al salir. Llevaba el

uniforme de las unidades francesas del Sahara Y un quepis de lienzo sobre la cara curtida de chacal, larga y puntiaguda. La examinaba fijamente, con sus ojos claros y con una especie de insolencia. Janine enrojeció súbitamente y se volvió hacia el marido, que continuaba mirando hacia adelante la bruma y el viento. Se arrebujó en el abrigo, pero continuaba viendo aún al soldado francés, alto y delgado, tan delgado, con su chaquetilla ajustada, que parecía hecho de una sustancia seca y friable, una mezcla de arena y huesos. En ese momento vio las manos flacas y la cara quemada de los árabes que estaban delante de ella y advirtió que, a pesar de sus amplias vestimentas, parecían holgados en los asientos donde su marido y ella apenas cabían. Ajustó contra sí los pliegues de] abrigo. Con todo, no era tan gruesa, sino más bien alta y opulenta, carnal y todavía deseable —bien lo advertía por la mirada de los hombres—, con su rostro un tanto infantil y los ojos frescos y claros que contrastaban con aquel cuerpo robusto que era —bien lo sabía ella— tibio y sedante.

No, nada ocurría como lo había imaginado. Cuando Marcel habla querido llevarla consigo para ese viaje, ella había protestado. Marcel lo proyectaba desde hacía mucho tiempo, exactamente desde el fin de la guerra, en el momento en que los negocios volvieron a normalizarse. Antes de la guerra, el pequeño comercio de tejidos que había heredado de los padres, cuando renunció a sus estudios de derecho, les permitía vivir con bastante holgura. En la costa los años do juventud pueden ser felices. Pero a él no le gustaban mucho los esfuerzos físicos, de manera que muy pronto había dejado de llevarla a las playas. El pequeño automóvil ya no salía de la ciudad sino para el paseo de los domingos. Marcel prefería pasar el resto del tiempo en su tienda de telas mnlticolores, a la sombra de las arcadas de ese barrio a medias indígena, a medias europeo. Vivían en tres habitaciones sobre la tienda, adornadas con colgaduras árabes y muebles berberiscos. No habían tenido hijos. Los años habían pasado en la penumbra que ellos conservaban con las celosías semicorridas. El verano, las playas, los paseos y hasta el cielo estaban lejos. Nada parecía interesar a Marcel salvo sus negocios. Janine había creído descubrir su verdadera pasión, el dinero; y a ella no le gustaba eso, sin saber demasiado por qué. Después de todo, aprovechaba ese dinero. Él no era avaro; por el contrario, generoso, sobre

todo con ella. «Si me ocurriera algo», decía, «estarías a salvo». Y en efecto, hay que ponerse a salvo de la necesidad. Pero de lo demás, de lo que no es 1a necesidad más elemental, ¿cómo ponerse a salvo? Y era eso lo que, de tarde en tarde, Janine sentía confusamente. Mientras tanto, ayudaba a Marcel a llevar sus libros comerciales y a veces hasta lo reemplazaba en la tienda. Lo más duro era el verano, cuando el calor mataba hasta la dulce sensación del tedio.

Precisamente en pleno verano había estallado de pronto la guerra; Marcel fue movilizado, luego licenciado, se produjo la depresión de los negocios y las calles se tornaron desiertas y calurosas. Si pasaba algo, ella. ya no estaría a salvo. Por eso desde que las telas volvieron al mercado, Marcel tenía el proyecto de recorrer las aldeas de las mesetas altas y del sur, para prescindir de intermediarios y vender directamente a los comerciantes árabes. Había querido llevarla con él. Janine sabía que los medios de transporte eran precarios; además, se sofocaba; hubiera preferido esperarlo en casa. Pero Marcel se había obstinado y ella aceptó, porque le habría hecho falta demasiada energía para contrariarle. Allí estaban ahora y, en verdad. nada se parecía a lo que había imaginado. Había temido el calor, los enjambres de moscas, los hoteles sucios colmados de olores anisados. No había pensado en el frío, en el viento cortante, en aquellas mesetas casi polares, donde se acumulaban las morenas. También había soñado con palmeras y suave arena. Ahora veía que el desierto no era eso, sino tan sólo piedras, piedras por todas partes, tanto en el cielo, donde reinaba aún, chirriante y frío, únicamente el polvo de piedra, como en la tierra, donde sólo crecían, entre las piedras, gramíneas secas.

El ómnibus se detuvo bruscamente. El chofer dijo como para sí algunas palabras en aquella lengua que ella había oído toda la vida sin comprender.

—¿Qué pasa? —preguntó Marcel. El chofer, hablando esta vez en francés, dijo que la arena debía de haber tapado el carburador y Marcel volvió a maldecir una vez más aquel país. El chofer rió mostrando todos los dientes y aseguró que no era nada, que iba a limpiar el carburador y que en seguida continuarían el viaje. Abrió la portezuela, el viento frio penetró en el coche e inmediatamente les acribilló la cara con mil granos de arena, los

árabes hundieron la nariz en sus albornoces y se recogieron sobre sí mismos.

—¡Cierra la puerta! —aulló Marcel. El chofer, riendo, volvía hacia la portezuela. Con calma sacó algunas herramientas de debajo del tablero; luego, minúsculo en medio de la bruma, tornó a desaparecer hacia adelante, sin cerrar la puerta. Marcel lanzó un suspiro.

—Puedes tener la seguridad de que en su vida vio un motor.

—No te irrites —dijo Janine. De pronto se sobresaltó. En el terraplén, muy cerca del ómnibus, habían surgido formas envueltas en largos ropajes, que permanecían inmóviles. Bajo la capucha de los albornoces y detrás de un cerco de velos, no se les veía más que los ojos. Mudos, llegados no se sabía de dónde, contemplaban a los viajeros.

—Pastores —dijo Marcel.

En el interior del coche el silencio era completo. Todos los pasajeros, con la cabeza gacha, parecían escuchar la voz de] viento, desencadenado con toda libertad sobre aquellas mesetas interminables. A Janine le llamó de pronto la atención la ausencia casi total de equipaje. En la estación del ferrocarril, el chofer había subido al techo del vehículo la maleta de ellos y algunos bultos. En el interior del coche, en la red para las valijas, sólo se veían bastones nudosos y canastos chatos. Por lo visto todas aquellas gentes del sur viajaban con las manos vacías.

Pero ya volvía el chofer, siempre entusiasta. Únicamente lo ojos reían por encima de los velos con que también él se había cubierto el rostro. Anunció que partían. Cerró la puerta, calló el viento y entonces se oyó mejor la lluvia de arena sobre los vidrios. El motor tosió y luego se detuvo. Largamente solicitado por el arranque, comenzó por fin a girar y el chofer lo hizo rugir bombeando con el acelerador. Con un violento hipo, el ómnibus volvió a andar. De la masa andrajosa de pastores, siempre inmóviles, se levantó una mano que luego se desvaneció en medio de la bruma, al quedar atrás. Casi inmediatamente el coche comenzó a saltar en el camino, que había empeorado. Sacudidos, los árabes oscilaban sin cesar. Sin embargo, Janine se sentía invadida por el sueño cuando de pronto surgió delante de ella una cajita amarilla llena de pastillas. El soldado chacal le sonreía. Janine vaciló, se sirvió y agradeció. El chacal se metió la

cajita en el bolsillo y se tragó de golpe la sonrisa. Ahora miraba fijamente al camino, hacia adelante. Janine se volvió hacia Marcel y sólo le vio la sólida nuca. A través de los vidrios estaba contemplando la bruma más densa, que subía desde los terraplenes friables.

Hacía horas que viajaban y el cansancio había ahogado toda vida en el coche, cuando afuera resonaron gritos. Niños de albornoz, que giraban sobre sí mismos como trompos, Saltaban, se golpeaban las manos y corrían alrededor del ómnibus. Éste avanzaba ahora por una calle larga, bordeada de casas bajas: entraban en el oasis. El viento continuaba soplando, pero las paredes detenían las partículas de arena que ya no oscurecían la luz. Así y todo, el cielo permanecía cubierto. En medio de los gritos y un gran estrépito de frenos, el ómnibus se detuvo frente a las arcadas de un hotel de vidrios sucios. Janine bajó y ya en la calle sintió que se tambaleaba. Por encima de las casas divisó un minarete amarillo y grácil. A la izquierda se recortaban ya las primeras palmeras del oasis y Janine hubiera querido llegarse hasta ellas. Pero aunque era ya cerca de mediodía hacía un frío intenso; el viento la hizo estremecerse. Se volvió hacia Marcel, pero vio primero al soldado que avanzaba a su encuentro. Esperó su sonrisa o su saludo; pero él paso sin mirarla y desapareció. Marcel se ocupaba en hacer bajar del techo del ómnibus la maleta de las telas, una especie de baúl negro. La empresa no sería fácil. El chofer era el único encargado del equipaje y ya había interrumpido su tarea, erguido en el techo, para perorar ante el círculo de albornoces reunidos alrededor del vehículo. Janine, rodeada de rostros que parecían tallados en hueso y cuero, sitiada por gritos guturales, sintió súbitamente todo su cansancio.

—Subo —le dijo a Marcel, que interpelaba con impaciencia al chofer.

Entró en el hotel. El dueño, un francés flaco y taciturno, le salió al encuentro. La llevó al primer piso, la acompañó por una galería que dominaba la calle y la hizo entrar en un cuarto en el que no parecía haber más que una cama de hierro, una silla pintada de blanco, una serie de colgaderos sin cortina, y, detrás de un biombo de cañas, un tocador cuyo lavabo se veía cubierto de una fina capa de polvo de arena. Cuando el hombre hubo cerrado la puerta, Janine sintió el frío que le llegaba desde las paredes peladas y blanqueadas con cal. No sabía dónde dejar su bolso ni

dónde ponerse ella misma. Había que acostarse o quedarse de pie, y tiritar en cualquiera de los dos casos. Permaneció de pie, con el bolso en la mano, mirando atentamente una especie de tronera abierta al cielo, cerca del techo. Esperaba, pero no sabía qué. Sólo sentía su soledad y el frío que la penetraba y un peso más grande en la parte del corazón. En verdad estaba sumida en un ensueño, casi sorda a los ruidos que subían de la calle mezclados con estallidos de la voz de Marcel, teniendo en cambio más conciencia de ese rumor de río que le llegaba a través de la tronera y que el viento hacía nacer en las palmeras, tan próximas ahora, según le parecía. Luego el viento redobló su fuerza, el suave murmullo de agua se convirtió en silbido de olas. Detrás de las paredes, Janine soñaba con un mar de palmeras rectas y flexibles rizándose en medio de la tormenta. Nada se parecía a lo que ella había esperado, sólo que esas olas invisibles le refrescaban los ojos fatigados. Se mantenía de pie, abatida, con los brazos caídos, un poco agobiada, mientras e1 frío le subía a lo largo de las piernas pesadas. Soñaba con las palmeras rectas y flexibles y con la muchacha que había sido.

Después de asearse, bajaron al comedor. En las paredes desnudas habían pintado camellos y palmeras, ahogados en un almíbar rosado y violeta. Las ventanas de arco dejaban entrar una luz parca. Marcel pedía informes al dueño del hotel sobre los comerciantes. Luego un viejo árabe, que mostraba una condecoración militar en la chaqueta, los sirvió. Marcel estaba preocupado y desmigajaba el pan. Impidió que su mujer bebiera agua.

—No esta hervida. Toma vino.

A ella no le gustaba, el vino la aturdía. Además, en el *menu* había cerdo.

—El Corán lo prohíbe. Pero el Corán no sabía que el cerdo bien cocido no produce enfermedades. Nosotros sí que entendemos de cocina. ¿En qué piensas?

Janine no pensaba en nada. O tal vez, en esa victoria de los cocineros sobre los profetas. Pero tenían que darse prisa. Volverían a emprender viaje a la mañana siguiente, irían más al sur todavía: aquella tarde era necesario ver a todos los comerciantes importantes. Marcel urgió al viejo árabe para que les sirviera el café. Él asintió con un movimiento de cabeza, sin sonreír, y salió con pasos menudos.

—Lentamente por la mañana; no demasiado rápido por la tarde —dijo Marcel riendo. Con todo, el café terminó por llegar. Lo bebieron precipitadamente y salieron a la calle polvorienta y fría. Marcel llamó a un joven árabe para que le ayudara a llevar la maleta, y por principio discutió el precio. Su opinión, que comunicó una vez más a Janine, se fundaba en el oscuro principio de que ellos pedían siempre el doble para que se les diera un cuarto. Janine seguía de mala gana a los dos portadores. Bajo el grueso abrigo se había puesto un vestido de lana. Habría querido ocupar menos lugar. El cerdo, aunque bien cocido, y el poco vino que había tomado, le daban también una sensación de pesadez.

Bordeaban un pequeño jardín público con árboles polvorosos. Los árabes con que se cruzaban se hacían a un lado llevándose hacia adelante los pliegues de los albornoces y no parecían verlos. Aun cuando estaban cubiertos de harapos, Janine advertía en ellos un aire altivo, que no tenían los árabes de su ciudad. Janine iba siguiendo la maleta que le abría camino a través de la multitud. Pasaron por la puerta de una muralla de tierra ocre y llegaron a una placita en la que había plantados los mismos árboles minerales y a cuyo fondo, sobre el costado más amplio, se veían arcadas y negocios; pero se detuvieron en la plaza misma, frente a una pequeña construcción de forma de granada, pintada de azul con cal. En el interior, en el único cuarto, que recibía luz sólo por la puerta de entrada, un viejo árabe, de bigotes blancos, estaba detrás de una tabla de madera lustrada. Se disponía a servir té y lo hizo levantando y bajando la tetera sobre tres vasitos multicolores. Antes de que pudieran distinguir otra cosa en la penumbra de la tienda, el olor fresco del té con menta recibió a Marcel y a Janine en el umbral. Apenas franquearon la entrada, y las guirnaldas molestas de teteras de estaño, tazas y bandejas, mezcladas con molinetes de tarjetas postales, Marcel se encontró frente al mostrador. Janine se quedó en la entrada. Se apartó un poco para no interceptar la luz. En ese momento divisó detrás del viejo comerciante y en la penumbra a dos árabes que los contemplaban sonriendo, sentados sobre las hinchadas bolsas que llenaban por entero el fondo del local. Alfombras rojas y negras, tapices, pañuelos de seda bordados, colgaban de las paredes, mientras el suelo estaba cubierto de bolsas y cajitas llenas de granos aromáticos. Sobre el mostrador, alrededor

de una balanza de platillos relucientes y un viejo metro con las señales borradas, se alineaban panes de azúcar, uno de los cuales, despojado de la envoltura de grueso papel azul, estaba ya cortado en la parte superior. Cuando el viejo comerciante dejó la tetera sobre el mostrador y saludó, percibieron detrás del perfume del té, el olor de lana y de especias que flotaba en el cuarto.

Marcel hablaba precipitadamente, con esa voz baja que empleaba para hablar de negocios. Luego abrió la maleta, mostró las telas, las sedas, e hizo a un lado la balanza y el metro, para exhibir su mercadería ante el viejo comerciante. Se ponía nervioso, levantaba la voz, reía de manera desordenada, parecía una mujer que quiere gustar y que no está segura de sí misma. Después, con las manos ampliamente abiertas, se puso a remedar mímicamente la venta y la compra. El viejo meneó la cabeza. Pasó la bandeja con el té a los dos árabes que estaban detrás y se limitó a decir algunas palabras que parecieron desalentar a Marcel. Éste recogió las telas, las guardó en la maleta y se enjugó de la frente un sudor improbable. Llamó al chico que le ayudaba a llevar la maleta y volvieron hacia las arcadas. En la primera tienda, por más que el comerciante afectó al principio el mismo aire olímpico, tuvieron un poco más de suerte.

—Éstos se creen que son el mismo Dios —dijo Marcel—; pero también deben vender. La vida es dura para todos.

Janine lo seguía sin responder. El viento casi había cesado. El cielo iba abriéndose. Una luz fría, brillante, bajaba de los pozos azules cavados en el espesor de las nubes. Ahora ya habían dejado atrás la plaza. Andaban por callejuelas, bordeaban muros de tierra por encima de los cuales pendían rosas podridas de diciembre o, de cuando en cuando, una granada seca y agusanada. En aquel barrio flotaba un perfume de polvo y de café, el humo de fuegos hechos de cortezas, el olor de la piedra y del carnero. Las pequeñas tiendas excavadas en los muros estaban lejos unas de otras. Janine sentía que las piernas le pesaban, pero el marido se iba serenando poco a poco, empezaba a vender, y hasta se hacía más conciliador; llamaba a Janine «pequeña». El viaje no sería inútil.

—Desde luego —decía Janine—. Es mejor entenderse directamente con ellos.

Volvieron al centro por otra calle. Era una hora avanzada de la tarde y el cielo ahora casi se había descubierto. Se detuvieron en la plaza. Marcel se frotaba las manos mientras contemplaba con expresión tierna la maleta que estaba delante de ellos.

—Mira —dijo Janine. Desde la otra extremidad de la plaza se acercaba un árabe alto, delgado, vigoroso. Cubierto con un albornoz azul cielo, calzado con livianas botas amarillas, las manos enguantadas, y que llevaba levantado su rostro aquilino y moreno. Únicamente el *chèche*, que usaba a manera de turbante, permitía distinguirlo de aquellos oficiales franceses de Cuestiones Indígenas, que Janine había admirado alguna vez. Avanzaba con paso regular, en dirección a ellos, pero parecía mirar más allá del grupo, mientras se quitaba con lentitud el guante de una de las manos.

—Vaya ——dijo Marcel encogiéndose de hombros—. Éste por lo menos se cree general.

Sí, allí todos tenían aquel aire altivo, pero éste realmente exageraba. Aun cuando los rodeaba el espacio vacío de la plaza, el hombre avanzaba rectamente hacia la maleta, sin verla, sin verlos. La distancia que los separaba disminuyó rápidamente y el árabe ya llegaba hasta ellos, cuando Marcel aferró de pronto la maleta y la hizo atrás. El otro pasó, aparentemente sin darse cuenta de nada, y al mismo paso se dirigió hacia las murallas. Janine miró a su marido. Marcel mostraba ese aire suyo de desconcierto.

—Ahora se creen que todo les está permitido —dijo. Janine no respondió. Detestaba la estúpida arrogancia de aquel árabe y se sentía súbitamente desdichada. Quería irse, pensaba en su pequefio departamento. La idea de volver al hotel, a aquella habitación fría, la desalentaba. De pronto pensó que el dueño del hotel le había aconsejado que subiera a la terraza del fuerte, desde donde se dominaba el desierto. Propuso a su marido que dejaran la maleta en el hotel. Pero él estaba cansado. Quería dormir un poco antes de comer.

—Te lo ruego —dijo Janine. Marcel la miró, súbitamente atento.

—Desde luego, querida.

Ella lo estaba esperando en la calle, frente al hotel. La multitud, vestida de blanco, se hacía cada vez más numerosa. No había allí ni una sola mujer

y a Janine le parecía que nunca había visto tantos hombres juntos. Sin embargo, nadie 1a miraba. Algunos, aparentemente sin verla, volvían con lentitud hacia ella una cara flaca y curtida que, a sus ojos, les hacía a todos semejantes: el rostro del soldado francés del ómnibus, el del árabe de los guantes, rostros a la vez ladinos y orgullosos. Volvían ese rostro hacia la extranjera, no la veían y luego, ligeros y silenciosos, pasaban alrededor de ella cuyos tobillos se iban hinchando. Y su malestar, su necesidad de marcharse aumentaban. «¿Por qué he venido?». Pero Marcel ya bajaba.

Cuando subieron por la escalera del fuerte eran las cinco de la tarde. E1 viento había cesado del todo. El cielo, completamente limpio, tenía ahora un color azul de vincapervinca. El frío se había hecho más seco, les hacía arder las mejillas. En la mitad de la escalera, un viejo árabe extendido contra la pared, les preguntó si querían que los guiara, pero sin moverse, como si de antemano hubiera estado seguro de que ellos lo rechazarían. La escalera era larga y empinada, a pesar de los muchos rellanos de tierra apisonada. A medida que subían, el espacio se ampliaba, e iban elevándose en medio de una luz cada vez más vasta, fría y seca, en la que cada ruido del oasis les llegaba distinto y puro. El aire iluminado parecía vibrar alrededor de ellos con una vibración cada vez más prolongada a medida que subían, como si su paso hiciera nacer en el cristal de la luz una onda sonora que iba ampliándose. Y en el momento en que llegaron a la terraza, la mirada se les perdió de pronto, más allá del palmeral, en el horizonte inmenso; a Janine le pareció que el cielo entero resonaba en una nota fragorosa y breve, cuyos ecos colmaron poco a poco el espacio que se extendía por encima de ella y luego callaron súbitamente para dejarlo silencioso frente a la extensión sin límites.

En efecto, de este a oeste, la mirada de Janine podía desplazarse lentamente sin encontrar un solo obstáculo a lo largo de toda una curva perfecta. Abajo, las terrazas azules y blancas de la ciudad árabe se encimaban, ensangrentadas por las manchas rojas de los pimientos que se secaban a1 sol. No se veía a nadie, pero de los patios interiores subían, con el humo oloroso del café que se tostaba, voces risueñas o ruidos dc pasos inexplicables. Poco más lejos, el palmeral, dividido en cuadros desiguales por paredes de arcilla, zumbaba en su parte superior por el efecto de un

viento que ya no se sentía en la terraza. Más lejos todavía, y hasta el horizonte, comenzaba, ocre y gris, el reino de las piedras, donde no se manifestaba vida alguna, A poca distancia del oasis, cerca del río que, a occidente, bordeaba el palmeral, se divisaban amplias tiendas negras. Alrededor, una manada de dromedarios inmóviles, minúsculos a aquella distancia, formaban en el suelo gris los signos oscuros de una extraña escritura, cuyo sentido había que descifrar. Por encima del desierto. el silencio era vasto como el espacio.

Janine, apoyada con todo el cuerpo en el parapeto, permanecía sin hablar, incapaz de arrancarse al vacío que se abría frente a ella. A su lado, Marcel se movía inquieto. Tenía frío, quería bajar. ¿Qué había que ver allí? Pero ella no podía separar la mirada del horizonte. Allá, más al sur todavía, en aquel punto en que el cielo y la tierra se juntaban en una línea pura, allá, le parecía de pronto que algo la esperara, algo que ella había ignorado hasta ese día y que sin embargo no había dejado de faltarle. En la tarde que caía, la luz se aflojaba suavemente; de cristalina, se hacía líquida. Al mismo tiempo, en el corazón de una mujer que sólo había ido allí por azar, un nudo que los años, la costumbre y el tedio habían apretado, se aflojaba lentamente. Janine contemplaba el campamento de los nómadas. Ni siquiera había visto a los hombres que vivían allí. Nada se movía entre las tiendas negras. Y sin embargo, Janine no podía pensar sino en ellos, en aquéllos de cuya existencia ella apenas estaba enterada hasta ese día. Sin casas, separados del mundo, formaban un puñado de hombres que erraban por el vasto territorio que Janine descubría con la mirada, y que sin embargo no era más que una parte irrisoria de un espacio aún más vasto, cuya fuga vertiginosa no se detenía sino a millares de kilómetros más al sur, en aquellas tierras en que por fin el primer río comienza a fecundar la selva. Desde siempre, sobre la tierra seca, raspada hasta el fondo, de ese país desmesurado, algunos hombres caminaban sin tregua, hombres que no poseían nada, pero que no servían a nadie; señores miserables y libres de un extraño reino. Janine no sabía por qué esta idea la colmaba de una tristeza tan dulce y tan profunda, que le hacía cerrar los ojos. Sabía tan sólo que ese reino le había sido prometido desde siempre y que sin embargo nunca sería el suyo, nunca, sino en este fugitivo instante, quizá, en que ella volvió a

abrir los ojos al cielo súbitamente inmóvil y a sus olas de luz coagulada, mientras las voces que subían desde la ciudad árabe callaban bruscamente. Le pareció que el movimiento del mundo acababa de detenerse y que nadie. a partir de ese instante, envejecería ni moriría. En todas partes la vida había quedado en suspenso, salvo en su corazón, donde, en ese mismo instante, algo lloraba de pena y deslumbrada admiración.

Pero la luz se puso en movimiento. El sol, nítido y sin calor; se inclinó hacia el oeste, que enrojeció un poco, mientras al este se formaba una ola gris, pronta a estallar lentamente sobre la inmensa extensión. Un primer perro ladró y su lejano grito subió por el aire, que se había hecho aun más frío. Janine se dio cuenta entonces de que estaba dando diente con diente.

—Vams a reventar —dijo Marcel—. Eres una tonta. Volvamos.

Pero luego la cogió desmañadamente de la mano. Dócil ahora, ella se apartó del parapeto y lo siguió. El viejo árabe de la escalera, inmóvil, los miró bajar hacia la ciudad. Janine andaba sin ver a nadie, abatida por un inmenso y brusco cansancio, arrastrando el cuerpo, cuyo peso le parecía ahora insoportable. Había salido de su exaltación de poco antes. Se sentía demasiado alta, demasiado corpulenta, también demasiado blanca para aquel mundo al que había entrado. Un niño, una muchacha, el hombre seco, el chacal furtivo, eran las únicas criaturas que podían hollar silenciosamente esa tierra. ¿Qué haría ella ahora, sino arrastrarse hasta el sueño, hasta la muerte?

Y, en efecto, se arrastró hasta el restaurante, frente a un marido de pronto taciturno o que le hablaba de su cansancio, mientras ella misma luchaba débilmente contra un resfrío cuya fiebre sentía subir de punto. Se arrastró aún hasta la cama, en la que Marcel fue a reunírsele, después de apagar en seguida la luz, sin preguntarle nada. El cuarto estaba helado. Janine sentía cómo el frío le invadía el cuerpo a medida que le subía la fiebre. Respiraba con dificultad, la sangre le corría sin calentarla. Una especie de miedo fue creciendo en ella. Se revolvía. La vieja cama de hierro crujía bajo su peso. No, no quería estar enferma. Marcel ya dormía y ella también debía dormir. Era necesario. Los ruidos ahogados de la ciudad le llegaban a través de la tronera. Los viejos fonógrafos de los cafés moros enviaban aires gangosos que ella reconocía vagamente y que le llegaban

junto con el rumor de una muchedumbre que se movía con lentitud. Tenía que dormir. Pero se puso a contar tiendas negras; por detrás de los párpados pastaban camellos inmóviles; inmensas soledades se arremolinaban en ella. Si, ¿por qué había venido? Se adormeció preguntándoselo.

Se despertó poco después. Alrededor el silencio era completo. Pero en los límites de la ciudad, perros enronquecidos aullaban en medio de la noche muda. Janine se estremeció. Se volvió otra vez más sobre sí misma, sintió contra el suyo el hombro duro del marido y, de pronto, a medias adormecida, se acurrucó contra Marcel. Iba a la deriva junto al sueño sin hundirse en él; se pegaba a ese hombro con una avidez inconsciente, como a su puerto más seguro. Hablaba, pero apenas si se oía ella misma. Sólo sentía el calor de Marcel. Desde hacía más de veinte años, todas las noches era así, en su calor, ellos dos siempre, aun enfermos, aun viajando, como ahora… ¿Qué habría hecho, por lo demás, quedándose sola en la casa? ¡No tenía hijos! ¿No era eso lo que le faltaba? No lo sabía. Ella seguía a Marcel. Eso era todo. Contenta de sentir que alguien tenía necesidad de ella. Marcel no le daba otra alegría que la de saberse necesaria. Evidentemente no la amaba. El amor, aun el amor rencoroso, no tiene esa cara enfadada. Pero, ¿cuál es su cara? Ellos se amaban durante la noche, sin verse, a tientas. ¿Es que hay otro amor, que no sea ese de las tinieblas, un amor que grite a la plena luz del día? No lo sabía, pero sabía que Marcel tenía necesidad de ella y que ella tenía necesidad de esa necesidad, que vivía de ella noche y día, sobre todo por la noche, todas las noches en él no quería estar solo, ni envejecer, ni morir, con ese aire obstinado que asumía y que ella reconocía a veces en otros rostros de hombres, el único aire común de esos locos que se disfrazan con el aspecto de la razón, hasta que les sobrecoge el delirio que los arroja desesperadamente hacia un cuerpo de mujer para sepultar en él, sin deseo, lo que la soledad y la noche les muestran de espantoso.

Marcel se movió un poco como para alejarse de ella. No, no la amaba. Sencillamente tenía miedo de lo que no era ella, y ella y él, desde hacía mucho tiempo, deberían haberse separado y dormir solos hasta el fin. Pero, ¿quién puede dormir siempre solo? Algunos hombres lo hacen, quizá porque la vocación o la desdicha los ha separado de los otros y entonces se acuestan todas las noches en el mismo lecho que la muerte. Marcel no

podría hacerlo nunca. Sobre todo él, nifio débil e inerme, a quien el dolor siempre asustaba, su hijo, precisamente; su hijo, que tenía necesidad de ella y que en ese mismo momento dejó escapar una especie de gemido. Janine se apretó un poco más contra él, le puso la mano sobre el pecho. Y en su interior lo llamó con aquel nombre de amor que antes le daba y que, de cuando en cuando, todavía empleaban entre ellos, pero sin pensar ya en lo que decían.

Janine lo llamó de todo corazón. Ella también, después de todo, tenía necesidad de él, de su fuerza, de sus pequeñas manías. Ella también tenía miedo de morir. «Si superara este miedo, sería feliz…». En seguida la invadió una angustia inexpresable. Se separó de Marcel. No, ella no superaba nada, no era feliz, iba a morir en verdad sin haberse librado de ese miedo. Le dolía el corazón, se sofocaba bajo un peso inmenso que, según descubrió de pronto, arrastraba desde hacía veinte años, y bajo el cual se debatía ahora con todas sus fuerzas. Quería librarse de ese miedo, aun cuando Marcel, aun cuando los otros nunca se libraran de él. Del todo despierta, se incorporó en el lecho y aguzó el oído a un llamado que le parecía provenir de muy cerca. Pero de las extremidades de la noche sólo le llegaron las voces extenuadas e infatigables de los perros del oasis. Se había levantado un viento débil, a través del cual oía Janine correr las aguas ligeras del palmeral. Venía del sur, de allá donde el desierto Y la noche se mezclaban ahora bajo el cielo de nuevo fijo. allá donde la vida se detenía, donde ya nadie envejecía ni moría. Luego las aguas del viento callaron y Janine ni siquiera tuvo la seguridad de haber oído algo, salvo un llamado mudo que, después de todo, ella podía, a voluntad, hacer callar u oír, pero cuyo sentido no conocería nunca, si no respondía a él inmediatamente. ¡Inmediatamente, sí, por lo menos eso era seguro!

Se levantó con precaución y permaneció inmóvil junto al lecho, atenta a la respiración del marido. Marcel dormía. Un instante después la abandonaba el calor de la cama y era presa del frío. Se vistió lentamente, buscando a tientas las ropas, a la débil luz que, a través de las persianas del frente, enviaban las lámparas de la calle. Con los zapatos en la mano, se llegó hasta la puerta. Esperó aún un rato en la oscuridad; luego abrió suavemente. Rechinó el picaporte y ella se quedó inmóvil. El corazón le

latía furiosamente. Aguzó el oído y, tranquilizada por el silencio, hizo girar un poco más la mano. La rotación del pestillo le pareció interminable. Por fin abrió, se deslizó afuera y volvió a cerrar la puerta con las mismas precauciones. Después, con la mejilla pegada a la madera, esperó. Al cabo de un instante, oyó, lejana, la respiración de Marcel. Se volvió, recibió en la cara el aire helado de la noche y corrió por la galería. La puerta del hotel estaba cerrada. Mientras trataba de mover el cerrojo, el sereno del hotel apareció en lo alto de la escalera, con cara desconcertada, y le dijo algo en árabe.

—Ya vuelvo —dijo Janine. Y se lanzó a la noche.

Guirnaldas de estrellas descendían del cielo negro, por encima de las palmeras y las casas. Janine corría a lo largo de la breve avenida, ahora desierta, que conducía al fuerte. El frío, que ya no tenía que luchar contra el sol, había invadido la noche; el aire helado le quemaba los pulmones. Pero ella seguía corriendo, medio ciega, en la oscuridad. En la parte más alta de la avenida, sin embargo, aparecieron luces que luego bajaron hacia ella zigzagueando. Janine se detuvo, oyó un ruido de élitros y, detrás de las luces que crecían, vio por fin enormes albornoces, bajo los cuales centelleaban frágiles ruedas de bicicletas. Los albornoces la rozaron; tres luces rojas surgieron en la oscuridad, detrás de ella, para desaparecer en seguida. Janine continuó su carrera hacia el fuerte. En la mitad de la escalera, la quemadura del aire en los pulmones se hizo tan cortante que Janine quiso detenerse. Un último impulso la empujó a pesar de ella hasta la terraza, contra el parapeto, que ahora le apretaba el vientre. Jadeaba y todo se confundía ante sus ojos. La carrera no la había hecho entrar en calor. Aún temblaba con todo el cuerpo. Pero el aire frío, que Janine tragaba a sacudones, pronto comenzó a correr regularmente por ella y un calor tímido, a nacer en medio de los estremecimientos. Por fin los ojos se le abrieron a los espacios de la noche.

Ningún soplo, ningún ruido, como no fuera de vez en cuando la crepitación ahogada de las piedras que el frío reducía a arena, turbaba 1a soledad y el silencio que rodeaban a Janine. Sin embargo, al cabo de un instante, le pareció que una especie de movimiento pesado de rotación arrastraba el cielo por encima de ella. En lo espeso de la noche seca y fría,

millares de estrellas se formaban sin tregua, y sus témpanos resplandecientes, en seguida separados, comenzaban a deslizarse insensiblemente hacia el horizonte. Janine no podía arrancarse de la contemplación de esos fuegos que iban a la deriva. Giraba con ellos, y la misma marcha inmóvil la reunía poco a poco con su ser más profundo, donde ahora combatían el frío y el deseo. Frente a ella las estrellas caían una a una; luego se extinguían entre las piedras del desierto, y cada vez Janine se abría un poco más a la noche. Respiraba, había olvidado e1 frío, el peso de los seres, la vida demente o helada, la prolongada angustia de vivir y de morir. Después de tantos años en que, huyendo del miedo, había corrido locamente, sin objeto, por fin se detenía. Al mismo tiempo le parecía reencontrar sus raíces; la savia volvía a subirle por el cuerpo, que ya no temblaba. Apretada con todo el vientre contra el parapeto, tensa hacia el cielo en movimiento, Janine sólo esperaba a que su corazón, aún agitado, se calmara y a que el silencio se hiciera en ella. Las últimas estrellas de las constelaciones dejaron caer sus racimos un poco más bajo sobre el horizonte del desierto y se inmovilizaron. Entonces, con una dulzura insoportable, el agua de la noche comenzó a llenar a Janine, cubrió el frío, subió poco a poco desde el centro oscuro de su ser y desbordó en olas ininterrumpidas, hasta su boca llena de gemidos. Un instante después, el cielo entero se extendía sobre ella, echada de espaldas en la tierra fría.

Cuando Janine volvió al hotel, con las mismas precauciones, Marcel no se había aún despertado. Pero gruñó al acostarse ella y pocos segundos después se incorporó bruscamente. Habló y Janine no comprendió lo que decía. Marcel se levantó, encendió la luz, que la abofeteó en pleno rostro, se dirigió tambaleando hacia el lavabo y bebió largamente de la botella de agua mineral que allí había. Iba a deslizarse bajo las sábanas, cuando, con una rodilla apoyada en la cama, se quedó mirándola, sin comprender. Janine lloraba abiertamente, sin poder contener las lágrimas.

—No es nada, querido —decía—. No es nada.

EL RENEGADO
O
UN ESPÍRITU CONFUNDIDO

¡Qué lío, qué lío! Tengo que poner orden en mi cabeza. Desde que me cortaron la lengua, otra lengua, no sé, funciona continuamente en mi cerebro,algo habla, o alguien, que de pronto se calla y luego todo vuelve a comenzar, oh, oigo demasiadas cosas que, sin embargo, no digo. ¡Qué lío! Y si abro la boca, sale un ruido como de guijarros removidos. Orden, un orden, dice 1a lengua, y al mismo tiempo habla de otra cosa; sí, yo siempre deseé el orden. Por lo menos algo es seguro: espero al misionero que vendrá a reemplazarme. Estoy aquí, en el camino, a una hora de Taghasa, escondido en un montón de rocas, sentado sobre el viejo fusil. El día se alza sobre el desierto, aún hace mucho frío, pronto hará demasiado calor. Esta tierra lo vuelve loco a uno, y yo…, después de tantos años, ya he perdido la cuenta… ¡No, tengo que hacer todavía un esfuerzo! El misionero llegará esta mañana o esta tarde. Oí decir que vendría con un guía. Tal vez no traigan más que un sólo camello para los dos. Esperaré, espero, sólo que el frío, el frío me hace temblar. ¡Ten un poco de paciencia aún, sucio esclavo!

Hace tanto tiempo que tengo paciencia. Cuando estaba en mi casa, en aquella alta meseta del Macizo Central, mi padre era grosero, mi madre estúpida; el vino, la sopa de tocino todos los días, el vino, sobre todo, agrio y frío, y el largo invierno, los helechos repugnantes… ¡Oh, quería irme de allí, quería abandonar todo aquello y comenzar por fin a vivir, en medio del sol, con agua clara! Le creí al cura, que me hablaba del seminario; todos los días me dedicaba algún momento, tenía tiempo, en aquella comarca protestante, donde pasaba pegado a las paredes cuando cruzaba la aldea. Me hablaba de un porvenir y del sol; el catolicismo es el sol, decía, y me hacía leer. Hasta hizo entrar el latín en mi cabeza dura: «Es inteligente este chico, pero también un mulo». Tan duro era mi cráneo, por lo demás, que, a pesar de todas las caídas, en mi vida entera vertió sangre. «Cabeza de vaca», decía mi padre, aquel cerdo. En el seminario todos estaban orgullosos. Reclutar a uno de una comarca protestante era una victoria. Me vieron

llegar corno al sol de Austerlitz. Paliducho ese sol, en verdad, a causa del alcohol; ellos habían bebido vino agrio y sus hijos tenían los dientes cariados; ra, ra, matar a mi padre, eso es lo que tendría que hacer; pero no hay peligro, en verdad, de que se lance a la misión, puesto que se murió hace mucho. El vino ácido terminó por perforarle el estómago. Entonces solo resta matar al misionero.

Tengo que ajustar una cuenta con él y con sus amos, con mis amos, que me engañaron, con la sucia Europa. Todo el mundo me engañó. La misión, no tenían otra palabra en la boca. Irse uno hasta los salvajes y decirles: «Aquí está mi Señor, miradlo. Nunca golpea, ni mata. Manda con voz dulce. Presenta la otra mejilla. Es el más grande de los Señores. Elegidlo. Mirad como me ha hecho mejor. Agraviadme y tendréis la prueba». Sí, lo creí; ra, ra. Y me sentía mejor, había crecido y casi hasta era buen mozo. Quería agravios. Cuando en verano íbamos en filas estrechas y negras, bajo el cielo de Grenoble, y nos cruzábamos con muchachas de vestidos ligeros, yo no volvía los ojos, las despreciaba, esperaba que me agraviaran, Y ellas a veces se reían. Entonces yo pensaba: «Que me golpeen y me escupan a la cara», pero verdaderamente su risa era como erizada de dientes y puntas que me desgarraban. ¡Qué dulces eran los agravios y el sufrimiento! Mi director no me comprendía cuando me veía abatido: «¡Pero no, usted tiene un buen natural!» ¡Buen natural! Vino agrio, eso es lo que había en mí. Y era mejor así porque, ¿cómo hacerse mejor, si uno no es malo? Lo había comprendido muy bien, de todo lo que me enseñaban. Es más, sólo eso había comprendido. Una sola idea y, mulo inteligente, yo iba hasta el final. Me anticipaba a las penitencias, detestaba lo vulgar y común; en suma, que quería ser un ejemplo, también yo, para que me vieran y para que al verme rindieran homenaje a lo que me había hecho mejor. ¡A través de mí, saludad a mi Señor!

¡Sol salvaje! Ahora se levanta, el desierto cambia. Ya no tiene el color de ciclamino de las montañas, oh, mi montaña y la nieve, la suave nieve blanda. No, ahora tiene un color amarillo, un poco gris. Es la hora ingrata, antes del gran deslumbramiento. Nada, nada todavía hasta el horizonte, hay frente a mí. Allá, lejos, donde la meseta desaparece en un círculo de colores todavía suaves. Detrás de mí, el camino sube hasta la duna que oculta a

Taghasa, cuyo nombre de hierro golpea en mi cabeza desde hace tantos años. El primero en hablarme de ella fue el viejo sacerdote medio ciego que se retiraba al convento. Pero, ¿por qué el primero? Fue el único. Y a mí lo que me cautivó no fue la ciudad de sal, las paredes blancas en medio del sol tórrido. No, sino la crueldad de sus habitantes salvajes y la ciudad cerrada a todos los extranjeros. Sólo uno de ellos había intentado entrar allí. Uno solo, por lo que aquel viejo sacerdote sabía, pudo relatar lo que había visto. Lo habían azotado y echado al desierto, después de haberle puesto sal sobre las llagas y en la boca; había encontrado a nómadas que, por una vez, se mostraron compasivos. Fue una suerte. Y yo desde entonces soñaba con el relato de aquel viejo, con el fuego de la sal y del cielo, con la casa del fetiche y con sus esclavos. ¿Podía encontrarse algo más bárbaro y más excitante? Sí, ése era el lugar de mi misión. Tenía que ir hasta allí y mostrarles a mi Señor.

En el seminario trataron de disuadirme, me dijeron que había que esperar, que aquél no era un lugar de misión, que yo no estaba aún maduro, que debía prepararme especialmente, conocerme mejor, y que todavía faltaba probarme, que ya se vería. Pero, ¿esperar siempre? ¡Ah, no! Esperar para la preparación especial y para las pruebas que debían realizarse en Argelia y que, por lo tanto, me aproximaban a aquel punto, pase; pero, para lo demás, no. Aquí meneaba yo mi dura cabeza y repetía lo mismo: llegarse hasta los más bárbaros y vivir su vida, mostrarles en su país, y hasta en la misma casa del fetiche, con el ejemplo, que la verdad de mi Señor era más fuerte. Desde luego que me agraviarían, pero, los agravios no me asustaban, eran necesarios para la demostración, y por el modo en que los sufriría conquistaría a aquellos salvajes como un sol poderoso, Poderoso, sí, esa era la palabra que sin cesar hacía rodar por mi lengua; soñaba con el poder absoluto, con ese poder que hace hincar la rodilla en tierra, que obliga a1 adversario a capitular, que termina por convertirlo y, cuanto más ciego y más cruel es el adversario y cuanto más seguro de sí mismo y más sepultado en su convicción está, tanto más proclama su conversión la realeza del que provocó su derrota. Convertir a buenas gentes un poco extraviadas era el ideal miserable de nuestros sacerdotes. Yo los despreciaba porque podían tanto y se atrevían a tan poco. No tenían fe y yo sí la tenía.

Yo quería que los mismos verdugos me reconocieran, quería hacerlos caer de rodillas y hacerles decir: «Señor, aquí tienes tu victoria»; en suma, reinar sólo por causa de la palabra, sobre un ejército de malvados. Ah, estaba seguro de que en este punto razonaba bien, porque en otra cosa nunca estuve seguro de mí mismo; pero cuando tengo una idea ya no la dejo. ¡Es mi fuerza, sí, la fuerza mía por la que todos me compadecían!

El sol ha continuado subiendo. La frente comienza a arderme. Alrededor de mí las piedras crepitan sordamente. Sólo el cañón del fusil está fresco, fresco como los prados, como la lluvia de la tarde antes, cuando la sopa se cocía suavemente y mi padre y mi madre, que a veces me sonreían, me esperaban. Tal vez yo los quería, pero todo eso ha terminado. Un velo de calor empieza a levantarse del camino. Ven, misionero, te espero, ahora sé lo que hay que responder a tu mensaje. Mis nuevos amos me han enseñado la lección y sé que están en lo cierto. Hay que ajustar cuentas con el amor. Cuando me evadí del seminario, en Argelia, imaginaba a estos bárbaros de otra manera; en mis fantasías sólo una cosa era cierta: son malvados. Yo había robado la caja del economato, me quité el hábito y atravesé el Atlas, las altas mesetas y el desierto; el chofer de la *Transsaharienne* se burlaba de mí. «No vayas allá». También él, ¿qué les pasaba a todos? Y luego, olas de arena durante centenares de kilómetros, revueltas, que avanzaban y luego retrocedían bajo el viento, y de nuevo la montaña con sus picos negros, aristas cortantes como el hierro; y después de pasar la montaña, tuve necesidad de un guía para orientarme por aquel mar de guijarros pardos, interminables, que aullaba de calor, que quemaba con millares de espejos erizados de fuegos, hasta llegar a aquel lugar, en la frontera de la tierra de los negros y del país de los blancos, donde se levanta la ciudad de sal. Y el guía me robó el dinero, que ingenuo, siempre ingenuo, yo le había mostrado. Pero me dejó sobre la senda, aquí mismo, después de haberme golpeado: «Perro, aquí está el camino. Yo tengo honor. Ve, ve allí, ya te enseñarán». Y me enseñaron; oh, sí, son como el sol, que no termina, sino en la noche, de golpear con fragor y orgullo, y que en este momento me está golpeando, con demasiada fuerza. a lanzazos ardientes salidos de pronto del suelo; oh, voy a refugiarme, sí, a refugiarme bajo aquella gran roca, antes de que todo se embrolle.

Aquí la sombra es buena. ¿Cómo se puede vivir en la ciudad de sal, en el hueco de ese pozo lleno de calor blanco? En cada una de las paredes rectas, talladas con golpes de pico, groseramente labradas, las incisiones que el pico dejó se erizan en escamas resplandecientes; la arena rubia esparcida les da un tinte amarillento, salvo cuando el viento limpia las paredes rectas y las terrazas; entonces todo resplandece con una blancura fulgurante, bajo el cielo también limpiado hasta su corteza azul. Yo me enceguecía en aquellos días en que el incendio inmóvil crepitaba durante horas en la superficie de las terrazas blancas, que parecían juntarse todas come si antes, algún día, ellos hubieran atacado juntos una montaña de sal, la hubieran primero aplanado y luego en la misma masa hubieran excavado las calles, e1 interior de las casas y las ventanas; o como si, bueno, es mejor así. O como si hubieran recortado su infierno blanco y quemante con un soplete de agua hirviente, precisamente para mostrar que eran capaces de vivir donde nadie sino ellos podría hacerlo nunca, a treinta días de toda vida, en ese pozo excavado del desierto, donde el calor del día impide todo contacto entre los seres, levanta entre ellos barreras de llamas invisibles y de cristales ardientes, donde, sin transición, el frío de la noche los hiela uno a uno en sus conchas de gema, habitantes nocturnos de un banco de nieve seca, esquimales negros que tiritan de pronto en sus iglús cúbicos. Negros sí, porque llevan largas vestiduras negras y la sal que les invade hasta las uñas, que se masca amargamente en el sueño polar de las noches, la sal que se bebe en el agua proveniente de la única fuente del pozo de un corte reluciente, deja a veces sobre sus ropas oscuras manchas parecidas a las huellas de los caracoles después de la lluvia.

¡La lluvia, oh Señor, una sola lluvia verdadera, prolongada, dura, la lluvia de Tu cielo! Entonces por fin la ciudad espantosa roída poco a poco se hundiría lenta, irresistiblemente, y, disuelta toda entera en un torrente viscoso, se llevaría hacia las arenas a sus habitantes feroces. ¡Una sola lluvia, Señor! Pero, ¿de qué señor estoy hablando, si son ellos los señores? Reinan en sus casas estériles, reinan sobre sus esclavos negros, a los que hacen morir en la mina; y cada piedra de sal extraída vale un hombre en el país del sur; ellos pasan silenciosos, cubiertos con sus negros velos, por la blancura mineral de las calles y, llegada la noche, cuando la ciudad entera

parece un fantasma lechoso, entran, encorvándose, en la sombra de las casas, donde las paredes de sal resplandecen débilmente. Duermen con un sueño sin peso y desde que se despiertan mandan, azotan, dicen que no son más que un solo pueblo, que su dios es el verdadero y que hay que obedecer. Son mis señores. Ignoran la piedad y, como señores, quieren estar solos, andar solos, reinar solos, puesto que sólo ellos tuvieron la audacia de construir entre la sal y las arenas de una fría ciudad tórrida. Y yo…

¡Qué confusión cuando el calor aumenta! Transpiro. Ellos nunca transpiran. Ahora hasta la sombra se calienta. Siento el sol sobre la piedra, por encima de mí, golpea y golpea como un martillo, sobre todas las piedras, y es una música, la vasta música de mediodía, vibración de aire y de piedras en centenares de kilómetros, ra. Como antes, oigo el silencio. Sí, era el mismo silencio que me acogió hace años, cuando los guardias me llevaron en medio del sol al centro de la plaza, desde la cual se elevaban poco a poco las terrazas concéntricas hacia la bóveda de cielo azul, duro, que descansaba sobre los bordes del pozo. Allí estaba yo, de rodillas, en el hueco de ese escudo blanco, los ojos heridos por las espadas de sal y de fuego que salían de todos los muros, pálido de fatiga, con la oreja sangrante por el golpe que le había dado el guía, y ellos, altos, negros, me contemplaban sin decir palabra. Era mediodía. Bajo los golpes del sol de hierro, el cielo resonaba largamente; chapa de acero calentada al blanco, era el mismo silencio y ellos me contemplaban. Pasaba el tiempo y ellos no terminaban de contemplarme, y yo no podía sostener su mirada. Jadeaba cada vez más intensamente. Por fin, rompí a llorar y de pronto ellos me volvieron la espalda en silencio y se fueron todos juntos, en la misma dirección. De rodillas, sólo veía, metidos en las sandalias rojas y negras, sus pies brillantes de sal que al andar levantaban la larga vestimenta oscura, mientras con el tacón golpeaban ligeramente el suelo; y cuando la plaza se vació, me llevaron a la casa del fetiche.

Agazapado, como hoy, al abrigo de la roca, y ahora al fuego de arriba de mi cabeza orada al espesor de la piedra, permanecí muchos días en la sombra de la casa del fetiche, que era un poco más elevada que las otras y estaba rodeada de un cinturón de sal, pero no tenía ventanas, llena de una noche centelleante. Muchos días, y me daban una escudilla de agua salobre

y grano que arrojaban delante de mí, así como se le arroja a las gallinas; yo lo recogía. Durante el día, la puerta quedaba cerrada y sin embargo la sombra se hacía más ligera, como si el sol, irresistible, llegara a filtrarse a través de las masas de sal. No había lámpara, pero andando a tientas a lo largo de las paredes, palpaba yo guirnaldas de palmeras secas, que adornaban los muros, y al fondo una puertita, groseramente tallada, de la que, con la punta de los dedos, reconocí el picaporte. Muchos días, mucho después (no podía contar los días ni las horas, pero una docena de veces me habían arrojado mi puñado de grano y yo había excavado un poco para enterrar mis heces, que en vano tapaba, pues el olor de cubil continuaba flotando en aquel lugar), mucho después, sí, se abrió la puerta de dos hojas y ellos entraron.

Uno se me acercó; yo estaba agazapado en un rincón. Sentía contra mi mejilla el fuego de la sal, respiraba el olor polvoriento de las palmeras, mientras lo miraba acercarse. El hombre se detuvo a un metro de mí y se me quedó mirando fijamente en silencio. Hizo una señal y me levanté. Me miraba con ojos metálicos que brillaban, inexpresivos, en su rostro oscuro de caballo. Luego levantó una mano. Siempre impasible, me aferró el labio inferior, que comenzó a retorcer lentamente, hasta arrancarme la carne y, sin aflojar los dedos, me hizo girar sobre mí mismo, retroceder hasta el centro de la pieza y me tiró del labio, hacia abajo, para que cayera de rodillas. Y allí me quedé alelado, con la boca sangrante. Él se volvió para reunirse con los otros, alineados a lo largo de las paredes. Me contemplaban gemir en el ardor intolerable del día, sin una sombra, que entraba por la puerta abierta de par en par, y en medio de aquella luz surgió el hechicero de pelo de rafia, con el torso cubierto por una coraza de perlas, las piernas desnudas, bajo una falda de paja, con una máscara de cañas y de alambre, que tenía dos aberturas cuadradas en el lugar de los ojos. Lo seguían músicos y mujeres, de pesados vestidos abigarrados que no dejaban adivinar nada de la forma de sus cuerpos. Bailaron frente a la puerta del fondo, pero era una danza grosera, que apenas tenía ritmo. Simplemente se movían, eso era todo. Y por último el hechicero abrió la puertita que estaba detrás de mí; los amos no se movían ni decían palabra. Me contemplaban. Me volví y vi al fetiche, la doble cabeza de hacha, la nariz de hierro retorcido como una serpiente.

Me llevaron frente a él, junto al pedestal; me hicieron beber un agua negra, amarga, amarga, y en seguida mi cabeza se puso a arder. Reía; ahí estaba el agravio, ya estaba agraviado. Me desvistieron, me raparon la cabeza y el cuerpo, me frotaron con aceite, me azotaron el rostro con cuerdas mojadas en agua y sal, y yo reía y volvía a un lado la cabeza, pero cada vez que lo hacía, dos mujeres me tomaban de las orejas y presentaban mi cara a los golpes del hechicero, del que sólo veía los ojos cuadrados. Y yo continuaba riendo, riendo, cubierto de sangre. Luego se detuvieron. Nadie hablaba, salvo yo. Ya comenzaba a hacérseme el lío en la cabeza. Luego me hicieron incorporar y me obligaron a levantar los ojos hacia el fetiche. Ya no reía. Sabía que ahora me habían dedicado a servirlo, a adorarlo. No, ya no reía. El miedo y el dolor me sofocaban. Y allí, en aquella casa blanca, entre aquellas paredes que el sol quemaba afuera con tenacidad, tendiendo el rostro hacia arriba, con la memoria extenuada, sí, intenté rogar al fetiche. No existía más que él y, hasta su horrible rostro era menos horrible que el resto del mundo. Fue entonces cuando me ataron los tobillos con una cuerda que me dejaba libre la longitud de mi paso. Luego volvieron a bailar, pero esta vez delante del fetiche, y por fin los amos salieron uno a uno.

Una vez que la puerta quedó cerrada detrás de ellos, comenzó de nuevo la música y el hechicero encendió un fuego de cortezas, alrededor del cual se puso a patalear; su silueta alta se quebraba en las salientes de las paredes blancas, palpitaba en las superficies planas, llenaba la pieza de sombras danzantes. Trazó un rectángulo en un rincón al que las mujeres me llevaron; yo sentía sus manos secas y suaves; pusieron junto a mí una vasija de agua y un montoncito de grano y me señalaron el fetiche. Comprendí que debía mantener la mirada fija en él. Entonces el hechicero las llamó una a una junto al fuego. Azotó a algunas que gimieron y que fueron a prosternarse ante el fetiche, mi dios, mientras el hechicero continuaba bailando. Luego las hizo salir a todas de la pieza, salvo a una, muy joven, agazapada cerca de los músicos y a la que aún no había azotado. El hechicero la cogió por una trenza que retorció cada vez más en el puño; ella, con los ojos desorbitados, fue cayendo hasta quedar echada de espaldas en el suelo. El hechicero, dejándola allí, lanzó un grito. Los músicos se volvieron contra la

pared, mientras detrás de la máscara de ojos cuadrados el grito crecía hasta lo imposible y la mujer se revolvía en el suelo, en una especie de crisis; por fin, a gatas, con la cabeza oculta entre los brazos juntos, también ella se pose a gritar, pero sordamente, y fue así como sin dejar de aullar y de contemplar al fetiche, el hechicero la poseyó prestamente, con maldad, sin que fuera posible ver el rostro de la muchacha, sepultado ahora bajo los pliegues pesados del vestido. Y yo, a fuerza de soledad, extraviado, ¿acaso no grité también? Sí, ¿no lancé un alarido de espanto hacia el fetiche, hasta que un puntapié me lanzó de nuevo contra el muro, donde me puse a morder la sal, así como hoy muerdo la piedra, con mi boca sin lengua, esperando al que tengo que matar?

Ahora el sol ya se ha corrido un poco más allá del centro del cielo. Entre las grietas de la peña veo el agujero que hace en el metal recalentado del cielo, boca voluble como la mía, que vomita sin tregua ríos de llamas sobre el desierto sin color. En el camino que se extiende junto a mí, nada, ni una nubecilla de polvo en el horizonte. Detrás de mí deben de estar buscándome. No, todavía no; sólo al caer la tarde abrían la puerta y yo entonces podía salir un poco, después de haberme pasado todo el día limpiando la casa del fetiche, renovando las ofrendas y. por la noche, comenzaba aquella ceremonia en la que a veces me azotaban y otras veces no, pero en la que siempre yo servía al fetiche, el fetiche cuya imagen tengo grabada con hierro en el recuerdo y ahora en la esperanza. Nunca un dios me había poseído y dominado tanto; toda mi vida, días y noches, le estaba dedicada. Y el dolor y la ausencia de dolor también se los debía y hasta, sí, el deseo que me invadía a fuerza de asistir casi todas las noches a aquel acto impersonal y malvado, que yo oía sin verlo, puesto que ahora debía quedarme mirando a la pared, so pena de que me apalearan. Pero con la cara pegada contra la sal, dominado por las sombras bestiales que se agitaban en el muro, escuchaba yo el prolongado grito y se me secaba la garganta y un ardiente deseo sin sexo me apretaba las sienes y el vientre. Los días sucedían así a los días; apenas distinguía unos de otros, como si se licuaran en el calor tórrido y la reverberación callada de las paredes de sal; el tiempo no era más que un chapoteo informe, en el que, a intervalos regulares, iban a estallar gritos de dolor o de posesión, largo día sin edad, en

que el fetiche reinaba como este sol feroz, en la casa de rocas, y ahora, como entonces, lloro de desdicha y de deseo, arde en mí una esperanza malvada; quiero traicionar, acaricio el caño de mi fusil y el alma de su interior, su alma. Sólo los fusiles tienen alma; ¡oh, sí, el día en que me cortaron la lengua, aprendí a adorar el alma inmortal del odio!

¡Qué confusión, qué rabia, ra, ra! Ebrio de calor y de cólera, postrado, echado sobre mi fusil. ¿Quién jadea aquí? No puedo soportar este calor que no termina nunca, esta espera. Es necesario que lo mate. Ningún pájaro, ninguna brizna de hierba, la piedra, un deseo árido, el silencio, los gritos de aquellos, esta lengua que habla en mí y, desde que me mutilaron, el prolongado sufrimiento chato y desierto, privado hasta del agua de la noche, la noche con la cual soñaba, encerrado en el dios, en mi cubil de sal. Sólo la noche, sus estrellas frescas y sus fontanas oscuras, podían salvarme, liberarme de los dioses malvados de los hombres; pero, siempre encerrado no podía contemplarla. Si aquel otro se demora aún, la veré por lo menos subir por el desierto e invadir el cielo, fría viña de oro que penderá del cenit oscuro y en la que podré beber a mis anchas, humedecer este agujero negro y desecado que ya ningún músculo de carne viva y móvil refresca, olvidar por fin aquel día en que la locura me arrancó la lengua.

¡Oh, qué calor hacía, qué calor! La sal se licuaba; así por lo menos me lo pareció. El aire me mordía los ojos, y aquella vez el hechicero entró sin máscara. Lo seguía, casi desnuda bajo un pingajo grisáceo, una nueva mujer, cuyo rostro cubierto por un tatuaje que le daba el aspecto de la máscara del fetiche, no expresaba nada más que un estupor perverso de ídolo. Únicamente vivía su cuerpo, delgado y chato, que fue a colocarse a los pies del dios cuando el hechicero abrió la puerta del reducto. Luego el hombre salió sin mirarme; el calor subía de punto. Yo me quedé quieto, el fetiche me contemplaba por encima de aquel cuerpo inmóvil, cuyos músculos, con todo, se agitaban suavemente; el rostro de ídolo de la mujer no cambió cuando me le acerqué. Sólo los ojos se le agrandaron al mirarme fijamente. Mis pies tocaban los suyos. Entonces el calor se puso a aullar y el ídolo, sin decir palabra y mirándome siempre con sus ojos dilatados se tendió poco a poco sobre las espaldas, recogió con lentitud las piernas y las levantó, separando suavemente las rodillas. Pero inmediatamente después,

ra…; el hechicero estaba acechándome. Entraron todos y me arrancaron de junto a la mujer. Me apalearon terriblemente en el lugar del pecado. El pecado, ¿qué pecado? Me río. ¿Dónde esta el pecado y dónde está la virtud? Me aplastaron contra la pared. Una mano de acero me apretó las mandíbulas, otra me abrió la boca y tiró de mi lengua hasta que sangró. ¿Era yo el que aullaba con aquel grito de animal? De pronto, una caricia cortante y fresca, sí, fresca por fin, pasó por mi lengua. Cuando recobré e1 conocimiento estaba solo en medio de la noche, pegado contra la pared, cubierto de sangre coagulada, con una mordaza de hierbas secas y de olor extraño, que me llenaba la boca. Ya no sangraba, pero ahora estaba deshabitada y en esta ausencia solo vivía un dolor torturante. Quise levantarme, pero volví a caer, feliz, desesperadamente feliz de morir por fin. La muerte también es fresca y su sombra no cobija a ningún dios.

Pero no me morí. Un día, un joven odio se puso de pie al mismo tiempo que yo, se dirigió hacia la puerta del fondo, la abrió, la cerró detrás de mí. Yo odiaba a los míos. El fetiche estaba allí, desde el fondo del agujero en que me encontraba, hice algo mejor que elevarle una plegaria: creí en él y negué todo aquello en lo que hasta entonces había creído. ¡Salve! Él era la fuerza y el poder. Podía destruírselo, pero no convertirlo. Miraba por encima de mi cabeza, con sus ojos vacuos y torpes. ¡Salve! Él era el amo, el único señor, cuyo tributo indiscutible era la maldad, porque no hay amos buenos. Por primera vez, a fuerza de agravios, con el cuerpo entero que gritaba con un solo dolor, me abandoné a él y aprobé su orden maléfico. Adoré en él el principio malvado del mundo. Prisionero de su reino, la ciudad estéril, esculpida en una montaña de sal, separada de la naturaleza, privada de los florecimientos fugitivos y raros del desierto, sustraída a esos azares o a esas caricias, una nube insólita, una lluvia rabiosa y breve, que hasta el sol o las arenas conocen, en suma, la ciudad del orden, ángulos rectos, piezas cuadradas, hombres secos y duros, me convertí libremente en su ciudadano torturado y lleno de odio. Renegué de la larga historia que me habían enseñado. Me habían mentido. Únicamente el reino de la maldad no ofrecía brechas. Me habían engañado. La verdad es cuadrada, pesada, densa, no admite matices. El bien es un ensueño, un proyecto sin cesar postergado y perseguido con esfuerzo extenuante, un límite al que nunca se

llega. Su reino es imposible. Únicamente el mal puede llegar hasta sus límites y reinar absolutamente. A él es menester servir para instalar un reinado visible. En seguida se verían los. resultados, en seguida se vería lo que significa. Sólo el mal está presente. ¡Abajo Europa, la razón, el honor y la Cruz! Sí, tenía que convertirme a la religión de mis amos. Sí, sí, era un esclavo, pero si yo también soy malvado ya no soy esclavo, a pesar de mis pies trabados y de mi boca muda. ¡Oh, este calor me vuelve loco! El desierto grita bajo la luz intolerable. Y él, el otro, el Señor de la mansedumbre, cuyo solo nombre me repugna, reniego de él, pues ahora lo conozco. Ese soñaba y quería mentir, le cortaron la lengua para que su palabra no engañara más al mundo. Lo horadaron con clavos hasta la cabeza, su pobre cabeza, como la mía ahora. ¡Qué lío se me ha hecho en ella! Estoy cansado, y la tierra no tembló. Estoy seguro de ello, no era un justo al que habían dado muerte. Me niego a creerlo. No hay justos sino amos malvados, que hacen reinar la verdad implacable. Sí, sólo el fetiche tiene el poder, él es el dios único de este mundo. Su mandamiento es el odio, la fuente de toda vida, el agua fresca, fresca como la menta, que hiela la boca y quema el estómago.

Entonces cambié. Y ellos lo comprendieron; les besaba la mano cuando los encontraba. Era uno de los suyos. Los admiraba sin cansarme. Les inspiraba confianza. Yo tenía la esperanza de que ellos mutilarían a los míos, así como me habían mutilado a mí. Y cuando me enteré de que el misionero iba. a venir, supe en seguida lo que debía hacer. ¡Oh, aquel día, igual a los otros, el mismo día enceguecedor, que continuaba desde hacía tanto tiempo! Al caer la tarde vimos aparecer a un guardia que corría por lo alto del pozo y algunos minutos después me arrastraron a la casa del fetiche y cerraron la puerta. Uno de ellos, con la amenaza de su sable en forma de cruz, me obligaba a estarme quieto, tendido en el suelo y en la sombra. Y el silencio duró mucho, hasta que un ruido desconocido llenó la ciudad, de ordinario apacible: voces que me dio trabajo reconocer porque hablaban en mi lengua. Pero desde que resonaron, la punta de la hoja se inclinó sobre mis ojos y mi guardián se quedó mirándome fijamente sin decir palabra. Entonces dos voces que todavía oigo, se aproximaron. Una preguntaba por qué aquella casa estaba guardada y si había que echar abajo la puerta, mi

teniente. La otra decía que no, con voz breve, y luego agregó, al cabo de un rato, que se había llegado a un acuerdo, que la ciudad aceptaba una guarnición de veinte hombres, con la condición de que acamparan fuera de los límites mismos de la ciudad y que respetaran las costumbres del lugar. El soldado se reía, pero el oficial no sabía nada; en todo caso, era aquella la primera vez que aceptaban recibir a alguien para cuidar a los niños. Y ese alguien sería el capellán; después ya se ocuparían del resto. El otro dijo que al capellán le cortarían lo que podía imaginarse, si los soldados no estaban allí.

—¡Oh, no! —respondió el oficial—. Si el padre Beffort llegará antes que la guarnición. Estará aquí dentro de dos días.

No escuché nada más. Inmóvil, pegado al suelo bajo la hoja del sable, me sentía mal. Una rueda de agujas y de cuchillos giraba en mi interior. Estaban locos; estaban locos. Dejaban que les tocaran la ciudad, su poder invencible, el verdadero dios. Y al otro, a ese que iba a venir, no le cortarían la lengua. Ese se jactaría de su insolente bondad, sin pagar nada por ello, sin sufrir agravios. El reino del mal quedaría retrasado, habría todavía dudas, otra vez se iba a perder tiempo soñando con un bien imposible; otra vez la gente se iba a agotar en esfuerzos estériles en lugar de apresurar la venida del único reino posible. Y yo contemplaba la hoja que me amenazaba. ¡Oh, poder, que eres lo único que reina en el mundo! ¡Oh, poder! Y la ciudad se vaciaba poco a poco de sus ruidos. La puerta se abrió por fin. Me quedé solo. Quemado, amargo, con el fetiche. Y le juré que salvaría mi nueva fe, a mis verdaderos amos, a mi dios despótico; que iba a traicionar, cualquiera fuera el precio que ello me costara.

Ra, el calor cede un poco ahora, la piedra ya no vibra, puedo salir de mi agujero, mirar como el desierto se cubre de colores amarillos y ocres, que se convierten en seguida en color de malva. Aquella noche esperé a que se durmieran; yo había metido una cuña en la cerradura de la puerta. Salí con el mismo paso de siempre, medido por la soga. Conocía las calles, sabía dónde podía recoger el viejo fusil, cuál era la salida que no tenía guardias, y llegué aquí a la hora en que la noche se decolora alrededor de un puñado de estrellas, en tanto que el desierto so oscurece un poco. Y ahora me parece que hace días y días que estoy aquí, agazapado en estas rocas. Rápido,

rápido, oh, que venga rápido. Dentro de poco empezarán a buscarme, volarán por todas las sendas, no sabrán que salí por ellos y para servirlos mejor. Siento las piernas débiles, estoy ebrio de hambre y de odio. Oh, oh, allá, ra, ra, en el extremo del camino, dos camellos que corren al trote se agrandan y ahora ya los han pasado sus breves sombras; corren con ese paso vivo y soñador que siempre tienen. Ah, ya llegan por fin.

Rápido el fusil. Ya está armado. ¡Oh, fetiche, mi dios, que se mantenga tu poder, que se multipliquen los agravios, que el odio reine sin perdón sobre un mundo de condenados, que el malvado sea para siempre el amo, que llegue por fin el reino en el que, en una sola ciudad de sal y de hierro, negros tiranos sometan y posean sin piedad! Y ahora, ra, ra, fuego a la piedad, fuego a la impotencia y a su caridad, fuego a todo lo que retrase la venida del mal, fuego dos veces. Y ya está, vacilan, caen, y los camellos huyen derechamente hacia el horizonte, donde una bandada de aves negras acaba de elevarse en el cielo inalterado. Yo río y río. Aquel que se retuerce en su detestado hábito levanta un poco la cabeza, me ve, me ve a mí, a su amo, trabado y todopoderoso. ¿Por qué me sonríe? Voy a aplastarle esa sonrisa. ¡Qué bien suena el ruido de la culata del fusil contra el rostro de la bondad! Hoy, hoy, por fin se ha consumado y en todo el desierto los chacales husmean el viento ausente, hasta muchas horas de aquí, y luego se ponen en marcha con un trotecito paciente, hacia el festín de carroña que les espera. ¡Victoria! Extiendo los brazos al cielo, que se suaviza; una sombra violeta se adivina en el borde opuesto. ¡Oh, noches de Europa, patria, infancia! ¿Por qué tendré que llorar en el memento del triunfo?

Se ha movido. No, el ruido viene de otra parte, sí, allá, del otro lado. Son ellos. Y acuden como una bandada de pájaros oscuros. Son mis amos, que se precipitan sobre mí, me cogen. ¡Ah, ah! Sí, golpeadme, es que temen por su ciudad, despanzurrada e incendiada; temen a los soldados vengadores, a quienes yo he llamado. Es lo que le hacía falta a la ciudad sagrada. Ahora defendeos, golpead, golpead; primero golpeadme a mí. Vosotros poseéis la verdad. ¡Oh, mis amos, vencerán después a los soldados! En seguida vencerán a la palabra y al amor. Recorrerán los desiertos, cruzarán los mares, llenarán la luz de Europa con sus velos negros. Sí, golpeadme en el vientre, golpeadme en los ojos. Cubrirán con su

sal el continente. Toda vegetación, toda juventud se extinguirá. y multitudes mudas, de pies trabados, caminarán junto a mí por el desierto del mundo, bajo el sol cruel de la verdadera fe. No estaré solo. ¡Ah, qué daño me hacen, qué daño! Pero su furor es bueno y sobre esta silla guerrera donde ahora me descuartizan, ay piedad, me río. Me gusta ese golpe que me clava crucificado.

¡Qué silencioso está el desierto! Ya ha caído la noche y estoy solo. Tengo sed. Esperar todavía. ¿Dónde está la ciudad? Oigo sus ruidos a lo lejos y tal vez los soldados hayan vencido. No, no es necesario, aun cuando los soldados hayan vencido. No son lo suficientemente malvados. No sabrán reinar. Dirán aún que uno debe hacerse mejor y continuará habiendo millones de hombres que se hallan entre el mal y el bien, desgarrados, impedidos. ¡Oh, fetiche! ¿por qué me has abandonado? Todo terminó. Tengo sed, me arde el cuerpo. La noche más oscura me llena los ojos.

Me despierto de ese largo, largo ensueño. Pero no, voy a morir. Se levanta el alba, la primera luz, que anuncia el día para los otros que viven, y para mí el sol inexorable, las moscas. ¿Quién habla? Nadie. El cielo no se abre, no, no, Dios no habla en el desierto. ¿De dónde proviene, entonces, esa voz que dice: «Si consientes en morir por el odio y el poder, ¿quién nos perdonará?» ¿Es otra lengua que habla en mí o sigue siendo ése que todavía no quiere morir, ese que está a mis pies y repite: «Valor, valor, valor»? Ah, ¿si hubiera vuelto a equivocarme? Aquellos hombres, antes fraternales, los únicos a quienes podía uno recurrir. ¡Oh soledad; no me abandonéis! Oh, ¿y quién eras tú, todo desgarrado, con la boca sangrante? Ah, eres el hechicero, los soldados te vencieron, la sal arde allá abajo. Eres tú, mi dueño muy amado. Abandona ese rostro de odio, sé bueno ahora. Nos hemos engañado. Volveremos a comenzar, volveremos a construir la ciudad de misericordia; quiero volver a mi casa. Sí, ayúdame, eso es, tiéndeme la mano. Toma…

Un puñado de sal llenó la boca del esclavo charlatán.

LOS MUDOS

Era el pleno invierno y sin embargo se anunciaba una mañana radiante en la ciudad ya activa. En el extremo de la escollera, el mar y el cielo se confundían en un mismo resplandor. No obstante, Yvars no los veía. Iba deslizándose pesadamente por las avenidas del puerto. Su pierna enferma descansaba sobre el pedal fijo de la bicicleta, mientras la otra se esforzaba en vencer los adoquines, aún mojados por la humedad nocturna. Sin levantar la cabeza, inclinado en el asiento. evitaba los rieles del viejo tranvía, se hacía bruscamente a un costado para dejar paso a los automóviles que se le adelantaban y, de cuando en cuando, con el codo echaba hacia atrás, sobre sus riñones, el morral en el que Fernande había colocado el almuerzo. Pensaba entonces amargamente en el contenido del morral. Entre las dos gruesas tajadas de pan, en lugar de la tortilla a la española que a él le gustaba o la chuleta frita, no había más que un trozo de queso.

Nunca le había parecido tan largo el camino hasta el taller. Es que también estaba envejeciendo. A los cuarenta años, y aunque hubiera permanecido seco como un sarmiento de viña, los músculos no entran en calor tan rápidamente. A veces, al leer las crónicas deportivas, en las que se llamaba veterano a un atleta de treinta años, se encogía de hombros. «¡Si éste es un veterano! -decía Fernande—, yo ya soy un carcamal». A los treinta años la respiración ya comienza imperceptiblemente a fallar. A los cuarenta no se es un carcamal, no, pero ya se está preparando uno a serlo desde lejos, con un poco de anticipación. ¿No sería por eso, por lo que, desde hacía tanto tiempo ya no miraba el mar, durante el trayecto que hacía hasta el otro extremo de la ciudad, donde estaba la fábrica de toneles? Cuando tenía veinte años no se cansaba de contemplarlo; el mar le prometía un fin de semana feliz en la playa. A pesar de su cojera, o precisamente a causa de ella, siempre le había gustado la natación. Luego pasaron los años, se casó con Fernande, nació el chico y, para vivir debía trabajar horas suplementarias en la tonelería los sábados, en casa de particulares los domingos, o bien jugaba al billar. Poco a poco había perdido la costumbre

de aquellas jornadas violentas que lo reanimaban: el agua profunda y clara, el sol fuerte, las muchachas, la vida física. No había otra clase de felicidad en aquel lugar. Y esa felicidad pasaba con la juventud. A Yvars continuaba gustándole el mar, pero sólo al caer el día, cuando las aguas de la bahía se oscurecían un poco. Era apacible y agradable el momento que pasaba en la terraza de su casa, donde se sentaba después del trabajo, contento, con la camisa limpia que Fernande sabía planchar tan bien y con el vasito do anís coronado de vaho. Entonces caía la tarde, una suavidad breve aparecía en el cielo y los vecinos que hablaban con Yvars bajaban de pronto la voz. En tales momentos él no sabía si era feliz o si tenía ganas de llorar. Por lo menos estaba seguro de que no había otra cosa que hacer sino esperar, blandamente, sin saber demasiado qué.

Por las mañanas en que iba al trabajo, en cambio, ya no lo gustaba mirar el mar, siempre fiel a la cita, y que sólo volvería a ver por la tarde. Aquella mañana se deslizaba en la bicicleta, con la cabeza gacha, más pesadamente aun que de costumbre; el corazón también le pesaba. La noche anterior, cuando volvió de la reunión y anunció a Fernande que tornarían al trabajo, ella había dicho alegre:

—Entonces, ¿el patrón os aumenta?

El patrón no les aumentaba nada; la huelga había fracasado. Debían roconocer que no habían llevado con mucho tino el asunto. Era una huelga suscitada por la rabia y el sindicato había tenido razón en apoyarlos tibiamente. Por lo demás, quince obreros no eran gran cosa; el sindicato tenía en cuenta el caso de otras fábricas de toneles que no marchaban. No se les podía reprochar demasiado. La industria tonelera amenazada por la construcción de barcos y de camiones cisternas no era por cierto floreciente. Cada vez se hacían menos barriles y pipas; sobre todo se reparaban las grandes cubas que ya existían. Los patrones veían comprometidos sus negocios, es verdad, pero así y todo querían conservar un margen de beneficios, y lo más sencillo les parecía mantener los salarios; a pesar de que los precios se elevaban continuamente. ¿Qué podían hacer los toneleros, cuando su industria desaparecía? Uno no cambia de oficio cuando se ha tomado el trabajo do aprenderlo; ése era difícil y exigía un largo aprendizaje. El buen tonelero, el que ajusta casi herméticamente las

duelas curvas y las aprieta al fuego y con el cincho do hierro, sin utilizar estopa, ni rafia, es raro. Yvars lo sabía y estaba orgulloso de ser uno de ellos. Cambiar de oficio no es nada, pero renunciar a lo que uno sabe, a su maestría, no es fácil. Era un hermoso oficio sin empleo. Estaban aviados y había que resignarse. Pero tampoco la resignación era fácil; era difícil mantener la boca cerrada, no poder realmente disentir y hacer el mismo camino todas las mañanas con un cansancio que va acumulándose para recibir, al terminar la semana, sólo lo que le quieren dar a uno y cada vez alcanza menos para comprar cosas.

Entonces se habían encolerizado. Había uno o dos que vacilaban; pero también a ellos les había ganado la cólera después de las primeras discusiones con el patrón. Éste, en efecto, había dicho con tono seco que era cuestión de aceptar lo que él daba o de irse. Un hombre no habla así.

—¿Qué se cree ése? —había dicho Esposito—. ¿Que vamos a bajarnos los pantalones?

Por lo demás, el patrón no era un mal hombre. Había heredado el negocio del padre y crecido en el taller, de manera que conocía desde hacía años a casi todos los obreros. A veces los invitaba a refrigerios en la tonelería; asaban sardinas o morcillas en el fuego de virutas y corría el vinillo. En verdad era muy amable. Para Año Nuevo siempre regalaba cinco botellas de vino a cada obrero y, a menudo, cuando entre ellos había algún enfermo o sencillamente se producía un acontecimiento, casamiento o comunión, les hacía un presente en dinero. Cuando le nació la hija, hubo confites para todo el mundo. Dos o tres veces había invitado a Yvars a cazar en su finca del litoral. Sin duda quería mucho a sus obreros y con frecuencia recordaba que el padre había comenzado como aprendiz. Pero nunca había ido a visitarlos en sus casas, no se daba cuenta. Sólo pensaba en él mismo, porque no conocía otra cosa. Y ahora era cuestión de aceptar o de irse. Dicho de otra manera, también él se había obstinado, sólo que él podía permitírselo.

En el sindicato habían forzado las cosas y el taller cerró las puertas.

—No os afanéis demasiado con la huelga -había dicho el patrón—. Cuando el taller no trabaja hago economías.

No era cierto, pero eso no había arreglado las cosas, puesto que él les decía en plena cara que les daba trabajo por caridad. Esposito se había puesto loco de rabia y le había dicho que no era un hombre. El otro tenía la sangre caliente; hubo que separarlos. Pero los obreros habían quedado impresionados. Veinte días de huelga, las mujeres tristes en la casa, dos o tres de ellos desalentados y, para terminar, el sindicato había aconsejado ceder, con la promesa de un arbitraje y de una recuperación de los días de huelga con horas suplementarias. Habían decidido volver al trabajo; claro está que echando bravatas, diciendo que aún el asunto no había terminado, que iba a reverse. Pero aquella mañana, un cansancio que se parecía al peso de la derrota, el queso en lugar de la carne; no, ya no era posible la ilusión. El sol podía brillar todo lo que quisiera, pero el mar ya no le prometía nada. A Yvars, inclinado sobre su único pedal móvil, le parecía que envejecía un poco más a cada calle que pasaba. No podía pensar en el taller, en los camaradas y en el patrón que iba a volver a ver, sin sentir en el corazón un peso cada vez mayor. Fernande se había inquietado.

—¿Qué vais a decir?

—Nada.

Yvars había montado en la bicicleta y meneado la cabeza. Había apretado los dientes y era cortada la expresión de su carita oscura y arrugada, de finos rasgos.

—Trabajamos. Eso basta.

Ahora se deslizaba en la bicicleta, con los dientes siempre apretados y una cólera triste y seca que lo ensombrecía todo, hasta el cielo.

Abandonó el *boulevard* y se metió por las calles húmedas del viejo barrio español. Desembocaban en una zona ocupada sólo por cocheras, depósitos de hierro y *garages*, que era donde se levantaba el taller: una especie de galpón con paredes de mampostería hasta la mitad de su altura, que luego se prolongaban con vidrios hasta el techo de chapa acanalada. El taller daba a la antigua fábrica de toneles, un espacio amplio, rodeado de viejos patios do monasterios, que habían abandonado cuando la empresa creció, y que ahora no era más que un depósito de máquinas usadas y viejos trastos. Más allá de ese espacio abierto, separado de él por una especie de sendero cubierto de viejas tejas, comenzaba el jardín del patrón, al término

del cual se levantaba la casa. Grande y fea, era, con todo, simpática por su viña y por su escuálida madreselva que rodeaba la escalera de entrada.

Yvars vio en seguida que las puertas del taller estaban cerradas Frente a ellas había un grupo de obreros, en silencio. Desde que trabajaba allí era la primera vez que al llegar encontraba las puertas cerradas. E1 patrón había querido acentuar e1 golpe. Yvars se dirigió hacia la izquierda, colocó la bicicleta bajo el tejadillo que prolongaba el galpón por aquel lado y se encaminó a la puerta. De lejos reconoció a Esposito, un gran mocetón moreno y velloso, que trabajaba junto a él, a Marcou, el delegado sindical, con su cabeza de *tenorino*, a Saïd, el único árabe del taller, y luego a todos los demás, que silenciosos, lo miraban llegar. Pero antes de que Yvars se hubiera reunido con ellos, se volvieron bruscamente hacia las puertas del taller, que acababan de entreabrirse. Ballester, el capataz, apareció en el umbral. Abría una de las pesadas puertas y, volviendo las espaldas a los obreros, la empujaba lentamente sobre los rieles.

Ballester, que era el más viejo de todos, no aprobaba la huelga, pero se había callado a partir del momento en que Esposito le había dicho que servía a los intereses del patrón. Ahora estaba junto a la puerta, ancho y bajo en su *pull-over* azul marino, ya descalzo (él y Saïd eran los únicos que trabajaban descalzos) y los miraba entrar, uno a uno, con sus ojos tan claros que parecían sin color, en medio del viejo rostro cetrino, con la boca triste bajo los bigotes espesos y caídos. Ellos permanecían callados, humillados por esa entrada de vencidos, furiosos por su propio silencio, pero cada vez menos capaces de romperlo, a medida que se prolongaba. Pasaban sin mirar a Ballester, quien, según ellos sabían, ejecutaba una orden al hacerlos entrar de aquella manera, y cuyo aire amargo y fastidiado les indicaba lo que pensaba. Yvars sí lo miró. Ballester, que lo quería, meneó la cabeza sin decir palabra.

Ahora estaban todos en el pequeño vestuario situado a la derecha de la entrada: gabinetes abiertos, separados por tablas de madera blanca, en las que se habían colgado armaritos que podían cerrarse con llave. El último gabinete a partir de la entrada y pegado a las paredes del galpón se había transformado en cuarto de duchas, construido sobre un conducto de desagüe que se había excavado en el suelo mismo, de tierra apisonada. En el centro

del galpón se veía, según los lugares de trabajo, barricas ya terminadas pero cuyos cinchos estaban aún flojos, y que esperaban el tratamiento del fuego, bancos macizos, con una larga hendidura (y en algunos de ellos, fondos de maderas circulares, que aguardaban el tratamiento de la garlopa), y por fin, tizones apagados. A lo largo de la pared y a la izquierda de la entrada, se alineaban los bancos de los obreros. Frente a ellos, se veían las pilas de duelas que había que repasar aún con el cepillo. Contra la pared de la derecha, no lejos del vestuario, dos grandes sierras mecánicas resplandecían, bien aceitadas, sólidas y silenciosas.

Desde hacía mucho el galpón había terminado por ser demasiado grande para el puñado de hombres que trabajaban en él. Eso era una ventaja durante los meses grandes calores y un inconveniente en invierno. Pero aquel día, en ese gran espacio, el trabajo interrumpido, los toneles abandonados en los rincones con un único cincho que reunía los pies de las duelas, separadas en lo alto como toscas flores do madera, el aserrín que cubría los bancos, las cajas de herramientas y las maquinas, todo daba al taller un aspecto de abandono. Los obreros lo miraban vestidos ahora con sus viejos *pull-overs*, con sus pantalones descoloridos y remendados, y vacilaban. Ballester los observaba.

—Entonces, ¿vamos?

Uno a uno se fueron hasta su puesto de trabajo, sin decir palabra. Ballester iba de un lugar a otro, para dirigir brevemente la tarea que había que comenzar o que terminar. Nadie le respondía. Pronto el primer martillo resonó contra el ángulo do madera y hierro, al ajustar un cincho en la parte hinchada de un tonel. Una garlopa gimió en un nudo de madera y una de las Sierras, manejada por Esposito, arrancó con gran estrépito de hojas do acero. Saïd, cuando se lo pedían, llevaba duelas o encendía los fuegos de virutas sobre los que se colocaban los toneles para hacerlos hinchar dentro de sus cinturones de hojas de hierro. Cuando nadie lo reclamaba, se iba a los bancos donde, con fuertes martillazos, remachaba los anchos cinchos herrumbrados. El olor de la viruta quemada comenzaba a llenar el galpón. Yvars, que repasaba con el cepillo y ajustaba las duelas cortadas por Esposito, reconoció el viejo perfume y el corazón se le ensanchó un poco. Todos trabajaban en silencio, pero cierto calor, cierta vida, renacía poco a

poco en el taller. A través de los grandes ventanales penetraba una luz fresca, que llenaba el galpón. El humo adquiría un color azul, en medio del aire dorado; Yvars hasta oyó zumbar un insecto junto a él.

En ese momento so abrió sobre la pared del fondo la puerta que daba a la antigua tonelería y el señor Lassalle, el patrón, apareció en el umbral. Delgado y moreno, apenas había pasado los treinta años. Con camisa blanca bajo un traje de gabardina *beige*, tenía aspecto de satisfecho. A pesar del rostro muy huesoso, que parecía tallado con hoja do cuchillo, generalmente inspiraba simpatía, como la mayor parte de la gento a la que el deporte da libertad en su actitud y movimientos. Sin embargo, parecía un poco embarazado al transponer la puerta. Su «Buenos días» fue menos sonoro que de costumbre; en todo caso, nadie le respondió. El ruido do los martillos vaciló un instante, perdió su ritmo y en seguida comenzó de nuevo, a más no poder. El señor Lassalle dio algunos pasos, indeciso; luego se dirigió hacia el pequeño Valery, que trabajaba con ellos desde hacía sólo un año. Junto a la sierra mecánica, a unos pasos de Yvars, Valery colocaba un fondo en una barrica y el patrón se quedó contemplándolo. Valery continuaba trabajando, sin decir nada.

—Entonces, ¿todo marcha bien, hijo? —preguntó el señor Lassalle.

El joven se puso de pronto torpe en sus movimientos. Lanzó una mirada a Esposito, que cerca de él apilaba en sus brazos enormes un montón de duelas para llevárselas a Yvars. Esposito también lo miró, sin dejar de trabajar, y Valery hundió la nariz en su barrica, sin responder al patrón. Lassalle, un poco cohibido, se quedó un instante plantado frente al joven; luego se encogió de hombros y se volvió hacia Marcou. Éste, a horcajadas sobre su banco, terminaba de ajustar, con golpecitos lentos y precisos, el borde de un fondo.

—Buen día, Marcou —dijo Lassalle con tono más seco. Marcou no respondió, atento tan sólo a no quitar de la madera que trabajaba más que una viruta muy ligera.

—Pero, ¿qué os pasa? —gritó Lassalle en voz alta y dirigiéndose esta vez a los otros obreros—. Ya sabemos que no llegamos a un acuerdo, pero eso no impide que tengamos que trabajar juntos. Entonces, ¿qué utilidad tiene esto?

Marcou se irguió, levantó el fondo de la barrica, verificó con la mano el borde circular, entrecerró los ojos lánguidos, con aire do gran satisfacción y, siempre silencioso, se dirigió hacia otro obrero, que armaba un tonel. En todo el taller no se oía sino el ruido de los martillos y de la sierra mecánica.

—Bueno —dijo Lassalle—, cuando se os pase, hacédmelo saber por Ballester —y con paso tranquilo salió del galpón.

Casi inmediatamente resonó dos veces una campanilla que cubrió el estrépito del taller. Ballester, que acababa do sentarse para liar un cigarrillo, se levantó pesadamente y salió por la puertita del fondo. Después los martillos golpearon con menos fuerza y hasta uno de los obreros había suspendido su trabajo, cuando Ballester volvió. Desde la puerta dijo sólo:

—Marcou e Yvars, el patrón os llama.

El primer impulso de Yvars fue ir a lavarse las manos, pero Marcou lo tomó por un brazo al pasar y él lo siguió cojeando.

Afuera, en el patio, la luz era tan fresca, tan líquida, que Yvars la sentía en el rostro y en los brazos desnudos. Subieron por la escalera exterior, bajo la madreselva, que exhibía ya algunas flores. Cuando entraron en el pasillo con las paredes cubiertas de diplomas, oyeron un llanto de niño, y la voz de la señora Lassalle que decía:

—La acostarás después del almuerzo. Llamaremos al médico, si no se le pasa.

Luego el patrón apareció en el pasillo y los hizo entrar en el pequeño escritorio que ellos ya conocían, con muebles de falso estilo rústico y las paredes adornadas con trofeos deportivos.

-Siéntense —dijo Lassalle ocupando su lugar detrás del escritorio. Ellos permanecieron de pie—. Los hice venir —prosiguió— porque usted, Maroou, es el delegado, y tú, Yvars, mi empleado más viejo después de Ballester. No quiero renovar las discusiones que ya han terminado. No puedo, en modo alguno, darles lo que me piden. La cuestión so arregló; llegamos a la conclusión de que había que volver al trabajo. Veo que me tienen mala voluntad y eso me resulta penoso. Les digo lo que siento. Sencillamente quiero agregar esto: lo que no puedo hacer hoy, podré acaso hacerlo cuando los negocios se recuperen. Y si puedo hacerlo, lo haré aun

antes de que ustedes me lo pidan. Mientras tanto, procuremos trabajar de acuerdo.

Se calló, pareció reflexionar; luego levantó los ojos hacia ellos.

—¿Entonces? —agregó.

Marcou miraba hacia afuera. Yvars, con los dientes apretados, quería hablar, pero no podía.

—Oigan —dijo Lassalle—, ustedes se han obstinado. Ya los pasaré; pero cuando hayan vuelto a ser razonables, no olviden lo que acabo de decirles.

Se levantó, se llegó hasta Marcou y le tendió la mano.

—¡Vamos! —dijo. Marcou se puso repentinamente pálido. Se le endureció el rostro de *tenorino* que, por el espacio de un segundo, adquirió una expresión de maldad. Luego se volvió bruscamente y salió. Lassalle, también pálido, miró a Yvars, sin tenderle la mano.

—¡Váyanse al infierno! —gritó.

Cuando volvieron al taller, los obreros estaban almorzando. Ballester había salido. Marcou dijo tan sólo:

—Pura charla.

Y volvió a su lugar de trabajo. Esposito dejó de morder su pan para preguntar qué habían respondido ellos. Yvars dijo que no habían respondido nada. Luego se fue a buscar su morral y volvió para sentarse sobre el banco en que trabajaba. Comenzaba a comer cuando, no lejos de él, advirtió la presencia de Saïd, acostado de espaldas sobre un montón de virutas, con la mirada perdida en los ventanales, que tenían un tono azulado, a causa de un cielo ahora menos luminoso. Le preguntó si había terminado. Saïd le dijo que ya se había comido las uñas. Yvars dejó de comer. El malestar, que no lo había abandonado desde la entrevista con Lassalle, desaparecía de pronto para dejar lugar a un calor bienhechor. Se levantó, partió su pan y dijo, ante la negativa de Saïd, que la semana siguiente todo iría mejor.

Entonces me invitarás tú —dijo. Saïd sonrió. Comenzó a masticar un trozo del *sandwich* de Yvars, pero lentamente, como si no tuviera hambre.

Esposito tomó una cacerola vieja y encendió un fuego de virutas y madera. En él recalentó el café, que había llevado en una botella. Dijo que era un regalo para el taller que su almacenero le había hecho cuando se

enteró del fracaso de la huelga. Un frasquito vacío de mostaza circuló de mano en mano. Cada vez Esposito vertía el café, ya azucarado. Saïd se lo tragó con más gusto que el que había mostrado en comer. Esposito bebía el resto del café de la misma cacerola hirviente, haciendo restallar los labios y lanzando juramentos. En ese momento entró Ballester, para anunciar el retorno al trabajo.

Mientras ellos se levantaban y recogían papeles y vajilla en sus morrales, Ballester fue a colocarse en medio de ellos y dijo de pronto que era un golpe duro para todos, y para él también, pero que esa no era una razón para conducirse como chicos, y que no se ganaba nada con refunfuñar. Esposito, con la cacerola en la mano, se volvió hacia él. De pronto se le había puesto rojo el rostro espeso y largo. Yvars sabía lo que iba a decir y que en ese momento todos pensaban lo que él estaba pensando: que no refunfuñaban, que se les había cerrado la boca, que era cuestión de aceptar o irse, y que la rabia y la impotencia duelen a veces tanto que ni siquiera se puede gritar. Ellos eran hombres; eso era todo, y no iban ahora a ponerse a hacer sonrisas y caras. Pero Esposito no dijo nada de todo eso. Por fin, se le aclaró el rostro y dio un suave golpecito a Ballester en el hombro, mientras los otros volvían al trabajo. Do nuevo resonaron los martillos, el gran galpón se llenó con el familiar estrépito, con el olor do 1a viruta y de las viejas ropas empapadas de sudor. La enorme sierra giraba y mordía la madera fresca de la duela que Esposito empujaba lentamente delante de sí. En el lugar de la mordedura, saltaba un aserrín mojado, que cubría como con una especie de ralladura de pan, las gruesas manos velludas firmemente apretadas sobro la madera, a cada lado de la rugiente hoja. Cuando la duela quedaba cortada, sólo se oía el ruido del motor.

Yvars sentía ahora, inclinado sobro la garlopa, las agujetas de la espalda. De ordinario, el cansancio llegaba algo más tarde. Había perdido el entrenamiento durante aquellas semanas de inacción; era evidente. Pero también pensaba en la edad, que hace más duro el trabajo manual cuando ese trabajo no es de simple precisión. Aquellas agujetas le anunciaban también la vejez. Cuando intervienen los músculos, el trabajo termina por hacerse una maldición, precede a la muerte, y en los días de grandes esfuerzos el sueño es justamente como la muerte. El chico quería ser

maestro y tenía razón. Los que pronunciaban discursos sobre el trabajo manual no sabían de qué hablaban.

Cuando Yvars se irguió para recuperar la respiración y también para ahuyentar aquellos malos pensamientos, volvió a sonar la campanilla. Sonaba insistentemente, pero de manera tan curiosa, con breves intervalos para hacerse luego oír imperiosamente, que los obreros dejaron de trabajar. Ballester escuchaba sorprendido, luego se decidió y se llegó lentamente hasta la puerta. Había desaparecido hacía algunos segundos, cuando la campanilla dejó por fin de sonar. Todos volvieron al trabajo. De nuevo, la puerta se abrió brutalmente y Ballester corrió hacia el vestuario. En seguida salió de él calzado con alpargatas y, mientras se ponía la chaqueta, dijo a Yvars al pasar:

—La nenita tuvo un ataque. Voy a buscar a Germain.

Y se precipitó hacia la gran puerta. El doctor Germain era el que atendía al personal del taller. Vivía en el barrio. Yvars repitió la noticia sin comentarios. Se habían reunido todos alrededor de él, embarazados. Sólo se oía el motor de la sierra mecánica, que giraba libremente.

—Quizá no sea nada —dijo uno de ellos. Volvieron a sus puestos. El taller se llenó de nuevo con sus ruidos habituales, pero los hombres trabajaban lentamente, como si esperaran algo.

Al cabo de un cuarto de hora, Ballester entró de nuevo, se quitó la chaqueta y sin decir palabra volvió a salir por la puertita. A través de los ventanales, la luz iba debilitándose. Un poco después, en los intervalos en que la sierra no mordía la madera, se oyó la sorda campana de un coche ambulancia, primero lejana, luego más próxima, por fin presente, y ahora silenciosa. Al cabo de un rato volvió Ballester y todos se precipitaron hacia él. Esposito había detenido el motor. Ballester dijo que al desvestirse en su habitación, la niña había caído desplomada, como si la hubieran segado.

—¡Vaya, entonces! —dijo Marcou. Ballester meneó la cabeza e hizo un ademán vago hacia el taller; pero tenía aire atribulado. Se oyó de nuevo la campana de la ambulancia. Estaban todos allí, en el taller silencioso, bajo las oleadas de luz amarilla que arrojaban los ventanales, con sus toscas manos inútiles que les pendían a lo largo de los viejos pantalones cubiertos de aserrín.

El resto de la tarde fue arrastrándose. Yvars no sentía más que su cansancio y el corazón apretado. Habría querido hablar, pero no tenía nada que decir y los otros tampoco. En sus rostros taciturnos se leía sólo la pena y una especie de obstinación. A veces, en su interior se formaba la palabra «desgracia», pero apenas, pues desaparecía inmediatamente, como una burbuja que nace y estalla en el mismo momento. Tenía ganas de volver a su casa, de volver a ver a Fernande, al muchacho, y también la terraza. Justamente en ese momento Ballester anunciaba el fin de la jornada. Las máquinas se detuvieron. Sin apresurarse, comenzaron a apagar los fuegos y a poner orden en sus puestos. Luego se llegaron uno a uno al vestuario. Saïd fue el último. A él le tocaba limpiar los lugares de trabajo y regar el suelo polvoriento. Cuando Yvars llegó al vestuario, Esposito, enorme y velloso, ya estaba bajo la ducha. Les volvía las espaldas mientras se jabonaba con gran estrépito. En general se le dirigían bromas por su pudor. En efecto, aquel gran oso escondía obstinadamente sus partes nobles; pero ese día nadie pareció advertirlo. Esposito salió andando hacia atrás y se puso alrededor de la cintura una toalla, a manera de taparrabo. Los otros esperaban su turno y Marcou se goleaba vigorosamente los costados desnudos, cuando oyeron que la gran puerta de adelante rodaba lentamente sobre los rieles. Entró Lassalle.

Iba vestido como en el momento de su primera visita, pero llevaba el pelo un poco revuelto. Se detuvo en el umbral, contempló el vasto taller desierto, dio algunos pasos, se detuvo un instante y miró hacia el vestuario. Esposito, siempre cubierto por su taparrabo, so volvió hacia él. Desnudo, embarazado, se balanceaba un poco, apoyándose en un pie y luego en el otro. Yvars pensó que le tocaba a Marcou decir algo pero Marcou se mantenía invisible detrás de la lluvia de agua que lo rodeaba. Esposito se apoderó de una camisa y se la estaba poniendo prestamente, cuando Lassalle dijo:

—Buenas tardes —con voz un poco desentonada, y se dirigió hacia la puertita del fondo. Cuando Yvars pensó que había que llamarlo, la puerta ya se había cerrado.

Entonces Yvars volvió a vestirse sin lavarse, y también él dijo «Buenas tardes», pero con todo su corazón. Y los otros le respondieron con el mismo

calor. Salió rápidamente, se llegó hasta la bicicleta y cuando la montó sintió de nuevo las agujetas. Ahora se deslizaba en medio de la tarde que moría, a través de la ciudad llena de obstáculos. Iba rápido, quería volver a ver la vieja casa y la terraza. Se lavaría en la pileta antes de sentarse y de contemplar el mar que ya lo acompañaba, más oscuro que a la mañana, detrás del *boulevard*. Pero la niñita también lo acompañaba y no podía dejar de pensar en ella.

Cuando llegó a la casa, el chico ya había vuelto de la escuela y leía libros ilustrados. Fernande preguntó a Yvars si todo había ido bien. Él no dijo nada, se lavó en la pileta y luego se sentó en el banco, contra la pared de la terraza. Ropa blanca remendada pendía por encima de él. El cielo se hacía transparente; más allá de la pared, podía verse el mar suave de la tarde. Fernande le llevó el anís, dos vasos y el botijo do agua fresca. Luego se sentó junto al marido. Él le contó todo, mientras la tenía cogida de la mano, como en los primeros tiempos de su matrimonio. Cuando terminó, Yvars se quedó inmóvil, vuelto hacia el mar, donde bajaba ya, de un extremo a otro del horizonte, el rápido crepúsculo.

—¡Ah, él tiene la culpa! —dijo. Y hubiera querido ser joven y que Fernande también aún lo fuera, y que estuvieran del otro lado del mar.

EL HUÉSPED

El maestro contemplaba a los dos hombres que subían hacia donde él estaba. Uno iba a caballo; el otro, a pie. Todavía no habían tomado la cuesta abrupta que llevaba a la escuela, construida en el flanco de una colina. Andaban con trabajo, avanzaban lentamente en medio de la nieve, entre las piedras, en la inmensa extensión de la alta meseta desierta. De cuando en cuando el caballo visiblemente jadeaba. Aún no se lo oía, pero se veía el chorro de vapor que le salía de las narices. Por lo menos uno de los hombres conocía la comarca. Iban siguiendo la senda que, sin embargo, había desaparecido desde hacía muchos días bajo una capa blanca y sucia. El maestro calculó que no llegarían a lo alto de la colina hasta una media hora después. Hacía frío; entró en la escuela para buscar un abrigo.

Atravesó el aula vacía y helada. En el encerado negro los cuatro ríos de Francia, dibujados con cuatro tizas de diferentes colores, corrían hacia sus estuarios desde hacía tres días. La nieve había caído brutalmente a mediados de octubre, después de ocho meses de sequía, sin que la lluvia hubiera brindado una transición, de manera que los veinte alumnos que vivían en las aldeas diseminadas por la meseta no iban a clase. Habría que esperar el buen tiempo. Daru sólo calentaba la única pieza que constituía su alojamiento, contigua a la clase y que también se abría hacia el este sobre la meseta. Otra ventana, como las del aula, daba al sur. Por ese lado la escuela se encontraba a algunos kilómetros del lugar en que la meseta comenzaba a bajar hacia el mediodía. Cuando el tiempo era claro podían distinguirse las masas violetas de la cadena montañosa que abría las puertas al desierto.

Habiendo entrado un poco en calor, Daru volvió a la ventana desde la cual había descubierto la primera vez a los dos hombres. Ya no se los veía; habían, pues, comenzado a subir la cuesta. El cielo estaba menos oscuro; durante la noche la nieve había dejado de caer. El día había amanecido con una luz sucia que apenas se reforzaba a medida que el techo de nubes subía. A las dos de la tarde parecía que acababa de comenzar; pero de todos modos aquello era mejor que los tres días anteriores, en que la nieve caía en medio de tinieblas incesantes y de breves sacudidas de viento que iban a

zarandear la puerta de doble hoja de la clase. Daru pasó entonces pacientemente largas horas encerrado en su cuarto, del que no salía sino para ir, por debajo del tejadillo, a cuidar las gallinas y a buscar carbón en el depósito. Felizmente, la camioneta do Tadjid, la aldea más cercana al norte, le había llevado las provisiones dos días antes de la tormenta. Volvería dentro de cuarenta y ocho horas.

Por lo demás, tenía provisiones para soportar un sitio, con los sacos de trigo que llenaban el cuartito y que la administración le había dejado de reserva para distribuir entre los alumnos cuyas familias habían sido víctimas de la sequía. En realidad, la desgracia les había alcanzado a todos, puesto que todos eran pobres. Cada día, Daru distribuía una ración entre los chicos. Les había faltado, Daru lo sabía bien, durante esos últimos días. Tal vez uno de los padres o de los hermanos mayores se llegara aquella noche y entonces él podría entregarles una provisión de granos. Habría que desquitarse con la próxima cosecha. Ahora estaban llegando de Francia cargamentos de trigo. Lo más duro ya había pasado. Pero sería difícil olvidar aquella miseria, aquel ejército de fantasmas andrajosos que erraban bajo el sol, aquellas mesetas calcinadas mes tras mes, aquella tierra encogida y resquebrajada poco a poco, literalmente quemada, aquellos terrenos pétreos que se deshacían en polvo bajo el pie. Los carneros morían entonces a millares y también algunos hombres, aquí y allí, aunque no siempre era posible enterarse de ello.

Frente a esa miseria, él, que vivía casi como un monje en la escuela perdida, contento por lo demás de lo poco que tenía y de esa vida ruda, se había sentido como un señor, con sus paredes blanqueadas, su diván estrecho, sus estantes de madera blanca, a manera de armario, su pozo y su aprovisionamiento semanal de agua y alimentos. Y de pronto, sin advertencia alguna y sin el alivio de la lluvia, aquella nieve. Era cruel vivir en ese lugar, aun sin los hombres, que sin embargo no arreglaban nada. Pero Daru había nacido allí. En cualquier otra parte se sentía como un desterrado.

Salió y avanzó por el terraplén que se extendía frente a la escuela. Los dos hombres estaban ahora por la mitad de la pendiente. Reconoció en el jinete a Balducci, el viejo gendarme que conocía desde hacía mucho.

Balducci llevaba en el extremo do una cuerda a un árabe que marchaba detrás de él con las manos ligadas y la frente baja. El gendarme hizo un ademán de saludo al que Daru no respondió, ocupado por entero en contemplar al árabe, vestido con una *djellabah* otrora azul, con los pies metidos en unas sandalias pero cubiertos con calcetines de gruesa lana, y la cabeza tocada con un *chèche* estrecho y breve. Se acercaban. Balducci mantenía su caballo al paso para no lastimar al árabe y el grupo avanzaba lentamente.

Cuando estuvieron al alcance de la voz, Balduooi gritó:

—¡Una hora para recorrer los tres kilómetros que hay de El Ameur hasta aquí!

Daru no respondió. Bajo y macizo dentro de su espeso abrigo, los contemplaba subir. Ni siquiera una sola voz el árabe había levantado la cabeza.

—¡Salud! —dijo Daru cuando por fin aparecieron en el terraplén—. Entrad a calentaros.

Balducci se bajó penosamente del caballo sin soltar la cuerda. Sonrió al maestro por debajo de los bigotes erizados. Los ojillos oscuros, muy hundidos bajo la frente morena y la boca rodeada de arrugas, le daban un aspecto atento y aplicado. Daru tomó las bridas, condujo al animal al tejadillo y volvió hacia donde estaban los dos hombres, que lo esperaban ahora en el interior de la escuela. Los hizo entrar en su habitación.

—Voy a calentar el aula —dijo—. Allí estaremos más cómodos.

Cuando entró de nuevo en el cuarto, Balducci estaba sentado sobre el diván. Había desatado la cuerda del árabe y éste estaba agazapado junto a la estufa. Con las manos siempre atadas y *chèche* ahora echado hacia atrás, el hombre miraba hacia la ventana. Al principio Daru sólo le vio los enormes labios abultados, lisos, casi negroides; sin embargo la nariz era recta y los ojos oscuros, de expresión afiebrada. El *chèche* descubría una frente tozuda y bajo la piel requemada pero un poco descolorida por el frío, todo el rostro tenía a la vez una expresión de inquietud y rebeldía que llamó la atención de Daru cuando el árabe, volviendo hacia él la cara, lo miró derechamente a los ojos.

—Pasad al otro cuarto —dijo el maestro—. Voy a preparar té con menta.

—Gracias —dijo Balducci—. Buen refugio éste —y dirigiéndose en árabe a su prisionero—: Tú, ven aquí.

El árabe se levantó y, llevando las muñecas unidas frente a sí, pasó lentamente al aula.

Junto con el té, Daru llevó una silla. Pero Balducci ya se había sentado sobre el primer pupitre de los alumnos y el árabe se había agazapado contra el estrado del maestro, frente a la estufa que ardía entre el escritorio y la ventana. Cuando tendió el vaso de té al prisionero, Daru vaciló al verle las manos atadas.

—Lo podríamos desatar, tal vez.

—Por cierto —dijo Balducci—; sólo era para el viaje.

Hizo ademán de levantarse, pero Daru, dejando el vaso en el suelo, se arrodilló junto al árabe. Éste, sin decir palabra lo miraba con sus ojos afiebrados. Una vez que tuvo las manos libres, se frotó las muñecas hinchadas, cogió el vaso de té y, aspirando el líquido hirviente, lo bebió a traguitos rápidos.

—Bueno —dijo Daru—, ¿adónde vais?

Balducci apartó su bigote del té.

—Aquí, hijo —respondió.

—Singulares alumnos. ¿Pasaréis la noche aquí?

—No, tengo que volver a El Ameur. Y tú entregarás a este camarada en Tinguit. Se lo espera en la comuna mixta.

Balducci contemplaba a Daru con una sonrisita amistosa.

—¿Qué me cuentas? —dijo el maestro—. ¿Te estás burlando de mí?

—No, hijo. Son órdenes.

—¿Órdenes? Yo no soy… —Daru vaciló. No quería ofender al viejo corso—. En suma, que no es mi oficio.

—¡Eh! ¿Y qué importa eso? En la guerra se practican todos los oficios.

—¡Entonces esperaré a que se declare la guerra!

Balducci aprobó con un movimiento de cabeza.

—Está bien, pero las órdenes son claras y a ti también te conciernen. Parece que hay jaleo. Se habla de una próxima rebelión. En cierto sentido,

estamos movilizados.

Daru conservaba su aire obstinado.

—Escucha, hijo —dijo Balducci—, quiero tu bien; tienes que comprenderme. En El Ameur somos sólo una docena para patrullar el territorio de un pequeño departamento y tengo que volver allí. Me han mandado que te confiara esta cebra y que volviera sin tardanza. No lo podíamos tener allá. Su aldea se agitaba. Querían rescatarlo. Tienes que llevarlo a Tinguit en el día de mañana. Son unos veinte kilómetros, que no acobardarán a un joven animoso como tú. Después todo habrá terminado. Volverás a tus alumnos y a la buena vida.

Del otro lado do la pared se oían el resoplar y el piafar del caballo. Daru miraba por la ventana. Decididamente el tiempo se aclaraba, la luz se extendía por la meseta nevada. Cuando toda la nieve se hubiera derretido, el sol reinaría de nuevo y quemaría una vez más los campos de piedra. Durante días y días el cielo inalterable arrojaría su luz seca sobre la extensión solitaria, donde nada hacía pensar en el hombre.

—Pero, al fin de cuentas —dijo volviéndose hacia Balducci—, ¿qué hizo éste? —Y antes de que el gendarme hubiera abierto la boca, preguntó —: ¿Habla francés?

—No, ni una palabra. Lo buscábamos desde hace un mes, pero ellos lo ocultaban. Mató a su primo.

—¿Está contra nosotros?

—No lo creo, aunque nunca se puede estar seguro.

—¿Y por qué lo mato?

—Cuestiones de familia, creo. Parece que uno le debía grano al otro. El asunto no está claro. En suma, que mato al primo de una cuchillada, sabes, como a un carnero, ¡zic!...

Balducci hizo el ademán de pasar la hoja de un cuchillo por su garganta y el árabe, atraída súbitamente su atención, lo miró con una especie de inquietud. En Daru nació una súbita cólera contra aquel hombre, contra todos los hombres y su sucia maldad, contra sus odios incansables, contra la locura de matar.

Pero la caldera cantaba sobre la estufa. Volvió a servir té a Balducci y vaciló en servirle de nuevo al árabe, que lo bebió una segunda vez

ávidamente. Los brazos levantados le entreabrieron un poco la *djellabah* y e] maestro pudo apreciar su pecho flaco y musculoso.

—Gracias, pequeño —dijo Balducci—. Y ahora me voy.

Se levantó y se dirigió hacia el árabe, sacando del bolsillo una pequeña cuerda.

—¿Qué haces? —preguntó secamente Daru.

Balducci, cohibido, le mostró la cuerda.

—No vale la pena.

El viejo gendarme vaciló.

—Como quieras. Por supuesto que estás armado, ¿no?

—Tengo mi fusil de caza.

—¿Dónde?

—En el baúl.

—Deberías tenerlo cerca de la cama.

—¿Por qué? No tengo nada que temer.

—Estás loco —dijo—. Si ellos se levantan, nadie estará seguro. Todos estamos dentro de la misma bolsa.

—Me defenderé. Tengo tiempo de verlos llegar.

Balducci se puso a reír. Luego el bigote le cubrió de pronto los dientes aún blancos.

—¿Que tienes tiempo? Vamos. Es lo que yo decía. Siempre fuiste un poco atolondrado. Por eso te quiero tanto; mi hijo también era así.

Y al decir esto sacó su revólver y lo dejó sobre el escritorio.

—Guárdalo. No tengo necesidad de dos armas desde aquí hasta El Ameur.

El revólver resplandecía sobre la pintura negra del escritorio. Cuando el gendarme se volvió hacia Daru, éste sintió su olor do cuero y de caballo.

—Escucha, Balducci —dijo repentinamente Daru—. Todo esto me fastidia, y sobre todo este tipo. Pero no lo entregaré. Lucharé, si es necesario, pero esto no.

El viejo gendarme se quedó mirándolo con severidad.

—No hagas tonterías —dijo lentamente—. A mí tampoco me gusta todo esto. A pesar de los años uno no se acostumbra a atar con una cuerda a un

hombre. Sí, y hasta se avergüenza uno; pero no es posible dejarlos hacer lo que quieran.

—No lo entregaré —repitió Daru.

—Te repito que es una orden, hijo.

—Eso es, repíteles lo que te dije: no lo entregaré.

Balducci estaba haciendo un visible esfuerzo de reflexión. Contemplaba al árabe y a Daru. Por fin se decidió.

—No, no les diré nada. Si quieres fallarnos, allá tú. No te denunciaré. Tengo la orden de entregarte al prisionero: lo hago. Ahora vas a firmarme el papel.

—¿Para qué? No negaré que me lo has dejado.

—No te pongas así conmigo. Sé que dirás la verdad; tú eres de aquí, eres un hombre. Pero tienes que firmar. Esa es la regla.

Daru abrió el cajón del escritorio, sacó un frasquito de tinta violeta, el lapicero de madera roja con la pluma *Sargento Mayor* que le servía para trazar los modelos caligráficos, y firmó. El gendarme dobló cuidadosamente el papel y se lo guardó en la cartera. Luego se dirigió a la puerta.

—Voy a acompañarte —dijo Daru.

—No —respondió Balducci—, no vale la pena que seas cortés. Me has ofendido.

Miró al árabe que permanecía inmóvil en el mismo lugar, resopló con aire de fastidio y se volvió hacia la puerta.

—Adiós, hijo —saludó.

La puerta se cerró detrás de él. Balducci surgió frente a la ventana y luego desapareció. La nieve ahogaba sus pasos. El caballo so agitó detrás del tabique y las gallinas se inquietaron. Un instante después, Balducci volvió a pasar frente a la ventana, llevando al caballo de la brida. Avanzó hacia la pendiente sin volverse. Desapareció primero y luego el caballo lo siguió. Se oyó que una gran piedra rodaba blandamente. Daru se llegó hasta el prisionero, que no se había movido, pero que no le quitaba el ojo de encima.

—Espera —dijo el maestro en árabe. Y se fue a su cuarto. En el momento de trasponer el umbral, dio un respingo, se acercó al escritorio,

tomó el revólver y se lo metió en el bolsillo. Luego, sin volverse, entró en su cuarto.

Permaneció largo rato tendido sobre el diván, mirando como el cielo se cerraba poco a poco, escuchando el silencio. Era ese silencio lo que le había parecido penoso los primeros días de su llegada, después de la guerra. Había pedido un puesto en la pequeña ciudad situada al pie de la cadena de montes que separa del desierto las altas mesetas. Allá, montañas rocosas, verdes y negras al norte, rosadas o de color malva al sur, marcaban la frontera del eterno verano. Lo habían nombrado para un puesto más al norte, en la meseta misma. Al comienzo, la soledad y el silencio le habían resultado duros en aquellas tierras ingratas, habitadas tan sólo por piedras. A veces, algunos surcos hacían creer en el cultivo de la tierra, pero las habían excavado sólo para extraer cierta clase de piedras aptas para la construcción. El único trabajo allí era recoger guijarros. Otras veces se raspaban algunas virutas de tierra acumuladas en hoyos, con las cuales se engordaban las de los magros jardines de los pueblos. Únicamente la piedra cubría las tres cuartas partes del país. Y allí nacían ciudades, que resplandecían para luego desaparecer; y los hombres pasaban, se amaban o se mordían en la garganta; luego morían. En aquel desierto, nadie, ni él ni su huésped eran nada. Y sin embargo fuera de ese desierto ni uno ni otro, Daru lo sabía, hubieran podido vivir realmente.

Cuando se levantó, no le llegó ningún ruido del aula. Se asombró de la franca alegría que lo invadió al solo pensamiento de que el árabe hubiera podido huir y que él iba a encontrarse otra vez solo sin tener nada que decidir. Pero el preso estaba allí. Únicamente que se había acostado cuan largo era, entre la estufa y el escritorio. Con los ojos abiertos, contemplaba el cielo raso. En esa posición se le veían sobre todo los labios abultados, que le daban un aire mohino.

—Ven —dijo Daru. El árabe se levantó y lo siguió. En su pieza, el maestro le señaló una silla que estaba bajo la mesa y junto a la ventana. El árabe se sentó sin dejar de mirar a Daru.

—¿Tienes hambre?

—Sí —dijo el prisionero.

Daru puso dos cubiertos. Tomó harina y aceite, amasó un bollo en una vasija y encendió el hornillo. Mientras el bollo se cocía, salió para tomar de debajo del tejadillo, queso, huevos, dátiles y leche condensada. Cuando el bollo estuvo a punto, lo puso a enfriar en el borde de la ventana, hizo calentar leche condensada con agua y por fin batió los huevos para una tortilla. En uno de los movimientos chocó con el revólver que tenía guardado en el bolsillo derecho. Dejó el plato sobre la mesa, se fue al aula y metió el revólver en el cajón del escritorio. Cuando volvió a su pieza, caía la noche. Encenció la luz y sirvió al árabe.

—Come —le dijo. El otro tomó un trozo del bollo, se lo llevó vivamente a la boca y luego se detuvo.

—¿Y tú? —preguntó.

—Después. Yo también comeré.

Los gruesos labios se entreabrieron un poco. El árabe vaciló. Por fin mordió resueltamente el bollo.

Una vez terminada la comida, el árabe se puso a mirar al maestro.

—¿Eres tú el juez?

—No. Te cuido hasta mañana.

—¿Por qué comes conmigo?

—Tengo hambre.

El otro se quedó callado. Daru se levantó y salió. Sacó del tejadillo un catre, lo extendió entre la mesa y la estufa, perpendicularmente a su propia cama. De un baúl que, parado en un rincón, servía de estanto para carpetas, sacó dos mantas que dispuso en el catre. Luego se quedó sin hacer nada; se sentía ocioso; se sentó en la cama. No tenía nada más que hacer ni que preparar. Había que mirar a aquel hombre. Lo miró, pues, procurando imaginar aquel rostro convulsionado por el furor. No lo consiguió. Sólo veía la mirada a la vez sombría y brillante y la boca animal.

—¿Por qué lo mataste? —le preguntó con voz cuya hostilidad le sorprendió.

El árabe apartó la mirada.

—Quería salvarse. Corrí tras él.

Volvió a levantar los ojos hacia Daru, que los vio llenos de una especie de interrogación desdichada.

—¿Qué van a hacerme ahora?

—¿Tienes miedo?

El otro se puso tieso, mientras apartaba la mirada.

—¿Estás arrepentido?

El árabe lo miró con la boca abierta. Evidentemente no lo comprendía. La irritación se adueñó de Daru. Al mismo tiempo se sentía torpe e impedido, con su cuerpo robusto metido entre las dos camas.

—Acuéstate allí —dijo con impaciencia—. Ésta es tu cama.

El árabe no se movía. Llamó a Daru:

—¡Dime!

El maestro lo miró

—¿Vendrá el gendarme mañana?

—No sé.

—¿Vienes tú con nosotros?

—No sé. ¿Por qué?

El prisionero se levantó y se extendió entre las mantas, con los pies hacia la ventana. La luz de la lamparilla eléctrica le caía rectamente en los ojos, que en seguida cerró.

—¿Por qué? —repitió Daru, de pie frente a la cama.

El árabe abrió los ojos bajo la luz enceguecedora y lo miró tratando de no pestañear.

—Ven con nosotros —le dijo.

A medianoche Daru no dormía. Se había metido en la cama después de haberse desvestido del todo. Habitualmente se acostaba desnudo; pero cuando se encontró sin ropa alguna en la pieza, vaciló. Se sentía vulnerable. Tuvo la tentación de volver a vestirse. Luego, se encogió de hombros. Ya se había visto en otras y, si era necesario, partiría en dos pedazos al enemigo. Desde la cama podía observarlo; continuaba extendido, de espaldas, siempre inmóvil y con los ojos cerrados bajo la luz violenta. Cuando Daru la apagó, las tinieblas parecieron congelarse de golpe. Poco a poco la noche volvió a hacerse viva en la ventana, a través de la cual el cielo sin estrellas se agitaba dulcemente. El maestro distinguió muy pronto el cuerpo extendido frente a él. El árabe no se movía, pero sus ojos parecían abiertos.

Un viento ligero soplaba alrededor de la escuela. Tal vez barrería las nubes y volvería el sol.

Durante la noche el viento cobró fuerza. Las gallinas se agitaron un poco, luego se callaron. El árabe se volvió sobre un costado, dando la espalda a Daru y éste creyó oírlo gemir. Acechó entonces su respiración, que se hizo más profunda y regular. Escuchaba ese aliento tan próximo y pensaba, sin poder adormecerse. En la habitación donde desde hacía un año dormía solo, aquella presencia lo molestaba. Pero lo molestaba aún más porque le imponía una especie de fraternidad que él rechazaba en las presentes circunstancias y que conocía bien: los hombres que comparten las mismas piezas, soldados o prisioneros, establecen entre sí un extraño lazo, como si, habiéndose quitado las armaduras con las ropas, se reunieran cada noche, por encima de sus diferencias, en la vieja comunidad del sueño y del cansancio. Pero Daru se sacudió. No le gustaban esas tonterías. Tenía que dormir.

Sin embargo, poco más tarde, cuando el árabe se movió imperceptiblemente, el maestro seguía despierto. Al segundo movimiento del prisionero, se puso tieso, alerta. El árabe se levantaba lentamente sobre los brazos, con movimiento casi de sonámbulo. Sentado ya en el lecho, esperó inmóvil Sin volver la cabeza hacia Daru, como si estuviera escuchando algo con toda atención. Daru permaneció inmóvil. En ese momento pensó que el revólver había quedado en el cajón del escritorio. Sería mejor obrar en seguida. No obstante, continuó observando al prisionero que, con el mismo movimiento sigiloso, ponía los pies en el suelo, esperaba todavía un segundo y comenzaba a levantarse lentamente. Daru iba a interpelarlo, cuando el árabo se puso en marcha, esta vez con paso natural pero extraordinariamente silencioso. Se dirigía a la puerta del fondo, que daba al tejadillo. Hizo girar el picaporte con procaución y salió, empujando la puerta detrás de sí, sin cerrarla del todo. Daru no se había movido. «Huye», se limitó a pensar. «Y bien, me lo quito de encima». Sin embargo, se puso a escuchar. Las gallinas no se alborotaban. Quería decir pues que el otro estaba en la meseta. Entonces le llegó un débil ruido de agua, cuyo significado no comprendió sino en el momento en que vio de Nuevo al árabe en la puerta, que volvió a cerrar con cuidado, para acostarse

luego sin ruido. Daru le volvió la ospalda y se durmió. Más tarde aún le pareció oír, desde el fondo de su sueño, pasos furtivos alrededor de la escuela. «Estoy soñando, estoy soñando», se repetía. Y dormía.

Cuando se despertó, el cielo estaba despejado. Por la ventana mal cerrada entraba un aire frío y puro. El árabe dormía, encogido ahora bajo las mantas, con la boca abierta, enteramente abandonado. Pero cuando Daru lo sacudió, tuvo un sobresalto terrible. Miró a Daru sin reconocerlo, con ojos de loco y una expresión tan asustada que el maestro dio un paso atrás.

—No tengas miedo. Soy yo; vamos a comer.

El árabe sacudió la cabeza y dijo que sí. La calma le había vuelto al rostro, pero seguía con aquella expresión ausente y distraída.

El café estaba preparado. Lo bebieron sentados los dos en el catre y mordisqueando sus trozos de bollo. Luego Daru llevó al árabe bajo el tejadillo y le mostró el grifo donde él se lavaba. Vovió a la pieza, dobló las mantas y plegó el catre, hizo su propia cama y puso orden en el cuarto. Salió entonces al terraplén, pasando por la oscuela. El sol ya se elevaba en el cielo azul; una luz suave y viva inundaba la meseta desierta. En algunos lugares de la cuesta, la nieve se derretía. Iban a aparecer de nuevo las peñas. De cuclillas en el borde de la meseta, el maestro contemplaba la extensión desierta. Pensaba en Balducci. Lo había lastimado, lo había dejado ir de una manera como si él no quisiera estar dentro de la misma bolsa. Todavía oía el adiós del viejo y, sin saber por qué se sentía extrañamente vacío y vulnerable. En ese momento, del otro lado de la escuela, el prisionero tosió. Daru lo oyó a pesar suyo; luego, furioso, arrojó un guijarro que silbó en el aire antes de hundirse en la nieve. El crimen imbécil de aquel hombre lo sublevaba; pero entregarlo era contrario al honor. Sólo pensarlo lo volvía loco de humillación. Y maldecía al propio tiempo a los suyos, que le mandaban a ese árabe y a éste, que se había atrevido a matar y no había sabido huir. Daru se levantó, dio una vuelta por el terraplén, esperó un rato inmóvil y luego entró en la escuela.

El árabe, inclinado sobre el piso de cemento del tejadillo, se lavaba los dientes con dos dedos. Daru lo miró un instante y luego dijo:

—Ven.

Entró en su habitación antes que el prisionero. Se puso una chaqueta de caza, se calzó los zapatos de viaje. Esperó de pie a que el árabe se pusiera su *chèche* y sus sandalias. Pasaron al aula y el maestro señaló la salida a su compañero.

—Ven —dijo.

El árabe no se movió.

—Yo ya voy —agregó.

El árabe salió. Daru volvió a entrar en su cuarto e hizo un paquete con bizcochos, dátiles y azúcar. En el aula, antes de salir, se detuvo un segundo vacilando, frente al escritorio. Luego traspuso el umbral de la escuela y aseguró la puerta.

—Por allí es —dijo. Tomó la direción del este, seguido por el prisionero. Pero a corta distancia de la escuela, le pareció oír un ligero ruido detrás de él. Volvió sobre sus pasos, reconoció los alrededores de la casa: no había nadie. El árabe lo miraba con aire de no comprender.

—Vamos —dijo Daru. Marcharon durante una hora y luego se detuvieron para descansar, junto a una especie de aguja calcárea. La nieve se derretía cada vez con mayor rapidez. El sol licuaba las chardas Y limpiaba a toda prisa la meseta que, poco a poco, se secaba y vibraba como el aire mismo. Cuando volvieron a emprender la marcha, el suelo resonaba bajo sus pasos. De cuando en cuando un pájaro hendía el espacio con grito alegre. Daru bebía con profundas aspiracionos la luz fresca. Una especie de exaltación nacía en él frente al gran espacio familiar, ahora casi enteramonte amarillo bajo su bóveda de cielo azul. Anduvieron todavía una hora bajando hacia el sur. Llegaron a una especie de eminencia achatada hecha de rocas friables. Desde ese punto la meseta bajaba al este hacia una llanura en la que podían distinguirse algunos árboles escuálidos y, al sur, hacia montones de rocas, que daban al paisaje un aspecto atormentado.

Daru inspeccionó en las dos direcciones. En el horizonte no se veía más que el cielo. Ni un hombre se veía. Se volvió hacia el árabe, que lo miraba sin comprender. Daru le tendió el paquete.

—Toma —le dijo—. Son dátiles, pan y azúcar. Puedes resistir dos días. Aquí tienes también mil francos.

El árabe tomó el paquete y el dinero, pero continuaba con las manos cargadas a la altura del pecho, como si no supiera qué hacer con lo que se le daba.

—Presta atención ahora —le dijo el maestro mientras señalaba hacia el este—. Aquél es el camino de Tinguit. Tienes dos horas de marcha. En Tinguit hay administración y policía. Te esperan.

El árabe miraba hacia el este, apretando siempre contra sí el paquete y el dinero. Daru letomó un brazo y, bruscamente, le hizo dar un cuarto de vuelta para que quedara mirando hacia el sur. Al pie de la altura en que se hallaban se adivinaba un camino apenas dibujado.

—Ésa es la senda que atraviesa la meseta. A un día de marcha de aquí estarás en los campos de pastoreo y te encontrarás con los primeros nómadas. Ellos te recibirán y te brindarán asilo según su ley.

El árabe se había vuelto ahora hacia Daru y una especie de pánico le cubría el rostro.

—Escucha —dijo. Daru sacudió la cabeza.

—No, cállate. Ahora te dejo.

Le volvió las espaldas, dio dos grandes pasos en dirección a la escuela, miró con aire indeciso al árabe que permanecía inmóvil y siguió su camino. Al cabo de pocos minutos no oyó más que su propio paso, sonoro sobre la tierra fría. Y no volvió la cabeza. Con todo, después de un momento, lo hizo. El árabe seguía allí, en el borde de la colina, ahora con los brazos colgantes, y contemplaba al maestro. Daru sintió que se le anudaba la garganta; pero lanzó un juramento de impaciencia, hizo una brusca señal al árabe y tornó a ponerse en marcha. Estaba ya lejos cuando se detuvo de nuevo y miró hacia atrás. En la colina ya no había nadie.

Daru vaciló. El sol estaba bastante alto en el cielo y comenzaba a devorarle la frente. El maestro volvió sobre sus pasos. Primero con ciertas vacilaciones; luego con decisión. Cuando llegó a la colina estaba bañado de sudor. Trepó por ella con toda prisa y se detuvo sofocado al llegar arriba. Los campos de rocas, al sur, se dibujaban nítidamente en el cielo azul, pero sobre la llanura, al este, subía ya una ola de calor. Y en medio de esa bruma ligera, Daru, con el corazón apretado, descubrió al árabe que marchaba lentamente por el camino de la prisión.

Un poco más tarde, de pie frente a la ventana del aula, el maestro miraba sin ver la joven luz que saltaba desde las alturas del cielo, para dar en toda la superficie de la meseta. Detrás de él, en el encerado negro, entre los meandros de los ríos franceses, se veía, trazada con tiza por una mano torpe, la inscripción que él acababa de leer: «Has entregado a nuestro hermano. Lo pagarás». Daru contempló el cielo, la meseta y más allá de ella las tierras invisibles que se extendían hasta el mar. En ese vasto pais, que tanto había amado, estaba solo.

JONAS
O
EL ARTISTA EN EL TRABAJO

Alzadme y echadme a la mar...,
porque yo sé que por mi causa
esta tormenta tan grande ha venido
sobre vosotros.

JONÁS, I, 12.

Gilbert Jonas, artista pintor, creía en su buena estrella. Por lo demás, no creía sino en ella, aunque sentía respeto por sí mismo, y hasta una especie de admiración frente a la religión de los demás. Su fe, con todo, no dejaba de tener virtudes, puesto que consistía en admitir, de manera oscura, que obtendría mucho sin merecer nunca nada. Tampoco, cuando al llegar a los treinta y cinco años, una decena de críticos se disputó de pronto la gloria de haber descubierto su talento, él mostró sorpresa alguna. Pero su serenidad, que algunos atribuían a la suficiencia, se explicaba en cambio muy bien por la modestia confiada de Jonas. Éste hacía justicia a su buena estrella antes que a sus méritos.

Se manifestó un poco más asombrado, eso sí, cuando un comerciante de cuadros le ofreció una mensualidad que lo sacaba de toda preocupación económica. En vano el arquitecto Rateau, que desde los años del liceo sentía cariño por Jonas y su buena estrella, le hizo ver que aquella mensualidad apenas le permitiría una vida decente y que el comerciante no arriesgaba nada.

—Así y todo —-decía Jonas. Rateau que lograba éxito, pero a fuerza de tenacidad, en todo lo que emprendía, censuraba al amigo.

—¿Qué dices? ¿Así y todo? Hay que discutirlo.

Pero nada fue suficiente. Jonas agradecía a su buena estrella.

—Será como usted quiera —dijo al comerciante de cuadros. Y entonces abandonó el empleo que tenía en la casa editora de su padre, para dedicarse por entero a la pintura.

—¡Es una suerte poder hacerlo! —decía.

En realidad pensaba: «Es una suerte que continúe». Hasta donde podía remontarse en sus recuerdos, encontraba siempre esa suerte. Por ejemplo, alimentaba un tierno agradecimiento por sus padres. Primero porque lo habían educado distraídamente, lo cual le había dejado tiempo libre para soñar; y luego porque se habían separado por razonos de adulterio. Por lo menos ése era el pretexto que invocaba el padre, quien se olvidaba de precisar que se trataba de un adulterio bastante peculiar: no podía soportar las buenas obras de su mujer, verdadera santa laica, que sin poner ninguna malicia en ello, había hecho el don de su persona a la humanidad sufriente; pero el marido pretendía disponer como amo de las virtudes de su mujer.

—Estoy harto —decía aquel Otelo— de que me engañe con los pobres.

El equívoco fue provechoso para Jonas. Sus padres, que habían leído que era posible citar muchos casos de asesinos sádioos entre los hijos de padres divorciados, se pusieron a rivalizar en cuanto a mimarlo, para ahogar en el huevo los gérmenes de una evolución tan enfadosa. Según ellos, los efectos del chogue que había sufrido la conciencia del niño eran menos manifiestos y por lo tanto estaban mucho más inquietos: los daños invisibles debían de ser los más profundos. Apenas Jonas se declaraba un poco contento de sí mismo o del día que había pasado, la inquietud habitual de los padres rayaba en la locura. Redoblaban entonces sus atenciones y el niño no tenía nada que desear.

Su supuesta desgracia le valió al fin un hermano devoto en la persona de su amigo Rateau. Los padres de éste invitaban a menudo al pequeño compañero de su hijo, porque se compadecían de su infortunio. Sus discursos, henchidos de lástima, inspiraron al jovon Rateau, vigoroso y deportivo, el deseo de tornar bajo su protección al niño, cuyos éxitos indolentemente obtenidos, él ya admiraba. La admiración y la condescendencia fueron una buona mezcla para formar una amistad que Jonas recibió, como todo lo demás, con una sencillez alentadora.

Cuando Jonas hubo terminado, sin esfuerzo especial alguno, los estudios, tuvo todavía la suerte de ingresar en la casa editora de su padre, para encontrar allí una posición y, por vías indirectas, su vocación de pintor. Primer editor de Francia, el padre de Jonas sostenía la opinión de que el

libro, más que nunca y precisamente a causa de la crisis de la cultura, tenía un futuro.

—La historia muestra —decía— que cuanto menos se lee más se compran libros.

Partiendo de este principio, sólo muy rara vez leía los manuscritos que se le presentaban y únicamente se decidía a publicarlos por la personalidad del autor o la actualidad del tema (desde este punto de vista, siendo el sexo el único tema siempre actual, el editor había terminado por especializarse), de manera que se ocupaba tan sólo de la presentación curiosa de los libros y de la publicidad gratuita. A Jonas le confiaron el departamento de lectura, que le dejaba mucho tiempo libre, al que hubo que buscarle empleo. Fue así como encontró su vocación de pintor.

Por primera vez, doscubrió en él un ardor imprevisto, pero incansable; pronto dedicó días enteros a pintar y, siempre sin esfuerzo, sobresalía en este ejercicio. No parecía interesarle ninguna otra cosa y apenas pudo casarse a la edad conveniente: la pintura lo devoraba por entero. Para los seres y las circunstancias ordinarias de la vida, sólo reservaba una sonrisa benévola, que lo dispensaba do preocuparse de ellos. Fue necesario un accidente de la motocicleta que conducía Rateau demasiado violentamente y llevando a su amigo atrás, para que Jonas, con la mano derecha por fin inmovilizada en un vendaje, aburrido, pudiera interesarse por el amor. También aquí se sintió impulsado a ver en este grave accidente los benéficos efectos de su buena estrella. Sin ese accidente, nunca habría tenido tiempo de mirar a Louise Poulin como ella se lo merecía.

Por lo demás, según Rateau, Louise no merecía en modo alguno que se la mirara. Pequeño e inquieto él mismo, sólo le gustaban las mujeres grandes.

—No sé lo que encuentras en esa hormiga —decía.

Louise, en efecto, era pequeña, oscura de piel, de pelo y de ojos; pero bien hecha y de bonita cara. Jonas, alto y macizo, se enternecía con la hormiga, tanto más porque ella era industriosa. La vocación de Louise era la actividad. Semejante vocación armonizaba felizmente con el gusto que Jonas tenía por la inercia y por sus ventajas. Al principio, Louise se entregó a la literatura, por lo menos mientras creyó que la emprosa editorial

interesaba a Jonas. Lo leía todo, sin orden, y en pocas semanas estuvo en condiciones de hablar de todo. Jonas la admiró y se consideró, definitivamente dispensado de leer él mismo, puesto que Louise le daba suficiente información y le permitía conocer lo esencial de los descubrimientos contemporáneos.

—Ya no hay que decir —afirmaba Louise— que tal persona es mala o fea, sino que ella se quiere mala o fea.

El matiz era importante y con él se corría el riesgo, por lo menos, como lo hizo notar Rateau, de llevar a la condenación al género humano. Pero Louise le cortó la palabra alegando que puesto que tanto la prensa del corazón como las revistas filosóficas sostenían esa verdad, ella era universal y no podía discutirse.

—Será como usted quiera —dijo Jonas, que se olvidó inmediatamente de este cruel descubrimiento para ponerse a soñar con su buena estrella.

Louise desertó de la literatura cuando comprendió que a Jonas sólo le interesaba la pintura. Se dedicó en seguida a las artes plásticas. Rocorrió museos y exposiciones, llevando consigo a Jonas, que no comprendía bien lo que pintaban sus contemporáneos y que se encontraba molesto en su sencillez de artista. Sin embargo, se alegraba de que ella lo informara tan bien sobre todo lo concerniento a su arte. Verdad es que al día siguiente se olvidaba hasta del nombre del pintor cuyas obras acababa de ver. Pero Louise tenía razón cuando le recordaba perentoriamente una de las certezas que ella había conservado de su período literario; es decir, que en realidad, nunca se olvidaba nada. Decididamente la buena estrella protegía a Jonas, que de esta manera podía acumular con la conciencia limpia las certezas de la memoria y las comodidades del olvido.

Pero los tesoros de dedicación que le prodigaba Louise resplandecían con sus luces más bellas en la vida cotidiana de Jonas. Aquel angel bueno le evitaba las compras de calzado, de trajes y de ropa blanca, que abrevian, para todo hombre normal, los días de una vida ya muy corta. Ella se hacía cargo resueltamente de las mil invenciones de la máquina de matar el tiempo, desde los impresos oscuros de la seguridad social hasta las disposiciones sin cesar renovadas del fisco.

—Sí —decía Rateau— desde luego; pero no puede ir a ver al dentista en tu lugar.

No, en efecto, ella no iba, pero telefoneaba y concertaba las citas en las mejores horas, se ocupaba de hacer vaciar el recipiente de basura, de reservar habitaciones en los hoteles de veraneo, de la provisión del carbón doméstico; compraba ella misma los regalos que Jonas doseaba ofrecer, elegía y enviaba las flores y todavía encontraba tiempo, algunas noches, para ir a la casa de Jonas, en ausencia de éste, y prepararle la cama que aquella noche él no tendría necesidad de abrir antes de acostarse.

Llevada por el mismo impulso, se metió también ella en aquella cama, luego se ocupó de concertar la cita con el alcalde, a la que hizo asistir a Jonas dos años antes de que se reconociera, por fin, su talento, y organizó el viaje de bodas de manora tal que pudieran visitar todos los museos; pero no sin antes haber encontrado, en plena crisis de la vivienda, un departamento de tres cuartos, en el que se instalaron al volver. En seguida fabricó uno tras otro a dos niños, un chico y una nena, de acuerdo con su plan, que era llegar hasta tres y que se cumplió al poco tiempo de haber abandonado Jonas la casa editora. para dedicarse por entero a la pintura.

Desde que dio a luz, por lo demás, Louise no se pudo dedicar sino a sus hijos. Procuró todavía ayudar al marido, pero le faltaba tiempo. Sin duda, lamentaba tener que descuidar a Jonas, pero su carácter decidido lo impedía detenerso en tales lamentaciones.

—Tanto peor —decía—; cada uno en su banco de trabajo —expresión que encantó a Jonas, pues, como todos los artistas de su época, deseaba que se lo tuviera por un artesano. El artesano quedó pues un poco descuidado y tuvo que comprarse él mismo los zapatos. Con todo, además de que esto estaba en la naturaloza misma de las cosas, Jonas se sintió tentado a felicitarse por ello. Claro está que tenía que hacer un esfuerzo para visitar las tiendas, pero quedaba recompensado por una de esas horas de soledad que tanto hacen por la felicidad de las parejas.

El problema del espacio vital era, de lejos, sin embargo, el más importante entre los problemas del hogar; pues el tiempo y el espacio se iban estrechando con igual movimiento alrededor de ellos. El nacimiento de los hijos, el nuevo oficio de Jonas, el espacio estrecho y la modestia de la

mensualidad, que le impedían comprar un departamento más amplio, solo dejaban un espacio restringido para la doble actividad de Louise y de Jonas. El departamento se hallaba en el primer piso de un antiguo palacio del siglo XVIII, en el barrio viejo de la capital. Muchos artistas vivían en las inmediaciones, fiels al principio de que en el arte la búsqueda de lo nuevo debe llevarse a cabo en un marco antiguo. Jonas, que compartía esta convicción, se regocijaba mucho de vivir en aquel barrio.

En todo caso, en punto a antiguo su departamento lo era. Pero ciertos arreglos muy modernos le habían conferido un aire original que consistía principalmente en que ofrecía a sus habitantes un gran volumen de aire, siendo así que el departamento mismo ocupaba una superficie muy reducida. Las diferentes piezas, peculiarmente altas y adornadas con soberbias ventanas, con seguridad habían sido destinadas antes, a juzgar por sus majestuosas proporciones, a la recepción y al aparato; pero las necesidades del hacinamiento urbano y de la renta inmobiliaria habían obligado a los sucesivos propietarios a cortar, mediante tabiques, esos aposentos demasiado vastos y a multiplicar por ese medio los poqueños espacios habitables que alquilaban a precios elevados a sus numerosos inquilinos. Y no hacían valer por lo que ellos llamaban «el importante *cubicaje* de aire». Y no podía negarse esta ventaja, sólo que había que atribuirla a la imposibilidad en que se habían visto los propietarios, de poner también tabiques en lo alto de las piezas. Si no fuera por tal imposibilidad no habrían vacilado en hacer los sacrificios necesarios para ofrecer algunos refugios más a la joven generación, particularrnente casamentera y prolífica en esta época. Por lo demás, el volumen de aire no presentaba sino ventajas. Tenía el inconveniente de que resultaba difícil calentar las piezas en invierno, lo que desgraciadamente obligaba a los propietarios a aumentar la cuota por concepto de calefacción. En verano, a causa de la vasta superficie que ocupaban los vidrios, el departamento estaba literalmente invadido por la luz: no había persianas. Los propietarios habían descuidado este detalle, desalentados probablemente por la altura de las ventanas y el precio de los carpinteros. Espesas cortinas, después de todo, podían desempeñar el mismo papel; y ellas no planteaban ningún problema en cuanto al precio del alquiler, puesto que correspondía ponerlas

al inquilino. A todo esto los propietarios no se negaban a ayudarlos, pues les ofrecían a precios imbatibles cortinas provenientes de sus propias tiendas. La filantropía inmobiliaria era, en efecto, su violín de Ingres. Por lo común, estos nuevos príncipes vendían desde el percal al terciopelo. Jonas se extasiaba ante las ventajas del departamento y había admitido sin trabajo los inconvenientes.

—Sea como usted quiera —dijo al propietario cuando se habló de la cuota suplementaria de la calefacción. En cuanto a las cortinas, aprobaba la idea de Louise, a quien le pareció suficiente colocarlas sólo en el dormitorio y dejar las otras ventanas como estaban.

—No tenemos nada que esconder —decía aquel corazón puro. A Jonas le había seducido especialmente la mayor de las habitaciones, cuyo cielo raso era tan alto que no cabía pensar en instalar allí una araña de luces. Desde la puerta exterior se entraba derechamente a ese gran aposento, que un corridor estrecho comunicaba con los otros dos cuartos, mucho más chicos y dispuestos en hilera. Al fondo del departamento la cocina se hallaba en las cercanías de los excusados y de un cuartito al que habían adornado con el nombre de «cuarto de duchas»; y en efecto podía pasar por tal cosa con la condición de que se instalara en él un aparato de duchas, de que se lo instalara en sentido vertical, y de consentir uno en recibir el chorro benéfico en una inmovilidad absoluta.

La altura verdaderamente extraordinaria de los cielos rasos y lo exiguo de los cuartos hacían de aquel departamento un extraño conjunto de paralelepípedos casi por completo cubiertos de vidrios. Todo eran puertas y ventanas, en que los muebles no podían encontrar apoyo y en que los seres, perdidos en medio de la luz blanca y violenta, parecían flotar como ludiones en un acuario vertical. Además, todas las ventanas daban al patio de abajo, es decir, que a poca distancia daban también a otras ventanas del mismo estilo, detrás de las cuales se divisaba casi inmediatamente el alto armazón de nuevas ventanas, que daban a un segundo patio.

—Es como una sala de espejos —decía Jonas encantado. Siguiendo el consejo de Rateau, habían decidido poner el dormitorio conyugal en una de las piecitas; la otra se destinaría al niño que ya se anunciaba. El cuarto grande servía de taller a Jonas durante el día, de cuarto común por la noche

y a las horas de las comidas. En rigor de verdad podían comer en la cocina misma, sieempre, claro está, que Jonas o Louise quisieran hacerlo de pie. Rateau por su parte había multiplicado las instalacionos ingeniosas. A fuerza de puertas corredizas, de anaqueles que desaparecían y de mesas plegadizas, había llegado a compensar aquel carácter raro de esos muebles al acentuar el aire de caja de sorpresas de este original departamento.

Pero cuando los cuartos estuvieron llenos de cuadros y de chicos, hubo que pensar sin tardanza en una nueva disposición. Antes del nacimiento del tercer hijo, en efecto, Jonas trabajaba en el cuarto grande. Louise tejía en el dormitorio conyugal, mientras los dos pequeños ocupaban la última habitación, donde hacían gran alboroto, y también andaban como podían por todo el departamento. Entonces decidieron instalar al recién nacido en un rincón del taller que Jonas aisló superponiendo sus telas a manera de biombo, lo que ofrecía la ventaja de tener siempre al niño al alcance del oído y de poder así responder a sus llamados. Por lo demás, Jonas nunca tenía necesidad de molestarse. Louise se le adelantaba. No esperaba a que el niño llorara para entrar en el taller, lo que hacía, empero, con mil precauciones y siempre de puntillas. Jonas, enternecido por esta discreción le aseguró un día a Louise que él no era tan sensible a las molestias y que podía muy bien trabajar con el ruido de sus pasos. Louise le respondió que también se trataba de no despertar al niño. Jonas, lleno de admiración por el corazon maternal que ella descubría de esta manera, se echó a reír. Pero era que de golpe no se atrevió a confesar que las prudentes intervenciones de Louise eran más molestas que una irrupción franca; y lo eran, primero porque duraban más y luego porque ella las ejecutaba según una mímica en la que Louise, con los brazos ampliamente extendidos, el torso un poco echado hacia atrás y el paso con los pies may en alto, no podía pasar inadvertida. Este método iba hasta contra sus intenciones confesadas, puesto que a cada momento Louise corría el peligro de derribar alguna de las telas de que estaba atestado el taller. El ruido despertaba entonces al niño, que manifestaba su descontento según sus medios, por lo demás bastante poderosos. El padre, encantado con las facultades pulmonares de su hijo, corría a mimarlo, pero pronto lo relevaba su mujer. Jonas levantaba

entonces las telas caídas y luego, con los pinceles en la mano, escuchaba embelesado la voz insistento y soberana del chico.

Aquel fue el momento también en que el éxito valió a Jonas muchos amigos. Esos amigos se manifestaban en el teléfono o en ocasión de visitas que nadie anunciaba. El teléfono que, después de maduro cálculo, se había colocado en el taller, sonaba a menudo, siempre en perjuicio del sueño del niño, que mezclaba sus gritos con la campanilla imperativa del aparato. Si por casualidad Louise estaba atendiendo a los otros chicos, ella se esforzaba por acudir con ellos, pero las más de las veces encontraba a Jonas sosteniendo al niño con un brazo y con la otra mano los pinceles y el receptor del teléfono, que le transmitía una afectuosa invitación a almorzar. Jonas se maravillaba de que quisieran almorzar con él cuya conversacion era trivial. Pero prefería salir por las noches, a fin de tener intacta su jornada. La mayor parte de las veces, por desgracia, el amigo solo disponía de la hora del almuerzo, y precisamente de ese almuerzo, y quería a toda costa reservarlo para el querido Jonas. El querido Jonas acoptaba.

—¡Como usted quiera! —y colgaba—. Ése sí que es amable —y pasaba el niño a Louise. Luego reanudaba el trabajo, pronto interrumpido por el almuerzo o la comida. Entonces había que apartar las telas, desplegar la mesa e instalarse con los niños. Durante la comida Jonas miraba con un ojo el cuadro que estaba pintando, y al principio por lo menos, encontraba que sus hijos eran un poco lentos en masticar y deglutir, lo que hacía durar excesivamente las comidas. Pero leyó en un diario que había que comer con lentitud para asimilar bien y desde entoncos encontró en cada comida motivos de prolongado regocijo.

Otras veces nuevos amigos lo visitaban. Rateau sólo iba a verlos después de cenar. Se pasaba el día en su escritorio y ademfis sabla que los pintores trabajan con la luz del día. Pero los amigos nuevos de Jonas pertenecían casi todos a la especie artista o a la especie crítico. Unos habían pintado, otros iban a pintar, y por fin los últimos se ocuparían de lo que se había pintado o de lo que se pintaría. Todos por cierto ponían por las nubes los trabajos del arte y so quejaban de la organización del mundo moderno, que hace tan difícil la realización de tales trabajos y el ejercicio, indispensable para el artista, de la meditación. Y se lamentaban durante

toda la tarde, mientras suplicaban a Jonas que continuara trabajando, que hiciera como si ellos no estuvieran allí, y que los tratara con toda libertad, ya que no eran burgueses y sabían lo que valía el tiempo de un artista. Jonas, contento por tener amigos capaces de admitir que pudiera trabajarse en su presencia, volvía a su cuadro, sin cesar de responder a las preguntas que le hacían o de reír por las anécdotas que le contaban.

Tanta naturalidad hacía que los amigos se sintieran cada vez más a sus anchas. El buen humor de ellos era tan real que se olvidaban de la hora de la comida. Los niños, en cambio, tenían mejor memoria. Acudían al taller, se mezclaban a la sociedad, chillaban, los visitantos se hacían cargo de ellos y los chicos iban saltando de rodilla en rodilla. Por fin la luz declinaba en el cuadrado de cielo que dibujaba el patio y Jonas dejaba los pinceles. No quedaba más remedio que invitar a los amigos a lo que hubiera en la olla, y que continuar hablando hasta altas horas de la noche, del arte, desde luego, pero sobre todo de los pintores sin talento, plagiarios o interesados, que no estaban presentes. A Jonas le gustaba levantarse temprano para aprovechar las primeras horas de la luz. Sabía que por la mañana siguiente le sería difícil hacerlo, que el desayuno no estaría preparado a tiempo y que él mismo se encontraría cansado. Pero también se alegraba de aprendor en una sola noche, tantas cosas que no podían dejar de serle útiles, aunque de manera invisible, en su arte.

—En el arte, como en la naturaleza, nada se pierde —decía—. Esto se debe a mi buena estrella.

A los amigos se agregaban a veces discípulos: es que Jonas ahora hacía escuela. Al principio se había sorprendido pues no veía qué cosa pudiera aprenderse de él, que tenía que descubrirlo todo. El artista que había en él se movía en las tinieblas; ¿cómo iba a enseñar los verdaderos caminos? Pero comprendió muy pronto que un discípulo no era por fuerza alguien que aspira a aprender algo. Por el contrario, lo más frecuente es que alguien se haga discípulo por el placer desinteresado de enseñar algo a su maestro. Desde entonces pudo aceptar con humildad este aumento de honores. Los discípulos de Jonas le explicaban largarmente lo que él había pintado y por qué lo había pintado. Jonas venía a descubrir así en su obra muchas intenciones que le sorprendían un poco y una multitud de cosas que no

había puesto en la tela. Se creía pobre y, gracias a sus alumnos, se encontraba de pronto rico. A veces, frente a tantas riquezas hasta entonces desconocidas, lo asaltaba una pizca de orgullo. «Así y todo, es cierto —se decía—, aquel rostro que está en el último plano es lo que verdaderamente se ve. No comprendo bien lo que quieren decir cuando hablan de *humanización indirecta*; sin embargo, con este efecto he ido bastante lejos». Pero pronto se liberaba de toda preocupación, atribuyendo a su buena estrella esta incómoda maestría.

—Es la estrella —decía— la que va lejos. Yo me quedo junto a Louise y a los chicos.

Los discípulos tenían además otro mérito: obligaban a Jonas a ser mucho más riguroso consigo mismo. En sus discursos lo ponian tan alto, y particularmente en lo tocante a su conciencia y a su capacidad de trabajo, que después de eso ya no le estaba permitida ninguna debilidad. Perdió así su vieja costumbre de mordisquear un trocito do azúcar o chocolate cuando había terminado un pasaje difícil y antes de reanudar el trabajo. En la soledad, a pesar de todo, habría cedido clandestinamrnte a esta debilidad, pero en este progreso moral se vio ayudado por la prosenoia casi constante de sus discípulos y amigos, ante los cuales le resultaba un poco molesto mordisquear chocolate y cuya interesante conversación no podía interrumpir, además, por manía tan pequeña.

Sus discípulos exigían también que permaneciera fiel a su estética. Jonas, que se esforzaba largamente para recibir, do cuando en cuando, una especie de chispa fugitiva en que la realidad surgía entonces a sus ojos en una luz virgen, tenía sólo una idea oscura de su propia estética. En cambio los discípulos tenían muchas ideas, contradictorias y categóricas. En ese punto no admitían bromas. A Jonas le habría gustado, a veces, invocar el capricho, ese humilde amigo del artista; pero el ceño fruncido de los discípulos frente a ciertas telas que se apartaban de la idea que ellos tenían, le obligaba a reflexionar un poco más sobre su arte, lo cual redundaba en beneficio suyo.

Por último, los discípulos ayudaban a Jonas de otra manera, al obligarle a que diera su opinión sobre las obras de ellos. En efecto, no pasaba día sin que le llevaran alguna tela apenas esbozada, que el autor ponía entre Jonas

y el cuadro que éste estaba pintando, a fin de beneficiar el esbozo con la mejor luz, Había que dar una opinión. Hasta esa época Jonas había tenido siempre la secreta vergüenza de su profunda incapacidad para juzgar una obra de arte. Con la excepción de unos pocos cuadros que lo transportaban y de los mamarrachos evidentemente groseros, todo le parecía por igual interesante e indiferente. Se vio pues obligado a armarse con un arsenal de juicios, tan variado como el número do sus discípulos pues, como todos los artistas de la capital, ellos tenían al fin de cuentas cierto talento y cuando estaban allí presentes, Jonas tenía que determinar matices bastante diferentes para satisfacer a todos. Esta feliz obligación lo llevó pues a hacerse de un vocabulario y de opiniones sobre su arte. La natural benevolencia de Jonas no quedó agriada por este esfuerzo. Comprendió rápidamente que sus discípulos no le pedían críticas, sino tan sólo palabras de aliento, y si era posible, de elogio. Lo único importante era que los elogios fueran diferentes. Jonas ya no se contentó con ser amable como de costumbre, sino que lo fue con ingeniosidad.

Así pasaba el tiempo de Jonas, que pintaba en medio de amigos y discípulos, sentados en sillas dispuestas ahora en filas concéntricas alrededor del caballete. A menudo aparecían también vecinos por las ventanas de enfrente y se agregaban a su público. Jonas discutía, cambiaba opiniones, examinaba las telas que le presentaban, sonreía a Louise cuando ella pasaba, consolaba a los niños y respondía calurosamente a los llamados telefónicos, sin abandonar nunca los pinceles con los que, de tiempo en tiempo, daba un toque al cuadro comenzado. En un sentido tenia la vida colmada, todas las horas ocupadas, y Jonas agradecía al destino que no le permitía conocer el tedio. En otro sentido, había que dar muchos toques, para terminar un cuadro, y a veces pensaba que el tedio tenía algo de bueno, puesto que uno podía evadirse de él mediante el trabajo encarnizado. En cambio, la producción de Jonas iba menguando a medida que sus amigos se hacían más interesantes. Hasta en las raras horas en que se encontraba completamente solo, Jonas se sentía demasiado cansado para trabajar afanosamente. Y en esas horas no podía sino imaginar una nueva organización que conciliara los placeres de la amistad y las virtudes del tedio.

Confió sus pensamientos a Louise, que, por su parte, se sentía inquieta ante el crecimiento de los dos hijos mayores y la estrechez de su habitación. Propuso entonces instalarlos en el cuarto grande, disimular la cama con un biombo y trasladar al nene a la piecita donde el teléfono ya no lo despertaría. Como el pequeño no ocupaba ningún lugar, Jonas podía hacer de esa piecita su taller. La grande serviría entonces para las recepciones del día. Jonas podría ir y venir, ver a los amigos que estaban en la sala o trabajar, seguro de que comprenderían su necesidad de aislamiento. Además, la necesidad de acostar a los hijos mayores permitiría abreviar las veladas.

—Soberbio —dijo Jonas, después de haber reflexionado.

—Y además —añadió Louise— si tus amigos se van temprano, nosotros podremos vernos un poco más.

Jonas la miró. Una sombra de tristeza pasaba por el rostro de Louise. Conmovido, la apretó contra sí y la besó con toda su ternura. Ella se abandonó y durante un instanto fueron felices como lo habían sido al principio de su matrimonio. Pero ella de pronto se sobresaltó: tal vez la pieza fuera demasiado pequeña para Jonas. Louise tomó un metro plegadizo y pronto descubrieron que, a causa del amontonamiento de vlas telas de Jonas y de sus alumnos, mucho más numerosas estas últimas, él trabajaba ordinariamente en un espacio apenas más grande que el que en adelante ocuparía. Jonas procedió a la mudanza sin pérdida de tiempo.

Y el caso era que su reputación crecía a medida que él trabajaba menos. Se esperaba y se celebraba de antemano cada exposición suya. Verdad es que un pequeño número de críticos, entre los cuales se encontraban dos de los visitantes habituales del taller, entibiaban con algunas reservas el calor de sus críticas. Pero la indignación de los discípulos compensaba con creces este pequeño contratiempo. Desde luego que, según afirmaban con vehemencia, estos últimos estimaban por encima de todo las telas del primer período, pero creían que las búsquedas actuales preparahan una verdadora revolución. Jonas se reprochaba la ligera impaciencia que sentía cada vez que se exaltaban sus primeras obras y agradecía los elogios con efusión. Sólo Rateau gruñía:

—¡Qué gente ridícula!... Te quieren inmóvil, como una estatua. Para ellos, está prohibido vivir.

Pero Jonas defendía a sus discípulos:

—Tú no puedes comprender —le decía a Rateau—. A ti te gusta todo lo que hago.

Rateau se reía:

—¡Diablos! No son tus cuadros lo que me gusta; es tu pintura.

En todo caso, los cuadros continuaban gustando y, después de una exposición recibida calurosamente, el comerciante propuso, por su propia iniciativa, un aumento de la mensualidad. Jonas aceptó, con vivas protestas de gratitud.

—Al oírlo hablar —dijo el comerciante—, uno creería que usted da importancia al dinero.

Tanta bondad conquistó el corazón del pintor. Sin embargo, al pedir al comerciante autorización para donar una tela, destinada a una venta de caridad, aquél se inquietó y quiso saber si se trataba de una caridad «que reportara beneficios». Jonas lo ignoraba. Entonces el comerciante prefirió que se atuvieran honestamente a los términos del contrato, que le acordaba el privilegio exclusivo de las ventas.

—Un contrato es un contrato —dijo.

En el de ellos no se había previsto la caridad.

—Será como usted quiera —dijo el pintor.

La nueva organización no aportó más que satisfacciones a Jonas. En efecto, pudo aislarse con bastante frecuencia para responder a las numerosas cartas que recibía ahora y que su cortesía no podia dejar sin respuesta. Unas se referían al arte de Jonas; otras, con mucho las más numerosas, a la persona del firmante, ya fuera que quisiera verse alentado en su vocación de pintor, ya fuera que pidiera un consejo o una ayuda financiera. A medida que el nombre de Jonas aparecía en los diarios, se le solicitó, como a todo el mundo, quo interviniera para denunciar injusticias que realmente sublevaban. Jonas respondía, escribía sobre arte, agradecía, daba consejos, se privaba de una corbata para enviar un pequeño socorro y firmaba las justas protestas que se sometían a su consideración.

—¿Ahora te dedicas a la política? Deja eso a los escritores y a las muchachas feas —decía Rateau. No, él no firmaba más que las protestas que se declaraban ajenas a todo espíritu de partido. Pero todas pretendían gozar de esta hermosa independencia. Al pasar las semanas, Jonas llevaba los bolsillos llenos de una correspondencia sin cesar descuidada y renovada. Respondía a las cartas más urgentes, que generalmente provenían de desconocidos, y guardaba para mejor ocasión las que exigían una respuesta más cómoda, es decir, las cartas de los amigos. Tantas obligaciones le impedían en todo caso holgazanear y mantenerse indiferente. Se sentía siempre en deuda, siempre culpable, aun cuando trabajaba, lo que ocurría de cuando en cuando.

Louise estaba cada vez más ocupada con los niños y se agotaba haciendo todo lo que él mismo, en otras circunstancias, hubiera podido hacer en la casa. Se sentía dolorido por ello. Después de todo, él trabajaba para satisfacer un gusto; ella en cambio llevaba la peor parte. Lo advertía bien cuando la veía ir de aquí para allá, sofocada.

—¡El teléfono! —gritaba el hijo mayor. Y Jonas dejaba allí su cuadro para volver con una invitación más y el corazón tranquilo.

—¡El gas! —aullaba un empleado en la puerta, que uno de los chicos le había abierto—. ¡Vamos, vamos!

Cuando Jonas se apartaba del teléfono o de la puerta, un amigo o un discípulo, o los dos a veces, lo seguían hasta el cuartito para terminar allí la conversación comenzada. Poco a poco todos se hicieron familiares del pasillo. Allí se quedaban charlando entre ellos, apelaban a Jonas como testigo desde lejos, o bien hacían una breve irrupción en la piecita.

—Aquí por lo menos —exclamaban los que entraban— se lo puede ver un poco y con comodidad.

Jonas se enternecia.

—Es verdad —decía—; al fin ya no nos vemos.

También sentía que decepcionaba a los que no veía y esto lo ponía triste. A menudo se trataba de amigos que él hubiera preferido ver; pero le faltaba tiempo. No podía aceptarlo todo. También su reputación se resentía por ello.

—Se ha vuelto orgulloso —decían— desde que tuvo éxito. Ya no ve a nadie.

O bien:

—No se ama más que a sí mismo.

No era cierto. Amaba su pintura, a Louise y a los chicos, a Rateau, y aun a algunos otros. Y además tenía simpatía por todos. Pero la vida es corta; el tiempo, rápido; y su energía tenía límites. Era difícil pintar el mundo y a los hombres y al propio tiempo vivir con ellos. Por otra parte, no podia quejarse ni explicar sus impedimentos, pues ahora lo golpeaban en el hombro diciéndole:

—¡Feliz muchacho, son los gajes de la gloria!

El correo pues se iba acumulando. Los discípulos no toleraban ningún relajamiento y acudía ahora a él la gente de mundo que, según creía Jonas, se interesaba por la pintura cuando, en realidad, podía apasionarse, como las demás gentes, por la familia real de Inglaterra o las huelgas gastronómicas. En verdad se trataba sobre todo de mujeres de mundo que tenían, sin embargo, una gran sencillez en sus maneras. Ellas mismas no compraban cuadros. Sólo llevaban a sus amigos a casa del artista, con la esperanza de que compraran en su lugar. En compensación, ayudaban a Louise, especialmente preparando té para todos los visitantes. Las tazas pasaban de mano en mano, recorrían el pasillo desde la cocina hasta el cuarto grande, volvían en seguida para posarse en el pequeño taller donde Jonas, en medio de un puñado de amigos y visitantes que bastaban para llenar la habitación, continuaba pintando hasta el momento en que tenía que dejar los pinceles para tornar, agradecido, la taza que una fascinanlte persona había llenado especialmente para él.

Bebía el té, contemplaba el esbozo que un discípulo acababa de colocar en el caballete, reía con los amigos, se interrumpía para pedir a uno de ellos que le hiciera el favor de despacharle el paquete de cartas que había escrito durante la noche, posaba para una fotografía y luego:

—¡Jonas, el teléfono!

Dejaba la taza, se abría camino, excusándose, entre la multitud que ocupaba el corredor, volvía, pintaba un rincón del cuadro, se detenía para responder a la persona fascinante de la que, por cierto, haría el retrato, y tornaba otra vez al caballete. Trabajaba, pero:

—¡Jonas, una firma!

—¿Qué es? —decía él—. ¿Está el cartero?

—No, es por los presidiarios de Cachemira.

—¡Vaya, vaya!

Entonces corría a la puerta para recibir a un joven amigo de aquellos hombres y su protesta; se preocupaba por saber si se trataba de algo político, firmaba después de haber recibido completas seguridades al mismo tiempo que una exhortación sobre los deberes que le creaban sus privilegios de artista y reaparecía para que le presentaran, sin que él pudiera comprender el nombre, a un boxeador recientemente victorioso o al más grande dramaturgo de un país extranjero. El dramaturgo se le ponía delante durante cinco minutos y le expresaba, con miradas emocionadas, lo que su ignoranoia del francés no le permitía decir más claramente, mientras Jonas meneaba la cabeza con sincera simpatía. Felizmente esta situación sin salida se resolvía con la irrupción del último predicador de moda, que quería ser presentado al gran pintor. Jonas, encantado, decía que lo estaba, se palpaba el paquete de cartas que tenía en el bolsillo, empuñaba los pinceles, se preparaba a proseguir el trabajo, pero primero tenía que agradecer el par de *setters* que le llevaban en aquel preciso instante; iba a dejarlos al dormitorio conyugal, volvía para aceptar la invitación a almorzar de la donante, volvía a salir al oír los gritos de Louise, para verificar, sin duda posible, que los *setters* no ostaban hechos para vivir en un departamento, y los llevaba entonces al cuarto de duchas, donde ellos aullaban con tanta perseverancia que la gente terminaba por no oírlos más. De cuando en cuando, por encima de las cabezas, Jonas veía la mirada de Louise y le parecía que esa Mirada era triste. Por fin el día terminaba, algunos visitantes se marchaban y otros permanecían en el cuarto grande, mirando enternecidos como Louise acostaba a los niños, ayudada gentilmente por una elegante de sombrero, que se manifestaba desolada por tener que marcharse en seguida a su palacio, donde la vida, dispersa en dos pisos, era tanto menos íntima y calurosa que en casa de los Jonas.

Un sábado por la tarde, Rateau llevó a Louise un ingenioso socador de ropa blanca, que podia instalarse en el cielo raso de la cocina. Encontró el departamento atestado de gente y en la piecita, rodeado de conocedores, a Jonas, que pintaba a la donante de los perros, mientras, al mismo tiempo, un

artista oficial lo pintaba a él. Según Louise, ese artista estaba pintando el cuadro por encargo del estado.

—Será *El artista en el trabajo*.

Rateau se retiró a un rincón de la pieza, para mirar a su amigo. visiblemente absorto en su esfuerzo. Uno de los conocedores, que nunca había visto a Rateau, se inclinó hacia él y le dijo:

—Tiene buena cara, ¿no?

Rateau no respondió.

—Usted pinta, ¿no? Yo también. Bueno, créame, va declinando.

—¿Ya? —dijo Rateau.

—Sí, es el éxito. No se puede resistir el éxito. Está terminado.

—¿Declina o está terminado?

—Un artista que declina está terminado. Mire, ya no tiene nada que pintar. Ahora lo pintan a él y lo colgarán en una pared.

Luego, a mitad de la noche, en el dormitorio conyugal, Louise, Rateau y Jonas, éste de pie, los otros dos sentados en un ángulo de la cama, permanecían en silencio. Los niños dormían; los perros estaban en el campo, Louise acababa de lavar la abundante vajilla que Jonas y Rateau habían secado. El cansancio era agradable.

—Tomen una sirvienta —había dicho Rateau frente a la pila de platos. Pero Louise, con melancolía, había preguntado:

—¿Dónde la pondríamos?

Ahora estaban callados.

—¿Estás contento? —preguntó de pronto Rateau. Jonas sonrió, pero tenía aire fatigado.

—Sí, todo el mundo es amable conmigo.

—No —dijo Rateau—, desconfía. No todos son buenos.

—¿Quiénes?

—Tus amigos pintores, por ejemplo.

—Sí, lo sé —dijo Jonas—: pero muchos artistas son así. No están seguros de que existen, ni siquiera los más grandes. Entonces buscan pruebas, juzgan, condenan. Eso los fortifica. Es un comienzo de existencia. ¡Están solos!

Rateau sacudía la cabeza.

—Créeme —dijo Jonas-. Los conozco bien. Hay que quererlos.

—¿Y tú? Tú existes, pues. Nunca hablas mal de nadie.

Jonas se echó a reír.

—¡Oh, a menudo pienso mal! Sólo que me olvido.

Luego se puso serio.

—No, no estoy seguro de existir; pero existiré. De eso sí estoy seguro.

Rateau preguntó a Louise qué pensaba de aquello. Ella salió de su cansancio, para decir que Jonas tenía razón. La opinión de sus visitantes no tenía importancia. Lo único que importaba era el trabajo de Jonas. Ella se daba cuenta muy bien de que el niño lo molestaba; por lo demás ya iba creciendo. Habría que comprar un diván, que ocuparía lugar. ¡Cómo hacer mientras esperaban a encontrar un departamento más amplio! Jonas contemplaba el dormitorio conyugal. Claro está que eso no era lo ideal. La cama era muy ancha; pero el cuarto quedaba vacío todo el día. Se lo dijo a Louise, que se puso a reflexionar. En aquel cuarto, por lo menos, nadie molestaría a Jonas; nadie se atrevería, en todo caso, a acostarse en la cama.

—¿Qué le parece? —preguntó a su vez Louise a Rateau. Éste miraba a Jonas y Jonas contemplaba las ventanas de enfrente. Luego lrvantó los ojos hacia el cielo sin estrellas y fue a correr las cortinas. Cuando volvió sonrió a Rateau y se sentó cerca de él en la cama, sin decir nada. Louise, visiblemente extenuada, declaró que iba a ducharse. Cuando los dos amigos se quedaron solos, Jonas sintió que el hombro de Rateau tocaba el suyo. No lo miró, pero dijo:

—Me gusta pintar. Quisiera pintar mi vida entera, noche y día. ¿No es una suerte eso?

Rateau lo miraba con ternura.

—Sí —dijo—, es una suerte.

Los hijos crecían y Jonas se sentía feliz de verlos alegres y vigorosos. Iban a la escuela y volvían a las cuatro de la tarde. Jonas podía gozar de su presencia todavía los sábados por la tarde, los jueves y también durante las frecuentes y largas vacaciones. Aún no eran lo bastante crecidos para jugar juiciosamente, pero se mostraban lo bastante robustos para llenar el departamento con sus disputas y risas. Había que calmarlos, amenazarlos y, a veces, hasta simular pegarles. También había que mantenerles limpia la

ropa blanca y pegarles los botones. Louise ya no podía con todo. Puesto que no era posible alojar a una sirvienta, ni tampoco introducirla en la estrecha intimidad en que vivían, Jonas sugirió que recurrieran a la ayuda de la hermana de Louise, Rose, que se había quedado viuda con una hija ya grande.

—Sí —dijo Louise—, con Rose no nos sentiremos molestos. La echaremos cuando queramos.

Jonas se alegró de esta solución, que aliviaría a Louise, al mismo tiempo que a su propia conciencia, que se sentía culpable frente al cansancio de su mujer. El alivio fue aun mayor de lo que pensaban, pues la hermana llevaba con frecuencia a su hija como refuerzo. Las dos tenían el mejor corazón del mundo. La virtud y el desinterés rebosaban en su naturaleza honesta. Hicieron lo imposible para ayudar en los trabajos de la casa y no repararon en el tiempo que pasaban allí. Les ayudó en esto el tedio de sus vidas solitarias y el placer de la actividad que encontraban en casa de Louise. Como lo habían previsto, nadie, en efecto, se sintió molesto y las dos mujeres desde el primer día estuvieron verdaderamente como en su casa. La habitación grande se convirtió a la vez en comedor, cuarto de costura y escuela de niños. La piecita, en la que dormía el ultimo de los chicos, servía para almacenar las telas y un catre en el que a veces dormía Rose, cuando se encontraba allí sin su hija.

Jonas ocupaba el dormitorio oonyugal y trabajaba en el espacio que separaba la cama de la ventana. Únicamente tenía que esperar que le ordenaran el cuarto después del de los niños. Luego ya no iban a molestarlo más que para buscar alguna pieza de ropa blanca, porque el único armario de la casa estaba allí. Los visitantes, por su parte, aunque un poco menos numerosos, habían conservado sus costumbres, de manera que contra la esporanza de Louise, no vacilaban en acostarse en la cama conyugal para charlar mejor con Jonas. Los chicos iban también a dar un beso a su padre.

—Muéstranos lo que pintas.

Jonas lo hacía y los besaba con ternura. Al despedirlos, sentía que ellos ocupaban todo el espacio de su corazón, plenamente, sin restricciones. Sin ellos, todo sería vacío y soledad. Los amaba tanto como a su pintura; porque eran lo único del mundo que estaba tan vivo como ella.

Sin embargo, Jonas trabajaba menos y él no sabía la razón. Siempre era asiduo en el trabajo, pero ahora encontraba dificultades en pintar, aun en los momentos de soledad. Pasaba esos momentos contemplando el cielo. Siempre había sido distraído y absorto. Ahora se hacía soñador. Pensaba en la pintura, en su vocación, en lugar de pintar. «Me gusta pintar», se decía aún, y la mano que sostenía el pincel le pendía a lo largo del cuerpo, mientras él escuchaba la música de una radio lejana.

Al mismo tiempo, iba rebajándose su reputación. Le llevaban artículos reticentes, otros malos; y algunos tan malévolos que se le apretaba el corazón. Pero Jonas se decía que también podía obtenerse beneficio de aquellos ataques, que lo obligarían a trabajar mejor. Los que continuaban visitándolo lo trataban con menos deferencia, como a un viejo amigo con el que no había por qué molestarse. Cuando quería volver a su trabajo, le decían:

—Bah, tienes tiempo.

Jonas sentía que en cierto modo ellos lo anexaban a su propio fracaso; pero en otro sentido esta solidaridad nueva tenía algo de bienhechor. Rateau se encogía de hombros.

—Eres demasiado tonto. No te quieren nada.

—Sí, ahora me quieren un poco —respondía Jonas—. ¡Un poco de amor es enorme! ¡Qué importa de qué manera lo obtiene uno?

Continuaba pues hablando, escribiendo cartas y pintando como podía. De tiempo en tiempo pintaba realmente, sobro todo los domingos por la tarde, cuando los niños salían con Louise y Rose. Por la noche se sentía alegre por haber adelantado un poco en el cuadro que pintaba. En esa época pintaba cielos.

El día en que el comerciante le hizo saber que lamentándolo mucho y frente a la disminución sensible de las ventas, se veía obligado a reducirle la mensualidad, Jonas estuvo de acuerdo, pero Louise se mostró inquieta. Corría el mes de setiembre y había que vestir a los chicos para el comienzo de las clases. Ella misma puso manos a la obra, con su ánimo habitual, pero pronto vio que era tarea superior a sus fuerzas. Rose, que podía pegar botones, no era costurera. Pero la prima de su marido sí lo era y ella fue a ayudar a Louise. De cuando en cuando, la mujer iba a la habitación de

Jonas y se sentaba en un rincón, donde permanecía trabajando silenciosa y tranquila. Tan tranquila que hasta Louise sugirió a Jonas que pintara una *Obrera*.

—Buena idea —dijo Jonas. Probó, echó a perder dos telas. Luego volvió a un cielo comenzado. Al día siguiente se paseo durante largo rato por el departamento y reflexionó en lugar de pintar. Un discípulo, todo acalorado, fue a mostrarle un largo artículo, que Jonas no habría leído de no ser por él, en el que se enteró de que su pintura se había agotado; el comerciante le telefoneó para manifestarle aun su inquietud frente a la curva de las ventas. Jonas continuaba sin embargo soñando y reflexionando. Dijo al discípulo que había algo de verdad en el artículo, pero que él, Jonas, podía contar aún con muchos años de trabajo. Al comercianto le respondió que comprendía su inquietud, pero que no la compartía. Tenía que hacer ahora una gran obra, verdaderamente nueva. Todo iba a empezar otra vez. Al hablar sentía que estaba diciendo la verdad y que su buena estrella seguía presente. Todo se arreglaría con una buena organización.

En los días que siguieron, Jonas intentó trabajar en el corredor, luego en el cuarto de duchas, con luz eléctrica; un día después, en la cocina. Pero por primera vez le molestaba la gente que encontraba por todas partes, los que conocía apenas y los suyos, a quienes quería. Durante algún tiempo suspendió el trabajo y reflexionó. Habría pintado motivos naturales si la estación se hubiera prestado a ello, pero desgraciadamente iba a comenzar el invierno; era difícil hacer paisajes antes de la primavera. Sin embargo probó y luego renunció al intento: el frío le penetraba hasta el corazón. Vivió muchos días con sus telas, sentado junto a ellas las más veces o bien plantado frente a la ventana. Ya no pintaba. Entonces tomó la costumbre de salir por las mañanas. Su proyecto era hacer el croquis de un detalle, de un árbol, de una casa oblicua, de un perfil tomado al pasar. Al cabo del día no había hecho nada. En cambio cedía ante la menor tentación: los diarios, un encuentro, los oscaparates, el calor de un café. Cada noche tenía que inventar buenas excusas para apaciguar su no limpia conciencia. Iba a pintar, eso era seguro, y a pintar mejor, después de este período de aparente vacío. El proceso se maduraba adentro; allí estaba todo. La estrella volvería a salir, resplandeciente; limpia, de entre esas brumas oscuras. Mientras

tanto, ya no abandonaba los cafés. Había descubierto que el alcohol le procuraba la misma exaltación que los días de trabajo intense en los tiempos en que él pensaba en su cuadro con esa ternura y ese calor que nunca había sentido sino ante sus hijos. Al segundo coñac volvía a encontrar en él aquella emoción punzante que lo hacía a la vez amo y servidor del mundo. Sólo que ahora gozaba de ella en el vacío, con las manos ociosas, sin hacerla pasar a una obra. Pero era eso lo que más se aproximaba a la alegría por la que él vivía, y se pasaba entonces largas horas sentado, soñando, en lugares llenos de humo y bullicio.

Sin embargo, huía de los lugares y los barrios frecuentados por los artistas. Cuando encontraba a algún conocido que le hablaba de su pintura, le sobrecogía un miedo pánico. Quería huir. Eso se notaba y entonces huía. Sabía lo que decían a sus espaldas:

—Se cree un Rembrandt.

Y su malestar crecía. En todo caso, ya no sonreía y sus antiguos amigos sacaban de esto una conclusión singular, pero inevitable:

—Si ya no sonríe, eso quiere decir que está muy orgulloso de sí mismo.

Sabiéndolo, Jonas se hacía cada voz más huidizo y sombrío. Al entrar en un café le bastaba tener el sentimiento de que alguno de los concurrentes lo había reconocido, para que todo se oscureciera. Permanecía un segundo allí, inmóvil, impotente y lleno de un extraño fastidio, con el rostro cerrado sobre su turbación, y también sobre una súbita y ávida necesidad de amistad. Pensaba en la Mirada buena de Rateau y salía bruscamente.

—Eres un fanfarrón —dijo alguien muy cerca de él, en el momento de desaparecer.

Sólo frecuentaba ahora los barrios alejados del centro, donde nadie lo conocía. Allí podía hablar, sonreir, y su benevolencia retornaba. Allí nadie le preguntaba nada. Se hizo de algunos amigos poco exigentes. Le gustaba en especial la compañía de uno de ellos que le servía en el restaurante de una estación donde solía ir. Aquel mozo le había preguntado «qué hacía en la vida».

—Soy pintor —había respondido Jonas.

—¿Artista pintor o pintor de paredes?

—Artista.

—¡Ah! —había dicho el otro—. Es oficio difícil.

Y ya no habían hablado más del asunto. Sí, era difícil, pero Jonas iba a salir adelante, una vez que hubiera organizado su trabajo. En el azar de los días y de las copas tuvo otros encuentros; algunas mujeres lo ayudaron. Podía hablarles antes o después del amor y sobre todo jactarse un poco; ellas lo comprendían, aun cuando no quedaran convencidas. A veces le parecía que le volvía su antigua fuerza. Un día, en que se sintió alentado por una de sus amigas, se decidió. Volvió a su casa, intentó trabajar de nuevo en el dormitorio estando ausente la costurera. Pero al cabo de una hora dejó la tela, sonrió a Louise sin verla y salió. Bebió el día entero y pasó la noche en casa de su amiga, sin encontrarse por lo demás en condiciones de desearla. Por la mañana lo recibió el dolor vivo, con el rostro deshecho, en la persona de Louise. Ella quería saber si había poseído a aquella mujer. Jonas dijo que no lo había hecho, pues estaba ebrio, pero que antes habia poseído a otras. Y por primera vez, con el corazon desgarrado, le vio a Louise ese rostro de ahogada que dan la sorpresa y el exceso de dolor; descubrió entonces que no había pensado en ella durante todo aquel tiempo y tuvo vergüenza. Le pidió perdón, aquello estaba terminado. Mañana todo volvería a comenzar como antes. Louise no podía hablar y se volvió para ocultar las lágrimas.

Al día siguiente, Jonas salió muy temprano. Llovía. Cuando volvió, calado hasta los huesos, cargaba con unas tablas. En casa de Jonas, dos viejos amigos que habían ido en busca de noticias, tomaban café en el cuarto grande.

—Jonas va a cambiar de estilo. Ahora pintará en madera —dijeron. Jonas sonreía.

—No es eso. Pero doy comienzo ahora a algo nuevo.

Se fue al pequeño corredor que comunicaba al cuarto de duchas, los excusados y la cocina. En el ángulo derecho que formaban los dos corredores se detuvo y consideró largamente la altura de la pared, que se elevaba hasta el cielo raso oscuro. Le hacía falta un escabel, que fue a buscar abajo a la casa del portero.

Cuando subió, había algunas personas más, de modo que tuvo que luchar contra el afecto de sus visitantes, encantados de volver a verlo, y las preguntas de su familia, para llegar al extremo del corredor. Louise salía en

ese momento de la cocina. Jonas, dejando el escabel en el suelo la apretó fuertemente contra sí. Louise lo miraba.

—Te ruego que no volvarnos a comenzar —dijo.

—No, no —dijo Jonas—. Voy a pintar. Es menester que pinte.

Pero parecía hablarse a sí mismo. Su mirada estaba en otra parte. Puso manos a la obra. A la altura media de las paredes construyó un piso de madera, para tener así una especie de andamio estrecho, aunque alto y profundo. Al fin de la tarde todo estaba terminado. Ayudándose con el escabel, Jonas se colgó del piso del andamio y para probar la solidez del trabajo, dio algunos tirones. Luego se mezcló con los demás y todos se alegraron de encontrarlo de nuevo tan afectuoso. Por la noche, cuando la casa quedó relativamente vacía, Jonas tomó una lámpara de petróleo, una silla, un taburete y un marco. Subió todo al sobradillo, bajo la mirada intrigada de las tres mujeres y de los niños.

—¿Veis? —dijo desde lo alto de su andamio—. Aquí trabajaré sin molestar a nadie.

Louise preguntó si estaba seguro de ello.

—Pero claro —dijo él—. Me hace falta poco lugar. Aquí estaré más libre. Hubo grandes pintores que pintaban a la luz de la vela y…

—¿Es suficientemente sólido el andamio?

Lo era.

—Quédate tranquila —dijo Jonas—. Es una buena solución.

Y volvió a bajar.

Al día siguiente, a primera hora trepó al altillo, se sentó, puso el marco sobre el taburete, parado contra la pared y esperó sin encender la lámpara. Los únicos ruidos que oía directamente le llegaban de la cocina o de los excusados. Los otros rumores parecían lejanos y las visitas, la campanilla de la entrada o del teléfono, las idas y venidas, las conversaciones, le llegaban a medias ahogadas, como si vinieran de la calle o del otro patio. Además, mientras todo el departamento estaba invadido por una luz cruda, la sombra era allí sedante. De cuando en cuando un amigo se llegaba hasta él y se quedaba bajo el altillo.

—¿Qué haces allí, Jonas?

—Trabajo.

—¿Sin luz?

—Sí, por ahora sin luz.

No pintaba, pero reflexionaba. En la sombra y en ese semisilencio que, por comparación con lo que antes había vivido, le parecia el del desierto o el de la tumba, escuchaba su corazón. Los ruidos que llegaban hasta el sobradillo ya no parecían tener ninguna relación con él, aun cuando se dirigieran a él. Era como esos hombres que mueren solos, en su casa, en medio del sueño, y cuando llega la mañana los llamados telefónicos resuenan febriles e insistentes en la morada desierta, junto a un cuerpo sordo para siempre. Pero él vivía, escuchaba en sí mismo aquel silencio y esperaba que resplandeciera su buena estrella, todavía oculta, pero que se preparaba a ascender de nuevo, a surgir por fin inalterable, por encima del desorden de aquellos días vacíos.

—Brilla, brilla —decía Jonas—. No me prives de tu luz.

Estaba seguro de que iba a brillar de nuevo; pero era necesario que todavía él reflexionara un poco más, puesto que al fin se le había ofrecido la posibilidad de estar solo, sin separarse de los suyos. Tenía que descubrir lo que todavía no había comprendido claramente, aunque lo hubiera sabido siempre, aunque siempre hubiera pintado como si lo supiera. Tenía que apoderarse por fin de ese secreto, que no era sólo el del arte, como bien lo comprendía. Por eso no encendía la lámpara. Ahora cada día Jonas subía a su altillo. Los visitantos se hicieron más escasos. Louise, preocupada, se prestaba poco a la conversación. Jonas bajaba para las comidas y volvía a subir al andamio. Allí se quedaba inmóvil, en medio de la oscuridad, todo el día. Por la noche so reunía con su mujer, ya acostada. Al cabo de algunos días rogó a Louise que le pasara el almuerzo, lo que ella hizo con un cuidado que enterneció a Jonas. Para no molestarla en otras ocasiones, le sugirió que le preparara algunas provisiones que el depositaría en el andamio. Poco a poco ya no bajaba en todo el día; pero apenas comía de las provisiones.

—Pasaré la noche aquí.

Louise lo miraba con la cabeza echada hacia atrás. Abrió la boca y luego se quedó callada. Se limitó a examinar a Jonas con expresión inquieta y triste. Él vio de pronto hasta qué punto su mujer había envejecido y hasta

qué punto la fatiga de la vida de ambos había mordido en ella. Pensó entonces que él no la había ayudado realmente nunca. Pero antes de que pudiera hablar, ella le sonrió con una ternura que le apretó el corazón.

—Como quieras, querido —dijo Louise.

Desde entonces, Jonas pasó las noches en el altillo, del que casi nunca bajaba. De golpe la casa se vació de sus visitantes, puesto que ya no se podía ver a Jonas ni de día ni de noche. A algunos se les decía que estaba en el campo; a otros, cuando se cansaron de mentir, que había encontrado un taller. Sólo Rateau seguía yendo fielmente. Trepaba al escabel y su gran cabeza sobrepasaba el nivel del piso.

—¿Cómo estás? —decía.

—Muy bien.

—¿Trabajas?

—Muchísimo.

—Pero, no tienes tela.

—Así y todo trabajo.

Era difícil prolongar este diálogo desde el escabel y desde el altillo. Rateau meneaba la cabeza, bajaba, ayudaba a Louise reparando las cañerías o alguna cerradura. Luego, sin subir al escabel, iba a despedirse de Jonas, que respondía desde la sombra.

—Salud, viejo hermano.

Una noche, Jonas agregó un «Gracias» a su saludo.

—¿Por qué gracias?

—Porque me quieres.

—Gran novedad —dijo Rateau. Y se marchó.

Otra noche Jonas llamó a Rateau, que acudió al punto. Por primera vez la lámpara estaba encendida. Jonas se inclinaba, con expresión ansiosa, fuera del andamio.

—Pásame una tela —dijo.

—Pero, ¿qué tienes? Has enflaquecido. Pareces un fantasma.

—Es que apenas como desde hace muchos días. No es nada. Ahora tengo que trabajar.

—Come primero.

—No, no tengo hambre.

Rateau le llevó una tela. En el momento de desaparecer en el altillo, Jonas le preguntó:

—¿Cómo están?

—¿Quiénes?

—Louise y los chicos.

—Están bien; pero estarían mejor si tú estuvieras con ellos.

—Yo no los abandono. Díles sobre todo que no los abandono.

Y desapareció. Rateau fue a manifestarle su inquietud a Louise. Ésta le confesó que estaba atormentada desde hacía muchos días.

—¿Cómo hacer? ¡Ah, si pudiera trabajar en su lugar!

Miró de frente a Rateau con expresión desdichada.

—No puedo vivir sin él —le dijo. Tenía de nuevo aquel rostro de muchacha que sorprendió a Rateau. Él se dio cuenta entonces de que Louise se había ruborizado.

La lámpara permaneció encendida durante toda la noche y toda la mañana del día siguiente. A los que se llegaban hasta allí, a Rateau o a Louise, Jonas les respondía:

—Déjame. Estoy trabajando.

A mediodía pidió petróleo. La lámpara que palidecía. brilló de nuevo con vivos destellos, hasta la noche. Rateau se quedó a cenar con Louise y los niños. A medianoche fue a saludar a Jonas. Frente al altillo, siempre iluminado, esperó un rato, luego se fue sin decir nada. Por la mañana del segundo día, cuando Louise se levantó, la lámpara seguía aún encendida.

Comenzaba un hermoso día, pero Jonas no se daba cuenta de ello. Había vuelto la tela contra la pared. Exhausto, esperaba sentado, con las manos abiertas sobre los rodillas. Se decía que ahora no trabajaría nunca más. Se sentía feliz. Oía los gritos de los niños, ruidos de agua, el tintinear de la vajilla. Louise hablaba. Los grandes vidrios vibraban al paso de un camión por la avenida. El mundo estaba todavía allí joven, adorable; Jonas escuchaba el hermoso rumor que hacen los hombres. De tan lejos ese rumor no contrariaba a la alegre fuerza que había en él, su arte, los pensamientos que no podia expresar, silenciosos para siempre, pero que lo elevaban por encima de todas las cosas en un aire libre y vivo. Los niños corrían a través de las piezas, la nenita se reía. Louise también; eran risas que hacía mucho

que no oía. ¡Él los quería! ¡Cómo los quería! Apagó la lámpara, y, en la oscuridad que sobrevino, allí, ¿no estaba su estrella, que siempro brillaba? Era ella, la reconocía con el corazón lleno de gratitude y la contemplaba aún cuando su cuerpo se desplomó sin ruido.

—No es nada —declaraba poco después el médico que habían llamado —. Trabaja demasiado. Dentro de una semana estará en pie.

—¿Está seguro de que se curará? —preguntaba Louise con el rostro deshecho.

—Se curará.

En la otra habitación, Rateau miraba la tela, enteramente en blanco, en cuyo centro Jonas había escrito, con caracteres muy menudos, tan sólo una palabra que podía descifrarse, pero que no se sabía si leer como *solitario* o *solidario*.

LA PIEDRA QUE CRECE

El automóvil dobló pesadamente por el camino de arcilla roja, ahora borroso. En la oscuridad de la noche y a un lado del camino, luego al otro, los faros recortaron de pronto dos casuchas de madera con techo de chapa. Cerca de la segunda, a la derecho, se distinguía, a través de la ligera niebla, una torre hecha de toscos maderos. Desde lo alto de la torre salía un cable metálico, invisible en su punto de enganche, pero que centelleaba a medida que descendía a la luz de los faros, para desaparecer luego detrás del barranco que cortaba el camino. El coche disminuyó la velocidad y se detuvo a algunos metros de las casuchas.

El hombre que salió de él y que iba sentado a la derecha del chofer se arrancó trabajosamente de la portezuela. Una vez de pie, se tambaleó un poco en su enorme cuerpo de coloso. En la zona oscura cerca del coche, agobiado por el cansancio, plantado pesadamonto en el suelo, parecía escuchar el ruido acompasado del motor. Luego se dirigió hacia el barranco y entró en el cono luminoso do los faros. Se detuvo en lo alto de la cuesta, mientras las espaldas enormes se le dibujaban en la noche. Al cabo de un instante se volvió. La cara negra del chofer brillaba por encima del tablero del automóvil y sonreía. El hombre le hizo una señal;el chofer cortó el contacto del motor. Inmediatamente un profundo silencio fresco cayó sobre el camino y la selva. Entonces se oyó el rumor de las aguas.

El hombre miraba al río, hacia abajo, señalado únicamente por un amplio movimiento de oscuridad, salpicado de brillantes escamas. Una noche más densa y cuajada, a lo lejos, del otro lado, debía de ser la orilla. Sin embargo, mirando bien se distinguía en la otra orilla inmóvil, una llama amarillenta, como de un velón lejano. El coloso se volvió hacia el coche y sacudió la cabeza. E1 chofer apagó los faros; los encendió; luego los hizo parpadear con regularidad. Al borde del barranco el hombre aparecía, desaparecía, más grande y más macizo a cada resurroeción. De pronto, desde la otra orilla del río y en el extremo de un brazo invisible, se elevó una linterna muchas veces en el aire. A una última señal del que acechaba, el chofer apagó definitivamente los faros. El automóvil y el hombre

desaparecieron en la noche. Con los faros apagados, el río era casi visible o, por lo menos, se veían algunos de sus largos músculos líquidos, que brillaban a intervalos. A cada lado del camino se dibujaban las masas oscuras de la selva, sobre el cielo, y parecían muy cercanas. La llovizna que había empapado el camino una hora antes, flotaba aún en el aire tibio, hacía pesado el silencio, y la inmovilidad de aquel gran claro en medio de la selva virgen. En el cielo negro temblaban estrellas empañadas.

Pero desde la otra orilla llegaron ruidos ahogados de cadenas y de chapoteo. Por encima de la casucha, a la derecha del hombre que continuaba esperando, el cable se puso tenso. Comenzó a recorrerlo un sordo rechinar, al tiempo que, desde el río, subía un ruido a la vez vasto y débil, de aguas surcadas. El rechinar se uniformó, el ruido de agua se hizo aun más amplio; luego, más preciso mientras la linterna crecía. Ahora se distinguía claramente el halo amarillento que la rodeaba. El círculo de luz se dilataba poco a poco para luego volver a encogerse, mientras la linterna brillaba a través de la bruma y comenzaba a iluminar, por encima y alrededor de ella, una especie de techo cuadrado, de palmeras secas, sostenido en los cuatro ángulos por gruesas cañas de bambú. Aquel tosco techado, alrededor del cual se agitaban confusas sombras, avanzaba con lentitud hacia la costa. Cuando estuvo aproximadamente en medio del río, desde la orilla se distinguieron con toda claridad, recortados en la luz amarilla, tres hombrecillos de torso desnudo, casi negros, tocados con sombreros cónicos. Permanecían inmóviles, sobre las piernas ligeramonte separadas, con el cuerpo un poco inclinado para compensar la fuerza de la corriente del río, que luchaba con todas sus aguas invisibles, contra el costado de una gran almadía tosca, que fue lo último en surgir de entre la noche y las aguas. Cuando la balsa se acercó un poco más, el hombre distinguió, detrás del sobradillo y del lado de río abajo, a dos negrazos tocados ellos también con amplios sombreros de paja y vestidos sólo con pantalones de lienzo. Uno junto al otro, aplicaban toda la fuerza de sus músculos a unas largas pértigas que hundían lentamente en el río, en la parte trasera de la almadía, mientras los negros, con el mismo movimiento lento, se inclinaban por encima de las aguas, hasta el límite extremo del equilibrio. Adelante los tres mulatos, inmóviles, silenciosos, contemplaban

cómo se les acercaba la orilla, sin levantar los ojos hacia el que los esperaba.

La jangada chocó de pronto contra un embarcadero que sobresalía en el agua y que la linterna, oscilante por el choque, sólo en ese momento vino a revelar. Los negrazos se quedaron inmóviles, con las manos por encima de la cabeza, apoyadas en el extremo de las pértigas apenas hundidas, pero con los músculos tensos y recorridos por un estremecimiento contínuo que parecía provenir del agua misma y de su fuerza. Los otros echaron cadenas alrededor de los postes del embarcadero, saltaron a las tablas y tendieron una especie de puente levadizo rústico que cubría, a manera de plano inclinado, la parte delantera de la balsa.

El hombre se fue hasta el coche y se metió en él, mientras el chofer ponía el motor en marcha. El automóvil avanzó lentamente hacia el barranco, levantó el *capot* hacia el cielo, luego volvió a bajarlo hacia el río y atacó la pendiente. Con los frenos apretados, rodaba, resbalaba un poco en el barro, se detenía, volvía a ponerse en movimiento. Ganó el embarcadero, con ruido de tablas que crujían, llegó hasta el extremo de él donde los mulatos, siempre silenciosos, se habían dispuesto a uno y otro lado, y comenzó a hundirse suavemente en la almadía. Ésta a su vez hundió la nariz en el agua, en el momento en que las ruedas delanteras se posaron en ella, y volvió a elevarse casi inmediatamente para recibir el peso entero del coche. Luego el chofer hizo deslizar el automóvil hasta la parte trasera, frente al techo cuadrado del que colgaba la linterna. En seguida los mulatos recogieron el plano inclinado y saltaron con un sólo movimiento a la almadía, mientras al mismo tiempo la despegaban de la orilla barrosa. El río resistió con fuerza la balsa y la levantó a la superficie de las aguas donde fue lentamente a la deriva, sostenida por el extremo de la larga varilla de hierro que corría ahora en el cielo, a lo largo del cable. Los corpulentos negros uniformaron sus movimientos y volvieron a empuñar las pértigas. El hombre y el chofer salieron del coche y se llegaron hasta el borde de la almadía, donde se quedaron inmóviles, mirando río arriba. Nadie había hablado durante la maniobra, y aun ahora cada cual se mantenía en su lugar, inmóvil y silencioso, salvo uno de los negrazos, que se liaba un cigarrillo con papel ordinario.

El hombre contemplaba el boquete por donde el río surgía de la vasta selva brasileña y descendía hacia ellos. En aquel lugar el río tenía un ancho de varios centenares de metros, empujaba aguas turbias y sedosas contra el costado de la almadía, que luego, liberadas en las dos extremidades, la desbordaban y volvían a formar una sola onda poderosa, que se deslizaba suavemente, a través de la selva oscura, hacia el mar y la noche. Flotaba un olor insípido que provenía del agua o del cielo esponjoso. Ahora se oía el chapoteo de las aguas pesadas debajo de la balsa y, provenientes de las dos orillas, los gritos espaciados de escuerzos o los extraños gritos de pájaros. El coloso se acercó al chofer. Éste, pequeño y flaco, apoyado contra uno de los postes de bambú, había metido las manos en los bolsillos de unos zahones antes azules y ahora cubiertos del polvo rojo que había estado masticando durante todo el viaje. Con una sonrisa en el rostro arrugado a pesar de su juventud, el negro miraba sin ver las estrellas extenuadas que nadaban aún en el cielo húmedo.

Pero los gritos de los pájaros se hicieron más claros, chillidos desconocidos como de cotorras se mezclaron con ellos y casi inmediatamente el cable se puso a rechinar. Los negrazos hundieron las pértigas y, a tientas, con ademanes de ciegos, buscaron el fondo. El hombre se volvió hacia la costa que acababan de dejar. Veíasela a su vez cubierta por la noche y las aguas, inmensa y hosca como el continente de árboles que se extendía más allá, por millares de kilómetros. Entre el océano, muy cercano, y aquel mar vegetal, el puñado de hombres que iba a la deriva a aquella hora, en un río salvaje, parecía ahora perdido. Cuando la almadía chocó con el embarcadero, fue como si, rotas todas las amarras, llegaran a una isla en medio de las tinieblas, después de días y días de navegación despavorida.

Ya en tierra se oyeron por fin las voces de los hombres. El chofer acababa de pagarles y, con voz extrañamente alegre en medio de la noche pesada, saludaron en portugués a los ocupantes del coche, que volvía a ponerse en marcha.

—Dijeron que son sesenta los kilómetros que faltan hasta Iguape. Tres horas de camino y se acabó. Sócrates está contento —anunció el chofer.

El hombre se rio abiertamente, con una risa maciza y calurosa, que se le parecía.

—Yo también estoy contento, Sócrates; el camino está duro.

—Demasiado pesado, señor d'Arrast, eres demasiado pesado.

Y el chofer también se rio sin poder contenerse.

El automóvil había tomado un poco de velocidad. Ahora se deslizaba entre altos muros de árboles y de vegetación inextricable, en medio de un olor blando y dulzón. Vuelos entrecruzados de insectos luminosos atravesaban sin cesar la oscuridad de la selva y de cuando en cuando pájaros de ojos rojos iban a golpear durante un segundo el parabrisas. A veces una fosforescencia extraña les llegaba desde las profundidades de la noche y el chofer miraba a su compañero, haciendo girar cómicamente los ojos.

El camino doblaba y doblaba una y otra vez, pasaba arroyos sobre precarios puentes de tablas. Al cabo de una hora la neblina se hizo más espesa. Una llovizna fina, que la luz de los faros disolvía, comenzó a caer. A pesar de las sacudidas, d'Arrast dormía a medias. Ya no iban por la selva húmeda, sino de nuevo por los caminos de la Serra, que hablan tomado por la mañana, al salir de São Paulo. De esos caminos de tierra se levantaba sin cesar el polvillo rojo del que todavía tenían el gusto en la boca y que, a cada lado del camino y hasta donde alcanzaba la vista, cubría la vegetación rara de la llanura. El sol pesado, lass montañas pálidas y escarpadas, los cebúes famélicos que encontraban en los caminos como única compañía, el vuelo fatigado de urubúes despenachados, la larga, larga navegación a través de un desierto rojo… Se sobrosaltó. El coche se había detenido. Ahora estaban en el Japón: casas de frágil arquitectura a cada lado del camino y, en las casas, furtivos quimonos. El chofer hablaba con un japonés que vestía unos zahones sucios y que llevaba un sombrero de paja brasileño. Luego el coche volvió a ponerse en marcha.

—Dijo que sólo cuarenta kilómetros.

—¿Dónde estábamos? ¿En Tokio?

—No, en Registro. En nuestro país los japoneses vienen aquí.

—¿Por qué?

—No se sabe. Son amarillos. Ya sabes, señor d'Arrast.

Pero el bosque se aclaraba un poco; aunque un tanto resbaloso, el camino mejoraba. El coche patinaba en la arena. Por la portezuela entraba un soplo húmedo, tibio y un poco agrio.

—¿Sientes? —dijo el chofer, ávido—. Es el mar. Pronto llegaremos a Iguape.

—Si nos alcanza la nafta —dijo d'Arrast.

Y volvió a dormirse apaciblemente.

Por la mañana temprano, d'Arrast, sentado en la cama, miraba con asombro la sala en que acababa de despertarse. Las amplias paredes hasta la mitad de su altura estaban recubiertas por una reciente capa de cal teñida de color castaño. Más alto, las habían pintado de blanco en una época lejana; fragmentos de costras amarillentas las cubrían hasta el cielo raso. Dos hileras de seis camas estaban la una frente a la otra. D'Arrast no vio más que una cama deshecha en el extremo de su hilera y aquella cama estaba vacía. Pero oyó ruido a la izquierda, y se volvió hacia la puerta donde Sócrates, con una botella de agua mineral en cada mano, apareció riéndose.

—¡Feliz recuerdo! —decía. D'Arrast se sacudió. Sí, el hospital donde el alcalde los había alojado la noche anterior se llamaba «Feliz recuerdo».

—Seguro recuerdo —continuaba diciendo Sócrates—. Me dijeron que primero era construir el hospital; luego construir el agua. Mientras tanto, feliz recuerdo, aquí tienes agua picante para lavarte.

Desapareció riendo y cantando, sin presentar en modo alguno aire agotado por los estornudos de cataclismo que lo habían sacudido toda la noche y habían impedido a d’Arrast cerrar un ojo.

Ahora d'Arrast se había despertado del todo. A través de las ventanas con rejas, que tenía frente a sí, vio un patio pequeño, de tierra roja, empapado por la lluvia que caía sin ruido sobre un macizo de grandes áloes. Pasaba una mujer, llevando un amplio pañuelo amarillo desplegado sobre la cabeza. D'Arrast volvió a tenderse, se incorporó en seguida y salió de la cama que gimió bajo su peso. Sócrates entraba en ese mismo momento.

—Te buscan, señor d'Arrast. El alcalde espera afuera.

Pero viendo el aire precipitado de d'Arrast agregó:

—Quédate tranquilo. Nunca tiene prisa.

Habiéndose afeitado con agua mineral, d'Arrast salió al porche del pabellón. El alcalde, que tenía la figura y, detrás de sus anteojos con engaste de oro, la cara de una comadreja amable, parecía absorto en una melancólica contemplación de la lluvia. Pero una embelesada sonrisa lo transfiguró cuando advirtió la presencia de d'Arrast. Se irguió tieso en toda su baja estatura, se precipitó hacia d'Arrast y procuró rodear con los brazos el torso del «señor ingeniero». En el mismo momento, un coche frenó frente a ellos, al otro lado de la pared baja del patio, patinó en la greda mojada y se detuvo oblicuamente.

—El juez —dijo el alcalde.

El juez, como el alcalde, iba vestido con un traje de color azul marino; pero era mucho más joven, o por lo menos lo parecía, a causa de su elegante estatura y del rostro fresco de adolescente asombrado. Ahora cruzaba el patio en dirección de ellos y evitaba los charcos de agua con mocha gracia. A unos pasos de d'Arrast, tendió ya la mano y le dio la bienvenida. Estaba orgulloso de recibir al señor ingeniero. Era un honor el que éste hacía a su pobre ciudad y él se regocijaba del servicio inestimable que el señor ingeniero iba a prestar a Iguape, al construir el pequeño dique que evitaría la inundación periódica de los barrios bajos. Mandar a las aguas, domar los ríos, ¡ah, qué gran profesión! Y con seguridad las pobres gentes de Iguape recordarían el nombre del señor ingeniero y durante muchos años aún lo pronunciarían en sus oraciones. D'Arrast, vencido por tanta amabilidad y elocuencia, agradeció y ya no se atrevió a preguntarse qué tenía que ver un juez con un dique. Por lo demás, según el alcalde, había que ir al club, donde los notables deseaban recibir dignamente al señor ingeniero, antes de que éste fuera a visitar los barrios bajos. ¿Quiénes eran los notables?

—Pues bien —dijo el alcalde—, yo mismo en mi condición de alcalde, el señor Carbalho, aquí presente, el capitán del puerto, y algunos otros menos importantes. Por lo demás, no tiene usted que preocuparse, no hablan francés.

D'Arrast llamó a Sócrates y le dijo que volverían a verse al fin de la mañana.

—Bueno, sí —dijo Sócrates—. Iré al Jardín de la Fuente.

—¿Al Jardín?

—Sí, todo el mundo sabe. No tengas miedo, señor d'Arrast.

El hospital, d'Arrast lo advirtió al salir, se levantaba en los lindes de la selva, cuya fronda maciza casi se desplomaba sobre los techos. En la superficie de los árbolos caía ahora un velo de agua fina que la selva espesa absorbía sin ruido, como una enorme esponja. La ciudad, que se componía de aproximadamente un centenar de casas, cuyos techos eran de tejas de colores apagados, se extendía entre la selva y el río, cuyo aliento lejano llegaba hasta el hospital. El coche se metió primero por las calles empapadas y casi en seguida desembocó en una plaza rectangular, bastante amplia, que conservaba en la arcilla roja, entre numerosos charcos de agua, huellas de neumáticos, de ruedas de hierro, y de zapatos. Alrededor, las casas bajas y multicolores cerraban la plaza, detrás de la cual se distinguían dos torres redondas de una iglesia blanca y azul, de estilo colonial. En esa arquitectura desnuda flotaba un olor salino proveniente del estuario. Por el centro de la plaza erraban algunas figuras mojadas. Pronto a las casas una multitud abigarrada de gauchos, japoneses, indios mestizos y notables elegantes, cuyos trajes oscuros parecían allí exóticos, circulaban con paso y ademanes lentos. Se hacían a un lado sin prisa para dejar paso al coche; luego so volvían y lo seguían con la mirada. Cuando el automóvil se detuvo frente a una de las casas de la plaza, se formó silenciosamente alrededor de él un círculo de gauchos húmedos.

En el club, una especie de bar pequeño, situado en el primer piso y amueblado con un mostrador de bambúes y veladores de metal, los notables eran numerosos. Bebieron alcohol de caña en honor de d'Arrast, una vez que el alcalde, con el vaso en la mano, le hubo dado la bienvenida y deseado toda la felicidad del mundo. Pero mientras d'Arrast bebía junto a la ventana, un atrevido hombretón, de bombacha y polainas, fue a espetarle, mientras se tambaleaba de aquí para allá, un discurso rápido y oscuro en el que el ingeniero sólo roconoció la palabra *pasaporte*. Vaciló, pero luego sacó el documento, del cual se apoderó el otro con voracidad. Después de haber hojeado el pasaporte, el hombretón manifestó un mal humor evidente. Volvió a discursear, sacudiendo la libreta bajo la nariz del ingeniero que, sin conmoverse, contemplaba a aquel loco furioso. En ese momento, el juez sonriendo fue a preguntar qué pasaba. El ebrio examinó un momento a la

escuálida criatura que se permitía interrumpirlo y luego, tambaleándose de manera más peligrosa, agitó así mismo el pasaporte ante los ojos de su nuevo interlocutor. D'Arrast se sentó tranquilamente junto a un velador y esperó. El diálogo se hizo muy vivo y de pronto el juez lanzó una exclamación con una voz estruendosa que no se le hubiera sospechado. Sin que nada lo hubiera hecho prever, el hombretón se batió de pronto en retirada, con el aspecto de un niño cogido en falta. A una última exhortación del juez, se dirigió hacia la puerta, con el paso oblicuo del patán castigado, y desapareció.

El juez fue en seguida a explicar a d'Arrast, con voz otra vez armoniosa, que aquel grosero personaje era el jefe de policía, que se atrevía a sostener que el pasaporte no estaba en regla, y que sería castigado por tamaño despropósito. El señor Carbalho se dirigió al punto a los notables, que habían hecho un círculo, y pareció interrogarlos. Después de una breve discusión, el juez presentó solemnes excusas a d'Arrast, le pidió que creyera que únicamente la borrachera podía explicar semejanto olvido de los sentimientos de respeto y de gratitud que le debía, toda entera, la ciudad de Iguape, y, para terminar, le pidió que tuviera a bien decidir él mismo sobre el castigo que convenía aplicar a aquel calamitoso personaje. D'Arrast dijo que no quería ningún castigo, que se trataba de un incidente sin importancia y que, sobre todo, tenía prisa por ir al río. El alcalde tomó entonces la palabra para afirmar, con tranquilidad afectuosa, que verdaderamente un castigo era indispensable, que el culpable quedaría arrestado y que todos esperarían a que el eminente visitante tuviera a bien decidir sobre su suerte. Ninguna de las protestas de d'Arrast pudo conmover aquel rigor sonriente, de modo que el ingeniero tuvo que prometer que reflexionaría. En seguida decidieron visitar los barrios bajos.

El río extendía ya ampliamente sus aguas amarillentas por las orillas bajas y resbalosas. Habían dejado detrás las últimas casas de Iguape y se hallaban entre el río y un alto barranco escarpado, en el que se levantaban chozas de barro y paja. Frente a ellos, en la extremidad de la playa, volvía a comenzar la selva, sin transición, lo mismo que en la otra ribera. Pero la abertura de las aguas se ensanchaba rápidamonte entre los árboles hasta una línea indistinta, un poco más gris que amarilla, que era el mar. D'Arrast, sin

decir nada, se dirigió hacia el barranco en cuya pared los diferentes niveles de las crecientes habían dejado huellas aún frescas. Un sendero barroso subía hacia las chozas. Delanto de ellas los negros se erguían en silencio y miraban a los recién llegados. Algunas parejas se tomaban de la mano y, en el borde mismo de la playa, junto a los adultos, algunos tiernos negritos en fila, con el vientre ovalado y los muslos escuálidos, abrían desmesuradamente los ojos redondos.

Después de llegar frente a las chozas, d'Arrast llamó con un ademán al comandante del puerto. Éste era un negro corpulento, risueño, vestido con Un uniforme blanco. D'Arrast le preguntó en español si era posible visitar una choza. El comandante estaba seguro de que sí y hasta le parecía que era una buena idea y que el señor ingeniero iba a ver cosas muy interesantes. Se dirigió a los negros y les habló largamente, mientras señalaba a d'Arrast y el río. Los otros escuchaban sin decir palabra. Cuando el comandante caminó, nadie se movió. Habló de nuevo con voz impaciente. Luego interpeló a uno de los hombres, que meneó la cabeza. El comandante dijo entonces algunas palabras breves en tono imperativo. El hombre se separó del grupo, se puso frente a d'Arrast y con un ademán le mostró el camino; pero su mirada era hostil. Era un hombre de bastante edad, que tenía la cabeza cubierta con una corta lana grisácea, la cara flaca y marchita, aunque el cuerpo era todavía joven, con hombros duros y secos y músculos visibles bajo el pantalón de lienzo y la camisa desgarrada. Avanzaron, seguidos por el comandante y por la multitud de los negros, y treparon por un nuevo barranco, con mayor declive, donde las chozas de barro, de chapa metálica y de cañas se asentaban con tanta dificultad en el piso, que habían tenido que consolidarlas en la base con grandes piedras. Se cruzaron con una mujer que bajaba por el sendero, resbalando a veces sobre los pies desnudos, y que llevaba en la cabeza un cubo de hierro lleno de agua. Luego llegaron a una especie de placita delimitada por tres chozas. El hombre se dirigió a una de ellas y empujó una puerta de bambú, cuyos goznes estaban hechos de lianas. Se hizo a un lado sin decir palabra y contemplando al ingeniero con la misma mirada impasible. En el interior de la choza, d'Arrast no vio al principio más que un fuego agonizante en el suelo mismo y exactamente en el centro de la pieza. Después distinguió en un ángulo del fondo una cama

de bronce con el colchón metálico descubierto y destartalado; en el otro ángulo, una mesa cubierta con una vajilla de barro cocido y, entre los dos, una especie de caballete Coronado por una imagen que representaba a San Jorge. Todo lo demás no era sino un montón de harapos, a la derecha de la entrada, y, colgados del techo, algunos taparrabos multicoloros, que se secaban sobre el fuego. D'Arrast, inmóvil, respiraba el olor del humo y de miseria que subía desde el suelo y lo atosigaba. Detrás de él, el comandante dio unas palmadas; el ingeniero se volvió y, en el umbral, a contraluz, vio solamente la graciosa silueta de una muchacha negra, que lo tondia algo: era un vaso y d'Arrast bebió el espeso alcohol de caña que contenía. La muchacha tendió la bandeja para recibir el vaso vacío y salió con un movimiento tan ligero y vivo que d'Arrast tuvo de pronto ganas de retenerla.

Pero al salir detrás de ella, no la reconoció en medio de la muchedumbre de los negros y de los notables que se habían agolpado alrededor de la choza. Agradeció al viejo, que se inclinó sin decir nada. Luego emprendió la marcha de regreso. El comandante, detrás de él, tornaba a sus explicaciones, preguntaba cuándo la sociedad francesa de Río podría comenzar los trabajos y si podría construirse el dique antes de las lluvias. D'Arrast no lo sabía. En verdad, no pensaba en ello. Iba descendiendo hacia el río fresco, bajo la lluvia impalpable. Oía siempre ese gran murmullo espacioso que no había cesado de escuchar desde su llegada y del que no podía saberse si se debía al estremecimiento de las aguas o de los árboles. Llegado a la orilla, miraba a lo lejos la línea indecisa del mar, los millares de kilómetros de aguas solitarias y África, y aun más allá, Europa, de donde él venía.

—Comandante —dijo—, ¿de qué vive la gente que acabamos de ver?

—Trabajan cuando se tiene necesidad de ello. Somos pobres.

—¿Son ésos los más pobres?

—Son los más pobres.

El juez, que en ese momento llegaba resbalando ligeramente sobre sus zapatos finos, dijo que ya querían al señor ingeniero que iba a darles trabajo.

—Como habrá de saber usted —dijo—, bailan y cantan todos los días.

Luego, sin transición, preguntó a d'Arrast si había pensado en el castigo.

—¿Qué castigo?

—Pues bien, el de nuestro jefe de policía.

—Dejemos el asunto como está.

El juez dijo que eso no era posible y que había que aplicar un castigo. D'Arrast caminaba ya hacia Iguape.

En el pequeño Jardín de la Fuente, misterioso y apacible bajo la lluvia fina, racimos de flores extrañas se extendían a lo largo de las lianas entre los bananos y las plantas pandáneas. Montoncitos de piedras húmedas marcaban el cruce de los senderos por los que circulaba, a aquella hora, una muchedumbre abigarrada. Mestizos, mulatos, algunos gauchos, charlaban con voces débiles o se metían, con el mismo paso lento, en los senderos de bambú, hasta el punto en que los bosguecillos y los sotos se hacían más densos, más impenetrables. Allí, sin transición, comenzaba la selva.

D'Arrast buscaba a Sócrates entre la multitud, cuando de pronto lo recibió en su espalda.

—Es la fiesta —dijo Sócrates riendo, mientras se apoyaba en los altos hombros de d'Arrast, para dar un salto.

—¿Qué fiesta?

—¿Cómo? —se asombró Sócrates, que estaba ahora frente a d'Arrast—. ¿No sabes? La fiesta del buen Jesús. Cada año todos vienen a la gruta con el martillo.

Sócrates señalaba no una gruta sino un grupo de gente que parecía esperar en un rincón del jardín.

—¿Ves? Un día la buena estatua de Jesús llegó del mar y remontaba el río. Unos pescadores la encontraron. ¡Qué hermosa, que hermosa! Entonces la lavaron aquí en la gruta. Y ahora crece una piedra en la gruta. Cada año es la fiesta. Con el martillo golpeas, rompes la piedra y sacas trocitos para la buena suerte bendita. Y luego, ¿sabes? crece, crece siempre y siempre tú rompes. Es un milagro.

Habían llegado a la gruta, de la que se veía la entrada baja por encima de los hombres que esperaban. En el interior, en la sombra salpicada de las llamas temblorosas de las bujías, una forma en cuclillas golpeaba en ese

momento con un martillo. El hombre, un gaucho flaco, de largos bigotes, se levantó y salió llevando en la palma abierta, para que todos lo vieran, un trocito de esquisto húmedo, sobre el que, al cabo de algunos segundos y antes de alejarse, cerró la mano con precaución. Entonces otro hombre entró en la gruta y se agachó.

D'Arrast se volvió. Alrededor de él los peregrinos esperaban sin mirarlo, impasibles, bajo el agua que caía de los árboles en velos finos. Él también esperaba frente a aquella gruta, bajo la misma bruma de agua y no sabía qué. En verdad no dejaba de esperar, desde que llegara a ese país un mes atrás. Esperaba, en medio del calor rojo de los días húmedos, bajo las estrellas menudas de la noche, a pesar de sus tareas, de los diques por construir, de los caminos por abrir, como si el trabajo que había ido a hacer allí no fuera más que un pretexto, la occasion para una sorpresa o para un encuentro que ni siquiera imaginaba cómo podría ser, pero que lo esperaba pacientemente, en un extremo del mundo. Se sacudió y se alejó sin que nadie del grupito reparara en él; se dirigió a la salida. Tenía que volver al río y trabajar.

Pero Sócrates lo esperaba en la puerta, entregado a una ágil conversación con un hombre pequeño y grueso, rechoncho, de piel amarilla más que negra. El cráneo completamente afeitado del hombre agrandaba aun más una frente de hermosa curva. La cara ancha y lisa, en cambio, exhibía una barba muy negra y cuadrada.

—Éste es un campeón —dijo Sócrates como para presentarlo—. Mañana hace la procesión.

El hombre, vestido con un traje de marinero, de gruesa sarga, un *pull-over* de rayas azules y blancas bajo la chaqueta marinera, examinaba atentamente a d'Arrast, con sus ojos negros y tranquilos. Sonreía con todos los dientes, muy blancos, que se le asomaban entre los labios llenos y brillantes.

—Habla en español —dijo Sócrates y, volviéndose hacia el desconocido, agregó—: Cuéntale al señor d'Arrast.

Luego se llegó, bailoteando, hasta otro grupo. El hombre dejó de sonreír y examinó a d'Arrast con franca curiosidad.

—¿Te interesa, capitán?

—Yo no soy capitán —dijo d'Arrast.

—No importa, pero eres un señor. Sócrates me lo dijo.

—Yo no. Mi abuelo lo era; su padre también y todos los que hubo antes de su padre. Ahora ya no hay señores en nuestros países.

—Ah —dijo el negro riendo—, comprendo. Todos son señores.

—No, no es eso. No hay ni señores ni pueblo.

El otro se puso a reflexionar. Por fin se decidió:

—¿Nadie trabaja? ¿Nadie sufre?

—Sí, millones de hombres.

—Entonces, eso es el pueblo.

—En ese sentido, sí, hay un pueblo. Pero sus amos son policías o comerciantes.

El rostro bondadoso del mulato se puso serio. Luego el hombre gruñó:

—¡Puf! Comprar y vender, ¿eh? ¡Qué porquería! Y con la policía los perros mandan.

Sin transición, rompió a reír.

—¿Y tú? ¿No vendes?

—Hasta cierto punto, no. Hago puentes, caminos.

—Ah, bueno. Yo soy cocinero de un barco. Si quieres to haré nuestro plato de alubias negras.

—Me parece muy bien.

El cocinero se aproximó a d'Arrast y lo tomó de un brazo.

—Oye. Me gusta lo que dices. Yo también te voy a decir cosas. Acaso te gusten.

Lo llevó junto a la entrada, a un banco de madera húmeda, al pie de un grupo de bambúes.

—Yo estaba en el mar, frente a Iguape, en un pequeño barco petrolero, que aprovisiona los puertos de la costa. A bordo hubo un incendio. No por mi culpa, ¿eh? Conozco mi oficio. No, fue un accidente. Tuvimos que echar los botes al agua. En medio de la noche, el mar se agitó y volcó el bote. Caí al agua. Cuande salí a la superficie me gelpeé con la cabeza en el bote. Me fui a la deriva, la noche estaba negra, las olas golpeaban fuerte y además nado mal; tenía miedo. De pronto vi una luz a lo lejos. Reconocí la torre de la iglesia del buen Jesús de Iguape. Entonces le dije al buen Jesús que en la

procesión llevaría una piedra de cincuenta kilos en la cabeza, si me salvaba. No me creerás, pero las aguas se calmaron y mi corazón también. Nadé suavemente. Era feliz. Pude llegar a la costa. Mañana cumpliré mi promesa.

Se quedó mirando a d'Arrast, con aspecto de sospecha.

—No te ríes, ¿no?

—No, no me río. Hay que cumplir lo que uno prometió.

El otro le dio una palmada en el hombro.

—Ahora ven a la casa de mi hermano, que está cerca del río. Te prepararé las alubias.

—No —dijo d'Arrast—, tengo que hacer. Esta noche si quieres.

—Bueno, pero esta noche se baila y se reza en la gran choza. Es la fiesta de San Jorge.

D'Arrast le preguntó si él también bailaría. El rostro del cocinero se endureció de golpe. Por primera vez los ojos rehuían la mirada.

—No, no, no bailaré. Mañana tengo que llevar la piedra, que es muy pesada. Iré esta noche para festejar al santo y luego me marcharé temprano.

—¿Dura mucho la ceremonia?

—Toda la noche y un poco de la mañana.

Miró a d'Arrast con aire vagamente avergonzado.

—Ven al baile y luego me llevarás. De otra manera me quedaría, bailaría; tal vez no pueda evitarlo.

—¿Te gusta bailar?

Los ojos del cocinero brillaron con una especie de avidez.

—¡Oh, sí, me gusta! Y además hay cigarros. Están los santos, las mujeres, uno se olvida de todo. Ya no se obedece a nadie.

—¿Hay mujeres? ¿Todas las mujeres de la ciudad?

—De la ciudad no, sino de las chozas.

—El cocinero tornó a su sonrisa.

—Ven. Al capitán le obedezco, y así me ayudarás a cumplir mañana la promesa.

D'Arrast se sentía vagamento irritado. ¿Pretendía que le hiciera aquella absurda promesa? Pero contempló el hermoso rostro abierto, que le sonreía con confianza y cuya piel negra brillaba de salud y de vida, y dijo:

—Iré. Ahora te acompañaré un poco.

Sin saber por qué, tornaba a ver al mismo tiempo a la muchacha negra que le presentara la ofrenda de bienvenida.

Salieron del jardín, bordearen algunas calles barrosas y llegaron a la plaza que la poca altura de las casas que la redeaban hacía parecer aun más espaciosa. Sobre la cal de las paredes, la humedad chorreaba ahora, aunque la lluvia no había aumentado. A través de los espacios esponjosos del cielo, el rumor del río y de los árboles llegaba sofocado hasta ellos. Caminaban con paso regular, pesado el de d'Arrast; musculoso, el del cocinero. De cuando en cuando, éste levantaba la cabeza y sonreía a su cempañero. Tomaron la dirección de la iglesia, que se divisaba por encima de las casas. Llegaron al extremo de la plaza, bordearon aún calles barrosas en las que flotaban ahora agresivos olores de cocina. De tiempo en tiempo, una mujer, sosteniendo un plato o un utensilio de cocina, mostraba en alguna de las puertas un rostro curioso, para desaparecer en seguida. Pasaron frente a la iglesia. Se metieron en un Viejo barrio, entre las mismas casas bajas, y dieron de pronto con el ruido del río invisible, detrás del barrio de las chozas, que d'Arrast reconoció.

—Bueno, aquí te dejo. Hasta la tarde, entonces —dijo.

—Sí, frente a la iglesia.

Pero el cocinero seguía reteniendo la mano de d'Arrast. Vacilaba; luego se decidió:

—Y tú, ¿nunca pediste algo? ¿Nunca hiciste una promesa?

—Sí, una vez, creo.

—¿En un naufragio?

—Si tú quieres.

Y d'Arrast retiró bruscamente la mano. Pero en el momento de volverle las espaldas, se encontró con la mirada del cocinero. Vaciló un instante y luego sonrió.

—Puedo decírtelo, aunque no tenga ninguna importancia. Alguien iba a morir por ml culpa. Me parece que apelé al cielo.

—¿Y prometisto algo?

—No. Habría querido prometer.

—¿Hace mucho de eso?

—Poco antes de venir aquí.

El cocinero se cogió la barba con las dos manos. Le brillaban los ojos.

—Eres un capitán. Mi casa es la tuya. Y además, vas a ayudarme a cumplir mi promesa. Es como si la hicieras tú mismo. Eso también ayudará.

D'Arrast sonrió.

—No lo creo.

—Eres orgulloso, capitán.

—Sí, era orgulloso. Ahora estoy solo. Pero, dime únicamente esto: ¿tu buen Jesús te respondió siempre?

—¡Siempre no, capitán!

—¿Entonces?

El cocinero rompió a reír con risa fresca e infantil.

—Y bien —dijo— Él tiene su libertad, ¿no?

En el club, donde d'Arrast almorzaba con los notables, el alcalde le dijo que tenía que firmar el libro de oro de la municipalidad, para que perdurara por lo menos un testimonio del gran acontecimiento que constituía su llegada a Iguape. El juez, por su parte, encontró dos o tres nuevas formulas para celebrar, además de las virtudes y los talentos de su huésped, la sencillez que ponía en representar entre ellos al gran país al cual tenía el honor de pertenecer. D'Arrast se limitó a decir que, en efecto, tenía ese honor, y que, según su convicción, era además ventajoso para su compañía el haber obtenido la adjudicación de estos vastos trabajos, a lo cual el juez respondió que tanta humildad era admirable.

—¡Ah! —dijo— ¿Pensó en lo que debemos hacer con el jefe de policía?

D'Arrast lo miró sonriendo.

—Sí.

Consideraría como un favor personal y una gracia extraordinaria que quisieran perdonar en su nombre a aquel aturdido, para que su estada, la de d'Arrast, que se alegraba tanto de conocer la hermosa ciudad de Iguape y a sus generosos habitantes, pudiera comenzar en un clima de concordia y amistad. El juez, atento y sonriente, meneaba la cabeza. Meditó un momento la fórmula, como conocedor, se dirigió en seguida a los asistentes para hacerlos aplaudir las magnánimas tradiciones de la gran nación francesa y, volviéndose de nuevo hacia d'Arrast, se declaró satisfecho.

—Puesto que es así —concluyó—, cenaremos esta noche con el jefe.

Pero d'Arrast manifestó que había sido invitado por unos amigos a la ceremonia de las danzas en las chozas.

—¡Ah, sí! —dijo el juez— Estoy contento de que vaya allí. Ya verá. Es imposible no gustar de nuestro pueblo.

Al atardecer, d'Arrast, el cocinero y el hermano de éste estaban sentados alrededor del fuego extinguido, en el centro de la choza que el ingeniero había visitado por la mañana. El hermano no pareció sorprenderse de volver a verlo. Apenas hablaba español y se limitaba, las más de las veces, a menear la cabeza. En cuanto al cocinero, se había interesado por las catedrales. Luego había disertado sobre la sopa de alubias negras. Ahora, que la luz del día casi se había extinguido, si d'Arrast veía aún al cocinero y a su hermano, distinguía en cambio mal, al fondo de la choza, las figuras agazapadas de una mujer vieja y de la muchacha que de nuevo lo había servido. Abajo se oía el rumor monótono del río.

El cocinero se levantó y dijo:

—Es la hora.

Los hombres se pusieron de pie, pore las mujeres no se movieron. Salieron solos. D'Arrast vaciló; luego se reunió con los otros. Ya había caído la noche y había dejado de llover. El cielo, de un negro pálido, parecía todavía líquido. En su agua transparente y oscura, bajas en el horizonte, las estrellas comenzaban a iluminarse. Se apagaban casi en seguida, caían una a una en el río, como si el cielo lanzara por gotas sus últimas luces. El aire espeso olía a agua y a humo. Oíase también el rumor muy cercano de la enorme selva, que estaba sin embargo inmóvil. De pronto, sonidos de tambores y cantos se elevaron en la lejanía, primero sordos, luego distintos, que se aproximaban cada vez más y que por fin callaron. Poco después vieron aparecer una procesión de muchachas negras, vestidas de blanco, con seda tosca y faldas muy bajas. Metido en una casaca roja sobre la que le pendía un collar de dientes multicolores, un negrazo las seguía y detrás de él, en desorden, un grupo de hombres vestidos con pijamas blancos y músicos, que tocaban triángulos y tambores anchos y cortos. El cocinero dijo que había que acorupañarlos.

La casa a la que llegaron siguiendo la orilla del río, a varios centenares de metros de las útimas chozas, era grande, espaciosa y relativamente confortable con sus paredes blanqueadas en el interior. El suelo era de tierra apisonada; el techo, de cañas y juncos, sostenido por un poste central. Las paredes estaban peladas. Sobre un altarcito adornado de palmeras en el fondo de la choza y cubierto de bujías que iluminaban apenas la mitad de la sala, se distinguía una soberbia imagen, en la que San Jorge, con aire atractivo, vencía a un dragón bigotudo. Bajo el altar, una especie de nicho guarnecido de papeles y cuentas multicolores, cobijaba entre una vela y una vasija de agua, una estatuilla de arcilla pintada de rojo, que representaba a un dios cornudo. El dios, de aspecto hosco, blandía un desmesurado cuchillo de papel plateado.

El cocinero condujo a d'Arrast a un rincón, donde los dos se quedaron de pie, pegados a la pared, cerca de la puerta.

—Así podremos irnos sin molestar —murmuró el cocinero.

La choza, en efecto, estaba atestada de hombres y mujeres, apretados unos con otros. El calor ya subía de punto. Los músicos fueron a colocarse a un lado y otro del altarcito. Los bailarines y bailarinas se separaron en dos círculos concéntricos; los hombres quedaron en el interior. En el centro fue a colocarse el jefe negro de la casaca roja. D'Arrast se pegó a la pared y se cruzó de brazos.

Pero el jefe, abriende el círculo de danzarines, se llegó hasta ellos y con aire grave dijo algunas palabras al cocinero.

—Descruza los brazos, capitán —dijo el cocinero—. Si los tienes así, impides que el espíritu del santo baje.

D'Arrast dejó caer dócilmente los brazos. Con la espalda siempre pegada a la pared, él mismo parecía ahora, con sus miembros largos y pesados, su gran rostro ya reluciente de sudor, algún dios bestial y tranquilizador. El negrazo lo miró. Luego, satisfacho, tornó a su lugar. En seguida, con voz clara, cantó las primeras notas de un aire que todos continuaron cantando en coro, acompañados por los tambores. Los círculos se pusieren entonces a girar en sentido inverso, en una especie de danza pesada y sostenida, que parecía más bien un pataleo ligeramente subrayado por la doble ondulación de las caderas.

El calor iba en aumento. Sin embargo, las pausas disminuían poco a poco; los bailarines se detenían cada vez menos y la danza se precipitaba. Sin que el ritmo de los otros se hiciera más lento, sin dejar él mismo de bailar, el negrazo deshizo de Nuevo los círculos para llegarse hasta el altar. Volvió de él con un vaso de agua y una vela encendida, que puso en el suelo, en el centro de la choza. Derramó el agua alrededor de la vela en dos círculos concéntricos. Luego, de nuevo en pie, levantó al techo dos ojos de loco. Con todo el cuerpo tenso, esperaba inmóvil.

—San Jorge llega. Mira, mira —susurró el cocinero, cuyos ojos se abrían desorbitadamente.

En efecto, algunos bailarines mostraban ahora trazas de rapto; pero de un rapto que los inmovilizaba, con las manos en los riñones, el paso tieso, el ojo fijo y atónito. Otros precipitaban su ritmo, se retorcían sobre sí mismos y comenzaban a lanzar gritos inarticulados. Los gritos cobraron mayor fuerza poco a poco y, cuando se confundieron en un alarido colectivo, el jefe, con los ojos siempre levantados, lanzó él mismo un largo aullido, apenas fraseado, hasta donde le dio la respiración y en el que se repetían las mismas palabras.

—Ya ves —susurró el cocinero—, dice que es el campo de batalla del dios.

A d'Arrast lo sorprendió el cambio de voz y miró al cocinero que, inclinado hacia adelante, con los puños apretados y los ojos fijos, reproducía en su lugar el pataleo rítmico de los otros. D'Arrast advirtió entonces que él mismo, desde hacía un rato y sin mover los pies, bailaba empero con todo su peso.

Pero, de golpe, los tambores estallaron con furia y súbitamente el gran diablo rojo se desencadenó. Con los ojos inflamados, con los cuatro miembros que se arremolinaban alrededor del cuerpo, se agitaba doblando una rodilla después de otra sobre la pierna, mientras aceleraba el ritmo de tal manera que parecía que terminaría por descuartizarse. Pero bruscamente se detuvo en pleno impulso, para contemplar a los asistentes con aire fiero y terrible, en medio del trueno de los tambores. En seguida un bailarín surgió de un rincón oscuro, se arrodilló y tendió al poseso un sable corto. El negrazo cogió el sable sin dejar de mirar alrededor de él. Luego lo blandió

por encima de su cabeza. Al mismo tiempo, d'Arrast distinguió al cocinero, que bailaba con los otros. El ingeniero no lo había visto irse.

A la luz rojiza, incierta, un polvillo sofocante subía desde el suelo, y hacía aun más espeso el aire, que ya se pegaba a la piel. D'Arrast sentía que el cansancio lo vencía poco a poco. Respiraba cada vez con mayor dificultad. Ni siquiera vio como los danzarines habían podido proveerse de los enormes ciga- rros que ahora fumaban sin dejar de bailar, y cuyo extraño olor llenaba la choza y lo embriagaba un poco. Vio únicamente al cocinero que pasaba cerca de él, siempre bailando, y que también chupaba un cigarro:

—No fumes —le dijo. El cocinero gruñó, sin dejar de marcar su paso rítmico, mirando fijamente el poste central con expresión de boxeador que está fuera de combate, rocorrida la nuca por un largo y perpetuo estremecimiento. Junto a él, una negra gruesa, que movía de derecha a izquierda su cara animal, ladraba sin tregua. Pero las negras jóvenes, sobre todo, entraban en el rapto más espantoso, con los pies pegados al suelo y el cuerpo recorrido, de los pies a la cabeza, por sobresaltos cada vez más violentos, a medida que le subían hacia los hombros. La cabeza se les agitaba entonces de adelante a atrás, literalmente separada de un cuerpo decapitado. A un mismo tiempo, todos se pusieron a lanzar un alarido continuo, prolongado grito colectivo e incoloro, aparentemente sin respiración, sin modulaciones, como si los cuerpos se anudaran enteros, músculos y nervios, en una sola emisión agotadora, que cedía por fin la palabra, en cada uno de ellos, a un ser hasta entonces absolutamente silencioso. Y sin que el grito cesara, las mujeres, una a una, fueron desplomándose. El jefe negro se arrodillaba junto a cada una; les apretaba rápida y convulsivamente las sienes con su gran mano de negros músculos. Ellas entonces volvían a levantarse, tambaleantes, reanudaban la danza y los gritos, primero débilmente y luego con voz cada vez más alta y rápida, para tornar a caer otra vez y levantarse de nuevo para recomenzar y agitarse largamente aún, hasta que aquel grito general se debilitaba, se alteraba, degeneraba en una especie de ronco ladrido que las sacudía con su hipo. D'Arrast, agotado, con los músculos acalambrados por su larga danza inmóvil, sofocado por su propio mutismo, se sintió tambalear. El calor, el

polvo, el humo de los cigarros, el olor humano, hacían que el aire se tornara ahora completamente irrespirable. Buscó al cocinero con la mirada; había desaparecido. D'Arrast se dejó deslizar entonces a lo largo de la pared y se quedó agachado, conteniendo una nausea.

Cuando abrió los ojos, el aire continuaba tan sofocante como antes, pero había cesado el ruido. Únicamente los tambores marcaban un ritmo en un bajo continuo, a cuya cadencia en todos los rincones de la choza pataleaban grupos cubiertos con trapos blancuzcos. Pero en el centro de la pieza, en la que ya no estaba ahora el vaso y la vela, muchachas negras, en estado semihipnótico, bailaban lentamente, siempre a punto de permitir que el ritmo las sobrepasara. Con los ojos cerrados pero erguidas, se balanceaban ligeramente de adelante a atrás, en la punta de los pies, casi en el mismo lugar. Dos de ellas, obesas, llevaban el rostro cubierto con una cortina de rafia. Estaban una a cada lado de una muchacha disfrazada, alta y delgada; en la que d'Arrast roconoció en seguida a la hija de su huésped. Con un vestido verde la joven llevaba un sombrero de cazadora de gasa azul echado hacia adelante, adornado con plumas de mosquetero y en la_ mano un arco verde y amarillo, provisto de su flecha, en cuyo extremo estaba prendido un pájaro multicolor. Sobre el cuerpo grácil, la bonita cabeza oscilaba lentamente, un poco echada hacia atrás, y en el rostro adormecido se reflejaba una melancolía monótona e inocente. Cuando la música se interrumpía, la muchacha se balanceaba como soñolienta. Únicamente el ritmo reforzado de los tambores le brindaba una especie de tutor invisible, alrededor del cual ella tejía sus blandos arabescos, hasta que de nuevo, deteniéndose al mismo tiempo que la música y tambaleándose hasta el punto de perder casi el equilibrio, lanzaba un extraño grito de pájaro, penetrante y sin embargo melodioso.

D'Arrast, fascinado por aquella danza lenta, contemplaba a la Diana negra, cuando el cocinero surgió frente a él con el rostro ahora descompuesto. La bondad le había desaparecido de los ojos, que no reflejaban sino una especie de avidez desconocida. Sin ninguna benevolencia, como si hablara a un extraño, dijo:

—Es tarde, capitán. Van a bailar toda la noche; pero no quieren que ahora tú te quedes.

Con la cabeza pesada, d'Arrast se levantó y siguió al cocinero, que se llegó hasta la puerta andando junto a la pared. En el umbral el cocinero se hizo a un lado, sostuvo abierta la puerta de bambú y d'Arrast salió. Se volvió y miró al cocinero, que no se había movido.

—Ven. Pronto tendrás que llevar la piedra.

—Me quedo —dijo el cocinero con aire hosco.

—¿Y tu promesa?

El cocinero, sin responder, empujó poco a poco la puerta que d'Arrast sostenía con una sola mano. Permanecieron así un segundo. Luego d'Arrast cedió, encogiéndose de hombros. Se alejó.

La noche estaba llena de olores frescos y aromáticos. Por encima de la selva, las escasas estrellas del cielo austral, esfumadas por una bruma invisible, relucían débilmente. El aire húmedo estaba pesado. Sin embargo, cuando d'Arrast salié de la choza le pareció de una deliciosa frescura. El ingeniero marchaba por la pendiente resbalosa, se acercaba a las primeras chozas, tropezaba como un hombre borracho por caminos llenos de pozos. La selva, muy próxima, murmuraba. El ruido del río se hacía más fuerte, el continente entero emergía en medio de la noche y d'Arrast se sentía invadido por el asco. Le parecía que tenía ganas de vomitar todo aquel país, la tristeza de sus enormes espacios, la luz glauca de las selvas y el chapoteo nocturno de sus grandes ríos desiertos. Aquella tierra era demasiado vasta; la sangre y las estaciones se confundían en ella, el tiempo se licuaba. La vida se desarrollaba allí a ras del suelo, y para integrarse en ella había que acostarse y dormir durante años, en aquel suelo barroso o desecado. Allá, en Europa, estaba la vergüenza y la cólera. Aquí, el destierro o la soledad, en medio de aquellos locos lánguidos y trepidantes, que bailaban para morir. Pero, a través de la noche húmeda, colmada de olores vegetales, el extraño grito de pájaro herido lanzado por la hermosa muchacha adormecida, le llegó una vez más.

Cuando d'Arrast, con la cabeza turbia por una molesta jaqueca, se despertó después de un real sueño, un calor húmedo aplastaba la ciudad y la selva inmóvil. Ahora estaba esperando en el porche del hospital, mientras miraba su reloj, que se había parado, inseguro de la hora, asombrado por el silencio que subía de la ciudad, en medio del día ya avanzado. El cielo, de

un azul casi franco, pesaba sobre los primeros techos, que se borraban. Urubúes amarillentos dormían, inmovilizados por el calor en el techo de la casa que estaba frente al hospital. Uno de ellos se sacudió de pronto, abrió el pico, hizo ostensibles señales de disponerse a volar, agitó dos veces las alas polvorientas contra el cuerpo, se elevó algunos contímetros por encima del techo y volvió a caer, para dormirse casi inmediatamente.

El ingeniero bajó hacia la ciudad. La plaza principal estaba desierta, así como las calles que acababa de recorrer. A lo lejos y a cada lado del río flotaba una bruma baja, por encima de la selva. El calor caía verticalmente y d'Arrast buscó un poco de sombra para resguardarse. Vio entonces bajo el alero de una de las casas, a un hombrecillo que le hacía señales. Cuando estuvo más cerca reconoció a Sócrates.

—Y, señor d'Arrast, ¿te gustó la ceremonia?

D'Arrast dijo que hacía demasiado calor en la choza y que prefería el cielo y la noche.

—Sí —dijo Sócrates—, en tu país sólo hay misas. Nadie baila.

Se restregaba las manos, saltaba sobre un pie, giraba sobre sí mismo y se reía hasta perder el aliento.

—Son imposibles, son imposibles.

Luego miró a d'Arrast con curiosidad.

—Y tú, ¿vas a la misa?

—No.

—Entonces, ¿adónde vas?

—A ninguna parte. No sé.

Sócratos continuaba riendo.

—No es posible. Un señor sin iglesia, sin nada.

D'Arrast también se puso a reír.

—Sí, ya ves, no encontré mi lugar. Entonces partí.

—Quédate con nosotros, señor d'Arrast. Yo te quiero.

—Me gustaría, Sócrates, pero no sé bailar.

Las risas de los dos hombres resonaron en el silencio de la ciudad desierta.

—Ah —dijo Sócrates—, me olvidaba. El alcalde quiere verte. Está almorzando en el club.

Y sin decir agua va, se marchó en dirección del hospital.

—¿Adónde vas? —le gritó d'Arrast. Sócrates imitó un ronquido:

—A dormir. Pronto empezará la procesión.

Y a medias corriendo volvió a sus ronquidos.

El alcalde sólo quería dar a d'Arrast un lugar de honor para ver la procesión. Habló con el ingeniero, haciéndole compartir un plato de carne y arroz capaz de hacer mover a un paralítico. Se instalarían primero en la casa del juez, en un balcón, frente a la iglesia, para ver salir el cortejo. Luego irían a la alcaldía, que se hallaba situada en la calle grande que conducía a la plaza de la iglesia y por la que los penitentes pasarían al regresar. El juez y el jefe de policía acompañarían a d'Arrast, porque el alcalde debía participar en la ceremonia. El jefe de policía estaba en efecto en la sala del club y rondaba sin cesar alrededor de d'Arrast, con una infatigable sonrisa en los labios, mientras le prodigaba discursos incomprensibles, pero evidentemente afectuosos. Cuando d'Arrast bajó, el jefe de policía se precipitó para despejarle el camino y para abrirle todas las puertas por donde tenía que pasar.

Bajo el sol macizo, en la ciudad siempre desierta, los dos hombres se dirigían hacia la casa del juez. Únicamente sus pasos resonaban en el silencio. Pero de pronto estalló un petardo en una calle cercana, que hizo que de todas las casas volaran, en bandadas espesas y torpes, urubúes de pelado cuello. Casi en seguida, docenas de petardos estallaron en todas las direcciones, se abrieron las puertas y la gente comenzó a salir de las casas para llenar las estrechas calles.

El juez expresó a d'Arrast cuán orgulloso se sentía de recibirlo en su indigna casa y lo hizo subir por una hermosa escalera, a un piso barroco, pintado de azul con cal. En el descanso, al pasar d'Arrast, se abrieron puertas por las que asomaron cabezas oscuras de niños, que desaparecían en seguida, en medio de risas ahogadas. El cuarto de honor, hermoso por su arquitectura, sólo contenía muebles de rota y grandes jaulas con pájaros de estridentes chillidos. El balcón en que se instalaron daba a la placita que había frente a la iglesia. Ahora la multitud comenzaba a llenarla, extrañamonto silenciosa, inmóvil bajo el calor que caía del cielo en oleadas casi visibles. Sólo los niños corrían alrededor de la plaza y se detenían

bruscamente para encender los petardos, cuyas detonaciones se sucedían sin tregua. Vista desde el balcón, la iglesia, con sus muros blanqueados, su decena de gradas pintadas de azul con cal, sus dos torres azules y doradas, parecía más pequeña.

Súbitamente estalló un tronar de órganos en el interior de la iglesia. La multitud, vuelta hacia el atrio, se dispuso en los costados de la plaza. Los hombres se descubrieron; las mujeres so arrodillaron. Los órganos lejanos tocaron, largamente, una especie de marcha. Luego de la selva llegó un extraño ruido de élitros. Un minúsculo avión, de alas transparentes y de frágil estructura, insólito en aquel mundo sin edad, apareció por encima de los árboles, bajó un poco hacia la plaza y pasó, con el fragor de una gran carraca, por sobro las cabezas levantadas hacia él. El avión viró en seguida y se alojó hacia el estuario.

Pero en la sombra de la iglesia, un oscuro tumulto atraía de nuevo la atención. Los órganos habían dejado de tocar, sustituídos ahora por cobres y tambores, invisibles en el atrio. Penitentes cubiertos con sobrepellices negras salieron de la iglesia uno a uno, se agruparon en el atrio y luego comenzaron a bajar las gradas. Detrás iban penitentes blancos, llevando banderas de color rojo y azul; luego un grupito de muchachos disfrazados de ángeles, cofradías de Hijas de María, con las caritas negras y graves, y por fin, sobre una caja multicolor que llevaban los notables, sudorosos en sus trajes oscuros, la efigie misma del buen Jesús, con una caña en la mano, la cabeza cubierta de espinas, sangrante y balanceándose por encima de la multitud, que cubría la gradería del atrio.

Cuando la caja llegó al último peldaño, la procesión se detuvo un instante, mientras los penitents procuraban alinearso con cierto orden. En ese momento d'Arrast descubrió al cocinero. Acababa de aparecer en el atrio, con el torso desnudo, y llevaba sobre la cabeza barbuda, una enorme piedra rectangular, que descansaba en una tablilla de corcho puesta sobre el cráneo. Bajó con paso firme los escalones de la iglesia, con la piedra bien equilibrada y sostenida por los arcos de sus brazos cortos y musculosos. Cuando él llegó detrás de la caja, la procesión se puso en marcha. Del atrio surgieron entonces los músicos, que llevaban chaquetas de colores vivos y que dejaban los pulmones en trompetas adornadas con cintas. A los acentos

de un ritmo redoblado, los penitentes aceleraron el paso y llegaron a una de las calles que daban a la plaza. Cuando la caja desapareció, ya no se vio más que al cocinero y a los últimos músicos. Detrás de ellos la multitud se puso en movimiento en medio de las detonaciones, mientras el avión, con gran campanilleo de pistones, volvía a pasar por encima de los últimos grupos. D'Arrast miraba únicamento al cocinero, que desaparecía ahora en la calle y cuyos hombros, segúnn le pareció de pronto, se doblegaban. Pero a aquella distancia no veía bien.

Por las calles vacías, entre las tiendas y las puertas cerradas, el juez, el jefe de policía y d'Arrast se llegaron entonces hasta la casa del alcalde. A medida que se alejaban de la música y de las detonaciones, el silencio volvía a tomar posesión de la ciudad y ya algunos urubúes tornaban a ocupar en los techos el lugar que parecían tener desde siempre. La alcaldía daba a una calle estrecha pero larga, que conducía desde uno de los barrios exteriores a la plaza de la iglesia. La calle se hallaba desierta por el momento. Desde el balcón de la alcaldía y hasta donde alcanzaba la vista, no se veía más que la calzada llena de pozos, en que la reciente lluvia había dejado algunos charcos. El sol, que había descendido ya un poco, mordía aún, al otro lado de la calle, las fachadas ciegas de las casas.

Esperaron largo tiempo, tanto que d'Arrast, a fuerza de contemplar la reverberación del sol en la pared de enfrente, sintió que le volvían el cansancio y el vértigo. La calle vacía, de oasas desiertas, lo atraía y le repugnaba al mismo tiempo. De nevo quería huir de aquel país y simultáneamente pensaba en aquella piedra enorme y deseaba que hubiera terminado la prueba. Iba a proponer que bajaran para salir en busca de noticias, cuando las campanas de la iglesia se pusieron a doblar con toda su fuerza. En ese mismo instante, en el otro extremo de la calle, a la izquierda de donde estaban, estalló un tumulto y apareció una multitud en ebullición. De lejos se la veía aglutinada alrededor de la caja, peregrinos y penitentes mezclados, que avanzaban, en medio de los petardos y de los alaridos de júbilo, por la estrecha calle. En pocos segundos la llenaron hasta los bordes, mientras avanzaban hacia la alcaldía, en un desorden indescriptible, en el que se fundían las edades, las razas y las costumbres, en una masa abigarrada, cubierta de ojos y bocas vociferantes, y de la cual sobresalía,

como lanzas, un ejército de cirios, cuya llama se evaporaba en la luz ardiente del día.

Pero cuando estuvieron cerca y cuando la multitud, bajo el balcón, parecía subir por las paredes, hasta tal punto era densa, d'Arrast vio que el cocinero no estaba allí.

Con un solo movimiento, sin excusarse, salió del balcón y de la pieza, se precipitó por la escalera y se encontró en la calle, bajo el atronar de las campanas y de los petardos. Allí tuvo que luchar contra la jubilosa muchedumbre, contra los portadores de cirios y los penitentes ofuscados; pero remontando irresistiblemente con todo su peso la marea humana, se abrió camino con movimientos tan vivos que cuando se encontró libre, detrás de la multitud, en el extremo de la calle, tambaleó y estuvo a punto de caer. Apoyado a la pared ardiente, esperó a recobrar el aliento. Luego se puso de nuevo en marcha. En ese momento un grupo de hombres dosembocó en la calle. Los primeros andaban hacia atrás y entonces d'Arrast vio que rodeaban al cocinero.

El hombre estaba visiblemente extenuado. Se detenía; luego, encorvado bajo la enorme piedra, corría un poquito, con el paso apresurado de los cargadores del puerto y de los *coolíes*, con ese trotecito de la miseria, rápido, en el que el pie da en el suelo con toda la planta. Alrededor de él, penitents con sobrepellices manchadas de cera fundida y polvo, lo alentaban cuando se detenía. A su izquierda, el hermano caminaba o corría en silencio. A d'Arrast le pareció que emplearían un tiempo interminable para recorrer el espacio que los separaba de él. Cuando llegaron casi adonde estaba d'Arrast, el cocinero se detuvo de nuevo y lanzó en derredor miradas apagadas. Cuando vio a d'Arrast, al que sin embargo no pareció reconocer, se quedó inmóvil, vuelto hacia él. Un sudor aceitoso y sucio le corría por el rostro, ahora gris. Llevaba la barba llena de hilos de saliva y una espuma parda y seca le cubría los labios. Intentó sonreír. Pero, inmóvil bajo la carga, temblaba con todo el cuerpo; salvo a la altura de los hombros, donde los músculos estaban visiblemente paralizados por una especie de calambre. El hermano, que había reconocido a d'Arrast, le dijo solamente:

—Ya ha caído.

Y Sócrates, Surgido de no se sabía dónde, fue a murmurarle en el oído:

—Demasiado bailar, señor d'Arrast. Toda la noche. Ahora está cansado.

El cocinero avanzó otra vez con su trote brusco y cortado, no como alguien que quiere progresar, sino como si pretendiera escapar de la carga que lo aplastaba, como si esperara aligerarla por el movimiento. Sin saber cómo, d'Arrast se encontróa la derecha del cocinero. Posó sobre el hombro de éste una mano, vuelta liviana, y caminó junto a él, con pasitos apresurados y pesados. La caja había desaparecido por el otro extremo de la calle y la muchedumbre, que sin duda llenaba ahora la plaza, ya no parecía avanzar. Durante algunos segundos, el cocinero, entre su hermano y d'Arrast, ganó terreno. Bien pronto sólo unos veinte metros lo separaron del grupo que se había reunido frente a la alcaldía para verlo pasar. Sin embargo, se detuvo de nuevo. La mano de d'Arrast se hizo más pesada.

—Vamos, cocinero —dijo—. Todavía un poquito.

El otro temblaba, la saliva se le escapaba de la boca, mientras que en todo el cuerpo el sudor literalmente chorreaba. Tomó aliento con respiración que él quería profunda, pero que se le quedó corta. Se puso otra vez en movimiento, dio tres pasos, vaciló. Y de pronto la piedra se le deslizó al hombro, donde hizo una incisión, luego hacia adelante, hasta dar en el suelo, mientras el cocinero, habiendo perdido el equilibrio, se desplomaba de costado. Los que lo precedían saltaron hacia atrás, alentándolo con grandes voces; uno de ellos tomó la tablilla de corcho, mientras los otros alzaban la piedra para volver a cargarla sobre el cocinero.

D'Arrast, inclinado sobre él, le limpiaba con la mano el hombro manchado de sangre y de polvo, en tanto que el hombrecillo, con la cara pegada al suelo, jadeaba. No oía nada, ya no se movía. La boca se le abría ávidamente a cada respiración, como si ésta hubiera de ser la última. D'Arrast lo tomó en brazos y lo levantó tan fácilmente como si fuera un niño. Lo mantuvo de pie, apretado contra él e inclinándose le hablaba junto al rostro como para insuflarle su fuerza. El otro, al cabo de un rato, sangrando y terroso, se desprendió de él con una expresión huraña en el rostro. Tambaleando se dirigió de nuevo hacia la piedra, que los otros habían levantado un poco; pero se detuvo y se quedó mirándola con una mirada vacía, mientras meneaba la cabeza. Luego dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y se volvió hacia d'Arrast. Enormes lágrimas le corrían

silenciosamente por el rostro descompuesto. Quería hablar, hablaba, pero la boca apenas formaba la sílaba.

—Hice una promesa —decía. Y luego: —¡Ah, capitán; ah, capitán! —Y las lágrimas le ahogaban la voz. Surgió el hermano junto a su hombro, lo estrechó y el cocinero, llorando, se dejó abrazar, vencido, con la cabeza gacha.

D'Arrast lo contemplaba sin encontrar palabras que decirle. Se volvió hacia la multitud que a lo lejos gritaba de nuevo. De pronto, arrancó el soporte de corcho de las manos de quien lo tenía y se llegó hasta la piedra. Hizo señas a los otros de que la levantaran y se la cargó casi sin esfuerzo. Ligeramente encorvado bajo el peso de la piedra, con los hombros encogidos, resoplando un poco, miró a sus pies, mientras escuchaba los sollozos del cocinero. Luego se puso en movimiento con paso vigoroso, recorrió sin desmayo el espacio que los separaba de la multitud que se hallaba en el extremo de la calle y rompió con decisión las primeras filas, que se apartaron. Llegó a la plaza, en medio del estrépito de las campanas y de las detonaciones de los petardos, pero entre las dos filas de espectadores que lo contemplaban con asombro se hizo de pronto el silencio. Avanzaba con el mismo paso vigoroso y la muchedumbre le iba abriendo un camino hasta la iglesia. A pesar del peso que comenzaba a triturarlo la cabeza y la nuca, vio la iglesia y la caja, que parecía esperarlo en el atrio. Se dirigía hacia ella y ya estaba más allá del centro de la plaza cuando brutalmente, sin saber por qué, dobló hacia la izquierda y se apartó del camino de la iglesia, poniéndose de frente a los peregrinos. Detrás oyó pasos precipitados. Frente a él veía que por todas partes se abrían las bocas. No comprendía lo que le decían aunque le pareció reconocer la palabra portuguesa que le lanzaban sin cesar. Súbitamente apareció junto a él Sócrates, con ojos despavoridos, hablando ininterrumpidamente, mientras le señalaba hacia atrás el camino de la iglesia.

—¡A la iglesia! ¡A la iglesia! —era lo que gritaban Sócrates y la multitud. Sin embargo, d'Arrast continuó en la dirección que había tornado y Sócrates se apartó, con los brazos levantados cómicamente al cielo, en tanto que, poco a poco, la muchedumbre se callaba. Cuando d'Arrast entró en la primera calle, que ya había tomado con el cocinero y que, según sabía,

llevaba a los barrios del río, la plaza no era ya más que un rumor confuso detrás de él.

La piedra le pesaba ahora dolorosamente en el cráneo y tenía necesidad de toda la fuerza de sus vigorosos brazos para alivianarla. Los hombros ya se le acalambraban cuando llegó a las primeras calles de pendiente resbalosa. Se detuvo y aguzó el oído. Estaba solo. Aseguró la piedra sobre el soporte de corcho y bajó con paso prudente pero aún firme hasta el barrio de las chozas. Cuando llegó a él el aliento comenzaba a faltarle, los brazos le temblaban alrededor de la piedra. Apretó el paso, llegó por fin a la placita donde se levantaba la choza del cocinero, corrió a ella, abrió la puerta de un puntapié y, con un solo movimiento, arrojó la piedra al centro de la pieza, sobre el fuego aún rojizo, y allí, irguiéndose cuan alto era, de pronto enorme, aspirando con bocanadas desesperadas el olor de miseria y de cenizas que reconocía, sintió subir en él la ola de una alegría oscura y jadeanto, a la que no podía dar un nombre.

Cuando los habitantes de la choza llegaron, encontraron a d'Arrast de pie, pegado a la pared del fondo, con los ojos cerrados. En el centro de la pieza, en el lugar del fuego, la piedra casi había desaparecido, cubierta por cenizas y tierra. Se quedaron en el umbral, sin entrar, mirando a d'Arrast en silencio, como si lo interrogaran. Pero él permanocia callado. Entonces, el hermano condujo junto a la piedra al cocinero, que se dejó caer al suelo. Él también se sentó, haciendo una seña a los otros. La vieja se les reunió; luego la muchacha de la noche anterior; pero nadie miraba a d'Arrast. Estaban todos en cuclillas alrededor de la piedra, silenciosos. Únicamente el rumor del río subía hasta ellos a través del aire pesado. D'Arrast, de pie en la sombra, escuchaba sin ver nada y el rumor de las aguas lo colmaba de una felicidad tumultuosa. Con los ojos cerrados, saludaba jubilosamente su propia fuerza, saludaba una vez más a la vida que volvía a empezar. En el mismo instante, sonó una detonación que parecía muy cercana. El hermano se apartó un poco del cocinero y volviéndose a medias hacia d'Arrast, sin mirarlo, le señaló el lugar vacío.

—Siéntate con nosotros —le dijo.

ALBERT CAMUS (Mondovi, Argelia, 1913 - Villeblerin, Francia, 1960) Novelista, dramaturgo y ensayista francés. Nacido en el seno de una modesta familia de emigrantes franceses, su infancia y gran parte de su juventud transcurrieron en Argelia. Inteligente y disciplinado, empezó estudios de filosofía en la Universidad de Argel, que no pudo concluir debido a que enfermó de tuberculosis.

Formó entonces una compañía de teatro de aficionados que representaba obras clásicas ante un auditorio integrado por trabajadores. Luego ejerció como periodista durante un corto período de tiempo en un diario de la capital argelina, mientras viajaba intensamente por Europa. En 1939 publicó *Bodas*, conjunto de artículos que incluyen numerosas reflexiones inspiradas en sus lecturas y viajes. En 1940 marchó a París, donde pronto encontró trabajo como redactor en Paris-Soir.

Empezó a ser conocido en 1942, cuando se publicaron su novela corta *El extranjero*, ambientada en Argelia, y el ensayo *El mito de Sísifo*, obras que

se complementan y que reflejan la influencia que sobre él tuvo el existencialismo. Tal influjo se materializa en una visión del destino humano como absurdo, y su mejor exponente quizá sea el «extranjero» de su novela, incapaz de participar en las pasiones de los hombres y que vive incluso su propia desgracia desde una indiferencia absoluta, la misma, según Camus, que marca la naturaleza y el mundo.

Sin embargo, durante la Segunda Guerra Mundial se implicó en los acontecimientos del momento: militó en la Resistencia y fue uno de los fundadores del periódico clandestino Combat, y de 1945 a 1947, su director y editorialista. Sus primeras obras de teatro, *El malentendido* y *Calígula*, prolongan esta línea de pensamiento que tanto debe al existencialismo, mientras los problemas que había planteado la guerra le inspiraron *Cartas a un amigo alemán*.

Su novela *La peste* (1947) supone un cierto cambio en su pensamiento: la idea de la solidaridad y la capacidad de resistencia humana frente a la tragedia de vivir se impone a la noción del absurdo. La peste es a la vez una obra realista y alegórica, una reconstrucción mítica de los sentimientos del hombre europeo de la posguerra, de sus terrores más agobiantes. El autor precisó su nueva perspectiva en otros escritos, como el ensayo *El hombre en rebeldía* (1951) y en relatos breves como *La caída* y *El exilio y el reino*, obras en que orientó su moral de la rebeldía hacia un ideal que salvara los más altos valores morales y espirituales, cuya necesidad le parece tanto más evidente cuanto mayor es su convicción del absurdo del mundo.

Si la concepción del mundo lo emparenta con el existencialismo de Jean-Paul Sartre y su definición del hombre como «pasión inútil», las relaciones entre ambos estuvieron marcadas por una agria polémica. Mientras Sartre lo acusaba de independencia de criterio, de esterilidad y de ineficacia, Camus tachaba de inmoral la vinculación política de aquél con el comunismo.

De gran interés es también su serie de crónicas periodísticas *Actuelles*. Tradujo al francés *La devoción de la cruz*, de Calderón, y *El caballero de Olmedo*, de Lope de Vega. En 1963 se publicaron, con el título de *Cuadernos*, sus notas de diario escritas entre 1935 y 1942. Galardonado en

1957 con el Premio Nobel de Literatura, falleció en un accidente de automóvil.

Document Outline

- El exilio y el reino
- La mujer adúltera
- El renegado o un espíritu confundido
- Los mudos
- El huésped
- Jonas o el artista en el trabajo
- La piedra que crece
- Autor